ROSAMEL

Rafael Díaz Ycaza

Rosamel tenía una vieja tentación de ingresar a esa casa, y un día fue vencido por la atracción. Todo el pasado lo arrastró consigo. Ascendió unos peldaños e iba a dar marcha atrás, cuando lo detuvo una voz: una muchacha le salió al encuentro. Entonces él, confuso, dijo que había vivido allí muchos años: de los cinco a los quince. "Era un niño difícil, huidizo, que vivía enamorado de los cuartos, las escaleras, los tragaluces... Mi mayor encanto constituía el conversar con la casa, en la que yo descubría murmullos y resonancias que a los demás –adultos y pequeños– pasaban inadvertidos".

Como la chica lo miraba recelosa, Rosamel se defendió preguntando: "¿Alguna vez usted no ha sentido que la casa donde vivimos forma parte inseparable de nuestro cuerpo? ¿Qué llega a ser como la caparazón del caracol?".

Ella se dejó ganar, cuando él hizo la propuesta disparatada: "Me gustaría pasar sólo un momento

para recoger unos recuerdos". Y viéndola casi dispuesta, comenzó a describir el edificio. "Cuando éramos muchachos y sólo mi hermana mayor apuntaba a señorita, descubrimos que en la parte trasera del departamento, la que da para el patio vecino, se movían unas sombras, al anochecer. Llegábamos en puntillas hasta el comedor y escuchábamos cuchicheos, risas apagadas, sonidos que nosotros calificábamos como de otro mundo. ¿Todavía se ilumina inesperadamente la cocina y el corredorcillo de acceso, sin que mano alguna impulse los interruptores?".

"En todo caso, si por allí transitaban fantasmas, eran de mansos habitantes de otras épocas; de vecinos que amaban a la casa lo mismo que yo. Decía Fito que las voces provenían de conversaciones recogidas en la calle por el viento del atardecer y arrojadas luego por los tragaluces".

"La casa estaba partida en dos países. El izquierdo pertenecía a nosotros y el derecho a los Orbea, cuatro personas a las que siempre recuerdo aunque no las volví a ver: dos muchachas muy lindas más el tío y su mujer, quienes fungían de padres. Yo estaba enamorado de la niña menor, sin que ella lo supiera".

Descendían parientes de la joven, y a todos convencía el visitante.

"Nos llevábamos bien, aunque ellos mantenían atrancadas las puertas de su departamento, pienso que por hábito campesino. Eran de un pueblo cercano, o de una hacienda, no puedo precisarlo. Por entre las paredes divisorias, se deslizaba su habla de panela montubia".

Bajó a unírseles el padre. Rosamel seguía describiendo: "La parte de adelante está cortada por una mampara de madera y vidrio. En el marco de guayacán, yo grabé con mi cortaplumas todos los nombres de mis hermanas y de las vecinas. Allí estaba la sala, decorada con papel palo rosa con dibujos de flores y

de aves a las que no me cansaba de seguir en sus imaginarios vuelos".

"Luego, hacia atrás, venían los dormitorios. El último tenía una escalera empinada que ascendía de prisa a la buhardilla". Rosamel evocó los barandales con increíbles detalles minuciosos que los nuevos inquilinos jamás habrían sospechado, simplemente porque no vivieron sus infancias allí. Habló, luego, del comedor claro y hermoso. Después, de la cocina, donde la empleada doméstica que lo crió dijo una tarde: "El niño, tan extraño, van a ver cómo cambia cuando conozca mujer".

Después venían los baños, y allí acababa el piso. Pero arriba estaba el paraíso del muchacho esquivo: el techo muy extenso, de numerosas aguas pero de poca gradiente, en el que Rosamel permanecía gran parte de la tarde, inventando canciones de la soledad. Llegaba a él desde la buhardilla que era su dormitorio, sala de juegos y lecturas y escrituras misteriosas. Desde ahí observaba a sus vecinas, con quienes intercambiaba brevísimos saludos. Eran ya señoritas de quince años, mientras él era sólo un muchachito de doce o trece.

El padre de familia le escuchaba. Y cuando se detuvo presa de repentina inspiración, le preguntó si era hermano de Pipo, Eunice, Florentina, Salomé y Alejandrina Calcio. "¡El mundo es un pañuelo!", dijo al recibir la confirmación, y entonces le invitó a subir. Redoblaba como tambor el pecho de Rosamel. Los gatos ¿qué se habrán hecho los gatos? Mi madre corría de un lado para el otro, renegando y jurando que algún día iba a escaparse para siempre, que tomaría pasaje para un pueblo remoto de Turquía o ubicado tras la muralla china "donde estos malditos gatos que andan dejando señas por todos lados no puedan llegar, ave maría purísima". Los gatos se empeñaron en quedarse en la casa y mostraron mayor fidelidad que nosotros, cuando nos cambiamos para el barrio de la

avenida Olmedo. Fuimos día tras día los muchachos a intentar cogerlos en el techo, llevándoles pocillos con la leche y el pan de dulce que les gustaba tanto y también con la carne asada por la que daban la vida entera; pero al final tuvimos que comerlos nosotros mismos con la boca amarga por las lágrimas.

Los nuevos inquilinos le pidieron que hablara de sus parientes. Y Rosamel monologó de nacimientos, decesos, matrimonios, bautizos, despedidas, retornos, vinculándolos a cada una de las habitaciones. Mejor dicho, a las manchas y señales de la alegría y la tristeza. Encendió y apagó velas de cumpleaños, coreado por aplausos de manos ya difuntas. Incluso, persiguió a la ardilla que llevó como regalo el novio de la hermana menor, animal que en ese mismo instante mordió uno por uno a todos los integrantes de la familia.

Y les dijo, al final, un pequeño secreto. Que en su dormitorio de hace tantos años, que se hallaba situado precisamente junto al de las niñas Orbea –aquél en donde cantaban, felices e incansables, al atardecer– se suicidó un sujeto que era en todo su igual, que incluso se llamaba Rosamel, y que todos decían que era él mismo.

DE MUJERES, LO INSÓLITO Y CÓMO PUEDE MORIR UNA GAVIOTA

Miguel Donoso Pareja

A yo le pasan siempre cosas raras. Por ejemplo, llega a Toronto, Canadá, y se encuentra con que han arrestado a un jugador de béisbol por matar una gaviota. Según los diarios, las cosas estaban así: "Un abogado de Ontario le pedirá a un juez que se desestime la acusación de crueldad contra los animales que pesa contra el jugador de los Yanquis de Nueva York Davie Winfield, por haber matado a una gaviota durante el juego de anoche en esta ciudad" (Toronto, of course).

"La policía, por su parte", continúa la nota, "informó que el abogado, Norman Matusiak, sostuvo una extensa conversación telefónica con Winfield y 'quedó satisfecho porque no hubo intento criminal'.

"Mientras tanto, la gaviota muerta fue enviada al laboratorio patológico de la Universidad de Guelph para ser sometida a una autopsia.

"Winfield fue arrestado anoche cuando en la quinta entrada calentaba el brazo en el Estadio Exhibition de los Azules de Toronto. Cuando estaba a punto de comenzar el *inning*, Winfield lanzó la pelota desde el jardín central, alcanzando a la gaviota que se había posado en el terreno de juego. El ave murió instantáneamente y después fue cubierta con una toalla. Entre tanto, los aficionados bombardeaban a Winfield con toda clase de objetos.

"'Yo no quise matarla, fue un accidente', declaró más tarde Winfield, visiblemente consternado".

Yo no se enteró del desenlace, pero recordó, eso sí, cuando en Guayaquil le hicieron la autopsia a un caimán creyendo que era el cadáver de un náufrago (de Palinuro, habría dicho un amigo suyo inteligentísimo, aunque aquel murió en tierra, según consenso general).

Todo lo anterior tiene un solo objetivo: hacer saber al mundo que yo cree en el azar. Ante los hechos, no le queda otra alternativa. Esto, naturalmente, lo liga a su azarosa manera de relacionarse con las mujeres que, de repente, aparecen en su vida igual que ese pobre hombre que para exorcizar su salazón le arrancó un pelo a un elefante un martes trece, en Bogotá, y murió destrozado bajo las patas del paquidermo. Por una de sus tantas regresiones infantiles, ese día yo había ido al circo y estuvo en "el teatro de los acontecimientos".

Una ocasión en Madrid (lo acompañaba una venezolana inteligentísima, igualmente por azar), yo vio un enorme letrero que decía: "Seguros de Vida Ocaso S.A."

–Puta madre –exclamó–. ¿Cómo se les ocurre ponerle a una aseguradora de vida ese nombrecito?

–Es coincidencia –explicó la caraqueña–. El apellido de los dueños es Ocaso.

–De todos modos –replicó yo–. No tenían por qué usarlo.

–¿Por qué? –protestó la petrolera inteligentísima.

–Porque sería igual que llamarse Giovanni Verga, por gran poeta que sea, y poner un burdel con ese nombre –replicó yo–. Es demasiado obvio, tanto como Óptica Buena Vista.

La venezolana no quiso discutir y sonrió apacible. Yo siguió en sus cavilaciones, registrando la dirección de la aseguradora: Luisa Fernanda y Paseo de la Princesa, para que la posteridad no creyera que se trataba de una de sus tantas mentiras.

Y es que a yo le han dado fama de mentiroso por la implacable persecución que el azar ejerce sobre él. O tal vez fuera, así lo pensaba a veces, que él tenía las antenas puestas para detectarlo, y que no debería llamar azar a lo que era, insoslayablemente, la presencia de lo insólito, por más que estuviera al tanto, gracias a Clarice –Clarice Lispector, para ser exactos– de que "la realidad es lo increíble". Como este caso: "Mujer pide protección ante su insaciable marido". It happened en la Perla del Pacífico –ciudad insólita por excelencia– y los pormenores son los siguientes: "Guayaquil, a tantos de tantos AEP: Blanca NN acusa a su marido de ser un 'insaciable', pues hace veintinueve años que están casados y hasta la fecha no ha podido dormir una noche tranquila.

"Blanca denuncia a su esposo, de nombre César (¿Bruto?), para ver si las autoridades ponen freno a este 'atleta sexual' y consigue, de esta manera, dormir (al fin) una noche completa. Agrega la denunciante que menos mal que César es, además, un terrible mujeriego que 'donde pone el ojo pone la bala' y no respeta nada con el fin de conseguir sus propósitos. A pesar de ello, anota, y aunque es ya entrado en años, el fulano continúa completamente activo, y ay de Dios si no cumple una con sus requerimientos".

Y punto, porque la buena mujer está realmente confundida y desesperada. Sin embargo, Don Juan será beatificado. Un despacho de ciudad del Vaticano

informa que "Miguel de Mañara, cuyas aventuras reales o fingidas dieron origen al famoso Don Juan de la historia cultural del siglo XVII, va a ser beatificado debido a sus 'heroicas virtudes y obras pías'. El Papa Juan Pablo II firmó hoy el decreto correspondiente con el que Miguel de Mañara (1627–1679) llega al umbral de la santidad. Entre los decretos de beatificación firmados hoy por el Papa, se halla el de Pius IX (1846–1878), quien anunció el dogma de la Inmaculada Concepción".

Qué se le va a hacer, reflexiona yo, recordando otro caso, sucedido en Quito, Arrabal del cielo, que es por donde anda ahora don Miguel de Mañara.

Cuenta *El Comercio* (digno nombre del segundo rotativo nacional, casi tan obvio como el de Seguros de Vida Ocaso u Óptica Buena Vista) que "un sujeto que primero enamoraba a las muchachas y luego se llevaba todas sus pertenencias, ha logrado cometer una nueva fechoría, dejando en la total pobreza a una ingenua mujer que creyó en las promesas del hábil galán.

"Luis Alfredo Salguero", prosigue la crónica, "conocido como El Tenorio de los Humildes, a base de promesas y engaños se ganó el cariño de una mujer que, angustiada por la soledad en que se encontraba, le entregó todo su amor y, finalmente, las llaves de su casa, circunstancia que fue aprovechada por el delincuente para dejarla en la miseria, pues le sustrajo los muebles de sala, el comedor, la TV y otros objetos de valor que la perjudicada había logrado adquirir con el sudor de su frente. La denunciante, por último, exige la captura del falso tenorio a fin de que sea sancionado por las autoridades competentes".

Pobre Luis Alfredo Salguero, piensa yo: lo que probablemente quiso es llevarse unos cuantos recuerdos, porque amar es recordar, según dice su amigo inteligentísimo, y "es tan largo el olvido", como versifica Neftalí.

Yo sigue pensando en lo insólito. En la calle Onésimo Redondo (¿Enésimo Cuadrado?), en Ávila (con su muralla, sus noventa torreones –más el de los Guzmanes, donde se desarrolla *La gloria de don Ramiro*, de Enrique Larreta–, su catedral románico-gótica y el Palacio de Blasco Núñez Vela), se encontró, ya en la parte moderna, con una Carpintería de Aluminio. Sin comentarios, porque en Madrid caminó por la Plaza de la Paja, salió por la calle de Los Ángeles, cruzó por la de Las Descalzas y llegó a la de Las Venéreas.

–Veneras –le corrigió la venezolana inteligentísima.

–Es igual –respondió él–. Entendiste el recorrido, ¿no?

–Sí –admitió ella, tolerante, y siguieron caminando.

No protestó cuando llegaron a la Plaza del Condón (realmente Plaza del Cordón), y admitió que la calle Tentenecio, en Salamanca, tiene un mensaje subliminal fálico-erótico. La misma actitud tomó en Aldealengua, pueblito que decidieron no visitar, por excluyente. Eso sí, en Salamanca fueron a Bordadores No. 4, donde vivió don Miguel de Unamuno a quien una argentina, incorporada al paseo, llamaba don Miguel de Uno en Uno.

Todo insólito, en verdad, por más que a veces lo inventara. La persecución, de esta manera, resultaba doble: desde adentro y desde afuera, como el realismo mágico y lo real maravilloso.

En Aranjuez no encontraron nada: fuera del concierto famoso, ni siquiera tristeza. Lo único excepcional, y eso solo para yo, un barcito llamado La Rana Verde, igual que uno que hay en Quito, lo que le probaba, una vez más, lo terriblemente imaginativos y originales que son los humanos. Reflexionó, por enésima ocasión, como corresponde a un buen maniático obsesivo, y llegó a la certeza, ídem por enésima vez, de que la estupidez del hombre es infinita.

De ahí "pal real", como dicen los mexicanos. Y en México DF (Desmadre Fenomenal), es decir, en la Ciudad de los Palacios, incluido el del Negro Durazo, la primera vez que se le ocurrió a yo detenerse a observar las habilidades de un fakir, éste resultó ser ecuatoriano.

–Desde los doce años –le contó Juscelino, así se llamaba el hombre, oriundo del ojete del Universo, es decir, de Atuntaqui– he estado dedicado a la práctica y estudio de las magias negra y blanca. Aprendí mi trabajo en una provincia ecuatoriana, de donde soy originario, y ahora, veinte años después (como en la novela de Dumas), lo sigo practicando.

Tras los abrazos y somos paisanos, pana, ¿de dónde?, de Guayaquil, ah, buena plaza, etcétera, Juscelino siguió (hablaba para otros también, un titipuchal que nos rodeaba):

–El faquirismo asombra y hace sentir emociones a la gente, al mismo tiempo que despierta su curiosidad, su imaginación, porque necesita explicarse, conocer a fondo cómo se realizan los actos.

Hizo una pequeña pausa, mirando de reojo sus implementos de trabajo, por si acaso –una cama de clavos, picahielos, dagas, antorchas, espada y una gama inmensa de otros cilicios–, y remachó:

–Esta ciencia, además, aleja a la gente de la estupidización de espectáculos enajenantes como la televisión y la radio.

A yo le sorprendió lo de la radio como espectáculo, pero no dijo nada. Estaba tan orgulloso de su paisano –casi tanto como de Alberto Spencer, "el mejor futbolista ecuatoriano de todos los tiempos", el gran "Cabeza mágica"; o de Pancho Segura, "pata de loro", o de Andrés Gómez, nuestro "zurdo de oro", aunque rime; de Liliana Chalá la "gacela de ébano" (!) y de Rolando Vera, el "morlaquito de oro" (la rima otra vez)– que no protestó por el asunto.

Yo comprende que lo insólito llegue de repente, como las mujeres (en su caso), pero no admite que se lo busque (como a las mujeres, en el caso de su amigo inteligentísimo). O en el caso de Georges Perec, por ejemplo, al que se le ocurrió escribir una puta e insólita novela de 312 páginas, *La disparition,* sin usar en el texto, ni siquiera una vecita, la letra **e**. Y más, incluso; en su siguiente novela, *Les revenentes* –en esta ocasión únicamente de 127 páginas–, utilizó solo una vocal: la **e**, para variar. El tipo murió a los 46 años de edad, después de tanto esfuerzo.

En Manabí, en cambio, provincia famosa por sus nombres insólitos –Olvido Romántico NN, digamos, bautizado así por sus padres en virtud de que un repentino entusiasmo amoroso los llevó a olvidarse de los contraceptivos, o Semen de los Dioses ZZ, cuyas razones bautismales es mejor no imaginarse–, un hombre prefirió morir dignamente a sobrevivir infiel. Esta es la historia: "Chone, tantos de tantos (AEP): Con cuatro profundas heridas, todas en la espalda, fue trasladado al Hospital Luis Vernaza de la ciudad de Guayaquil, el interno de la Cárcel Municipal de Chone Teófilo Silvio Real Masacón, quien fue herido por otro recluso, Miguel Rosas Rosas, que se sintió defraudado cuando Real no aceptó que lo cortejara.

"Se informó que el ahora occiso, conocido en la prisión como homosexual, estaba cargando un balde de agua cuando le fue interceptado el paso por Miguel Rosas Rosas, apodado El Muerto, quien a su manera y con palabras no reproducibles le hizo ciertas proposiciones que le fueron negadas de plano por Teófilo Real".

–¿Qué le dijo? –inquirió la caraqueña, a quien yo estaba leyéndole el recorte.

–¿Quién a quién? –replicó yo.

–La loca. ¿De qué manera lo rechazó?

–De la peor –dijo éste–, mencionándole al marido –y siguió leyendo:

"–Mejor es que te retires porque te puede ver mi marido.

"Indignado, El Muerto sacó un cuchillo y lo atacó por la espalda".

Y así fue como Teófilo Silvio Real Masacón, haciendo honor a su nombre, murió dignamente sin acceder a las propuestas de El Muerto, es decir Rosas Rosas quien, también haciendo honor a su nombre, lo mató. Tal vez en premio a su fidelidad, Real tuvo suerte pues, como Rosita Alvírez –y parafraseando la canción–, de "las cuatro puñaladas que le dieron, solo una era de muerte".

Mi amigo inteligentísimo tiene razón, reflexionó yo: amor y muerte van de la mano, son la misma jeringa con diferente bitoque, pero pensaba más en Teófilo que en El Muerto, asesino ahora por culpa de un amor desesperado. Por eso él, tranquilo, a lo que caiga.

Yo se pone cursi en los viajes: le gusta tomarse fotografías, lo que indigna sobremanera a la venezolana inteligentísima, típica pequeño burguesa intelectual, o relacionar los lugares con personajes, más que con personas, como en el fuerte de San Juan de Ulúa, en Veracruz, y en el Castillo de San Felipe, en Cartagena, donde veía al Corsario Negro y a Morgan, y a Honorata de Want Guldt, y al Hamburgués y a Cremeaux, o en Salamanca, de todas cuyas maravillas –comenzando por la Plaza Mayor, que es la más hermosa de España– lo que realmente lo entusiasmaba era el fantasma del Lazarillo de Tormes, o el hecho de que Japo Parra, su pana, estuviera en la placa recordatoria de los graduados *cum laude* –y son poquísimos en un montón de años– de la universidad más antigua y con más pergaminos "de la Madre Patria", y olé.

En verdad, yo se pone Cursio a veces, hasta el tuétano.

Lo insólito, pues, lo lleva en cierta manera adentro, aunque sus oleadas le lleguen desde afuera. El azar también contribuye, ni qué dudarlo. Palabrita.

Yo llega a Madrid, por ejemplo (uno más y van por miles), y el chofer del taxi lo lleva derechito a un hotel de la calle de La Montera. Y la calle de La Montera es la calle de las putas. Y su historia es, una vez más, un encuentro con lo insólito.

Por ahí se paseaban Gómez de la Serna y Azorín, no juntos, qué va, cada quien por su lado, y en ella vivía la esposa del Montero Mayor de Felipe II (yo subraya que allí vivía solo la cónyuge, porque el cónyuge se la pasaba en el monte, dedicado a la montería).

Así las cosas, el Montero Mayor se dedicaba a lo suyo, y la Montera Mayor a lo de ella, que era la putería. Rima again. Perdonen.

Las putas, sin saber lo anterior, han tomado la calle por asalto, y volvemos al azar y a la casualidad, a lo insólito como la realidad "verdadera", al sueño como lo creíble y chato, a la realidad como lo increíble.

Pero "aún hay más", como dice Raúl del Asco, inefable personaje de la televisión mexicana: el centro de las operaciones puteriles es La Montera, esquina con Caballero de Gracia.

Yo le explica a la caraqueña inteligentísima lo que sabe de ese caballero italiano:

–Jacobo de Gracia fue un mujeriego de largo recorrido. Anduvo de mujer en mujer cerca de setenta años. Claro que después se hizo beato y hasta se ordenó sacerdote. Murió a los ciento dos años. Eso sí, nadie, ni el sacerdocio, le quitó lo bailado.

–¿Y el tipo era un putañero? –inquirió la petrolera inteligentísima.

–No exactamente –respondió yo–. Se llamaba, en realidad, Jacobo de Gratis, lo que significaría, haciendo honor a su apellido, que no pagaba. Las putas se instalaron en la calle a la que dio nombre, aunque

no como Gratis sino como Gracia, tal vez por su conversión tardía, y de alguna manera lo desmienten.

–Ah, entonces el tipo sí pagaba.

Yo miró sorprendido a su inteligentísima interlocutora, asidua visitante, allá en su lejana Venezuela, de la playa de Macuto, según propia confesión. Repitió el inicio de su parlamento anterior:

–No exactamente –y agregó–. Las putas nos demuestran, convertidas en símbolos, que con las mujeres nada es gratis. Al final de cuentas, tarde o temprano, uno paga.

–¿Con invitaciones, dices, regalitos, viajes? –interrogó ella, indudablemente ofendida.

–Sí y no –dijo él–, pero lo digo en otro sentido.

–¿En qué sentido? –todavía indignada y con un fajo de petrodólares en la mano.

–En pocas palabras –replicó yo, haciéndose el occiso–. Él le dio nombre a otra calle madrileña, la del Desengaño, imagínate, porque hubo una que le hizo pagar por todas. ¿Me explico?

–Bueno –opina la caraqueña, ya calmada–, después de todo se lo merecía, ¿no?

–Sí –admitió yo–, tanto como el beisbolista de los Yanquis de Nueva York que mató esa gaviota de Toronto que se le cruzó en el camino.

–No compares –gritó ella, muerta de furia.

–¿Por qué no? –dijo yo, pausada y dignamente, y añadió, acentuando su serenidad, casi humilde, por alguna razón tristísma–: ser mujeriego tiene demasiado que ver con lo insólito y mucho con el azar, carece de culpa.

Hizo una pausa y parafraseó una idea de su amigo, el inteligentísimo:

–Ser mujeriego también es un destino.

Esas fueron sus últimas palabras.

DIPLOCUS

Carlos Béjar Portilla

Papá lo había invitado a comer aquella tarde[1]. Entonces preparamos la mesa, el mantel rosado con los bordados de hilo de china, las cornucopias de plata para meter las servilletas, en suma lo bordado por abuelita en el verano del 23 y que tenía ocho puntas pero la mesa no era octogonal porque todo se había puesto moderno; no olvides, que estábamos en el cincuenta, ya los gringos se estaban fajando con los chinos en Coréa, con MacArthur y todo[2]. En el "Royal" daban una de Betty Grable, "Y los años pasaron", de manera que llevé a mi prima que me gustaba mucho porque estaba medio cegato a fin de tomarle la mano y ver qué

1 **Papá lo había invitado a comer aquella tarde**: comienzo in medias res, es decir que el lector inicia la lectura del cuento como si ya estuviera enterado de lo que antecedió a la primera acción. Esta técnica permite un nivel de intensidad bastante elevado.

2 **Estábamos en el cincuenta...**: es una manera indirecta de señalar el tiempo en el que se desarrolla la historia; lo que sigue a continuación son referencias históricas que actúan como recurso de verosimilitud.

pasaba; no sé qué me dio pero me le fui a la pierna y ella me contestó con un pellizco terrible que para que te cuento[1]. Dije que papá lo invitó y estaba orgullosísimo porque aceptó que le cediera la cabecera al pie del cuadro de frutas. Y los otros seis estábamos sentados en su torno, papá como un hijo más que le admiraba. Mamá se desvivía y la negra nos iba pasando todo los charoles y aun cuando no se nos había advertido el acuerdo era tácito: unos modales de maravilla, nadie levantó el plato para recoger lo último de la sopa, la servilleta en las rodillas, peinados y codos abajo. Todo porque estaba invitado y no podíamos hacer absolutamente nada, pero luego, como a los diez minutos, le habíamos tomado un cariño entrañable y todos le hablábamos, al mismo tiempo, para hacerle gracia y que se sienta bien, como en familia. Las historias de la escuela, de los garajes o que sé yo. Pero a esta altura no reía y nos miraba fijamente desde las polifases de sus ojos y las antenas girando en dirección a los manjares. ¡Dale! A que no adivinas: de las ocho patas utilizaba únicamente cuatro para mover los tenedores, y como tenía además una especie de pico de cacatúa, negro, filudo, qué le íbamos a hacer, si de cualquier forma nos gustaba y además era el invitado de papá y papá nunca se equivoca y por último era papá el que lo había hecho; claro si a mí me dicen "invítalo" te juro que yo sí lo hago porque hay que pensar antes que nada, antes que decirle "no" al fulano, que ya era invitado de papá.

Te pones desatado, suelto como en el trompo, o si juegas bolita, pepo y trulo, ñocos, no te importa nada, no así en la mesa porque había que ver, no era tan increíble, quiero decir del todo. Estaba en la cabece-

[1] **Que para qué te cuento**: típica expresión coloquial que busca acercar al lector inspirándole confianza.

ra, algo como un arácnido ¿comprendes? de segmentos articulados y los cuatro pares de patas. En eso Luigi, el menor, sí lo conoces, el que tiene siete años, te digo que el muy bolita no le agarró simpatía, ni siquiera respeto y el chico, para ser franco no le da ni por el rabo, entonces para qué iba a meterse. Nos quedamos helados cuando le sacó la lengua y se entró luego por debajo de la mesa para darle una torta en la espinilla, de no sé qué par de patas[1]. A esto ya mi prima y mi sobrino menor estaban horrorizados, tanto que se aflojaban en carcajadas de puros nervios, y papá lloraba y se le salían unos lagrimones de sentimiento. En definitiva todos estábamos sufriendo por el comportamiento de Luigi. Él observándonos impasible y eso que sabía cuánto le amábamos. Tú sabes que el tercero es el postre. Te digo que tía Eugenia en el 42 vivió con un chino que le enseñó a preparar el segundo, una horrible sopa con aletas de tiburón o de culebra, que sé. Así que vino el tercero y nos formamos en fila india para darle besos en la frente, evitando tocar las espinas que tenía a la altura de los cuernos o del maxilar derecho, da lo mismo. Pero, otra vez, Luigi nos puso a temblar y cinco de nosotros lloramos a moco vivo para que viera la solidaridad, de todos modos se fue de puro travieso, porque no era de malo a pegarle un sopapo en el ojo número tres del sujeto y para entonces ya papá había invitado a la sobremesa a casi todos los del barrio. Vinieron los de la botica de la esquina, el doctor ese de la levita color caca, los funcionarios del frente y decenas más, para decirte que en el patio ya no entraban y tenían hasta los baños abarrotados, fíjate que uno por quedarse se había encaramado en el tanque de agua de esos wáteres de tanque alto. Es-

[1] El incidente permite crear tensión: Diplocus es enfrentado por el menor de la casa, el lector se pregunta: ¿en qué terminará todo esto?

taban en los armarios, en el jardín y en la alacena. Para los abuelos que llegaron tarde hubo que desocupar un cajón, poner las ollas afuera. Aunque no creas, te digo que era una locura porque a los dos minutos, ya toda la gente le había cogido una simpatía tremenda. Lo amábamos y no puedo indicarte cuánto, todo a pesar que no podía dirigirnos la palabra, eso era imposible[1]. Continuaba moviendo las antenas y sus amenazantes brazos, acorazados con tenazas duras como un cacho. Finalmente todos se acercaron a besarlo.

Con el objeto de ir ganando tiempo y que la cosa sea en orden te contaré enseguida lo del sepelio[2]. Contratamos a Johnson Feldman y Sons, los que hicieron la fantástica innovación de decorar la vitrina con unas flores. Era caro, pero el viejo se endeudó firmando letras. A dieciocho meses si la caja era de aluminio, con poca entrada, pero no era de aluminio puesto que su cuerpo no entraba en una de ésas y hubo que mandar a que le hagan una especial; dos metros cincuenta de largo por uno de ancho. Eso sí, estuvimos todos de acuerdo para que haya ornamentos y papeles para las firmas. La carroza Chevrolet encerada y la banda del pueblo para que apalee un poco a Brahms. ¿Te gusta a ti Brahms? A mí sí, un poco, aunque te digo que en el fondo es un bodrio, así el asunto salía más caro: treinta meses. La Sociedad de Militares Retirados, con sede social en la otra cuadra sacó a sus efectivos para que llevaran la caja y todos nos disputábamos las cintas. Las señoras lloraban y es para no creer, porque nadie tenía cara compungida de simple mascarada. Auténtico. Se or-

[1] **Lo amábamos...**: introducción de un sujeto colectivo que asume igual actitud, lo que contribuye a situar a Luigi, el menor, en oposición a Diplocus.

[2] En este instante se da una ruptura de la narración lineal. De repente, Diplocus ya está muerto pero el lector no sabe todavía por qué.

denaron los discursos y así fuimos avanzando mientras Brahms, a pesar de la orquesta, nos hacía crecer la suela del zapato. Pero antes, y no es que te quiera ocultar cómo fue que ocurrió la tragedia, ya te puedes imaginar que el deceso fue una cosa espantosa. El sentimiento de culpa, se trataba de un invitado de papá. La familia, pues, quedaba del todo señalada, así iba a quedar este deshonor en la historia y la maestra, supongo que cuando le iba a tocar esa clase, me miraría los ojos fijamente para hacerme avergonzar. De esto sí tenía miedo. Pero en ese momento, todo el barrio estaba agradecido de que papá los haya llamado a conocerlo. Por eso se prendaron, pero también por eso sus dolores cuando murió fueron tan intensos, que en muchos ya nacía el ánimo para erigir una estatua y hasta un templo, era cuestión de días, una lástima, tan joven, y nada hubiera ocurrido si a Luigi no le da por hacer lo que hizo. Finalizaba el plus café con los vecinos cercando la mesa y Luigi que ya te expliqué que le tenía una aversión inexplicable otra vez se levantó y pensamos que le iba a sacar la lengua o derramarle algo encima pero abandonó el comedor sin decir a dónde. Fue después que nos enteramos que había ido a la botica para comprar una lata de flit[1], por eso, en castigo, no le permitimos que nos acompañara en el sepelio.

[1] **Una lata de flit**: gramaticalmente lo correcto sería decir "insecticida", pero el tono coloquial del cuento permite esta expresión, es más, la exige.

ANA LA PELOTA HUMANA

Raúl Pérez Torres

Cuando ninguno de nosotros se esperaba, Demetrio el de los puñales dijo que sí, que había que castigar a la enanita[1].

A Julio y a mí, que hacíamos los malabares en la bicicleta de una rueda, nos dio mucha pena, porque la enana se pasaba todo el tiempo en nuestro camerino lleno de esteras y papeles viejos, sacándole lustre a las botas, al eje de la bicicleta (que Julio solamente la llamaba cleta porque, en realidad, no tenía nada de bici[2]), a los radios de la llantita, al freno del manubrio, al cabezote del centro, y daba un poco de gusto mirarla con ese cuerpo deforme, ese tronco de piedra irregular, esas piernas que parecían ramas de betibé, esos dedos atrofiados que nunca salieron del todo, ese caminar estilo títere, con un paso suelto y otro solemne, dándole a mis botas, a las de Julio con

[1] Comienzo *in medias res*: el drama ha sido planteado, desde el principio, en toda su dimensión.

[2] Introducción del humor como un elemento que permite aliviar la tensión.

un trapo que le había regalado Marisol, La Gorda más Gorda del Mundo, vieja de mala entraña que atendía el gallinero del circo y se comía veinte y cinco huevos diarios con cáscara y todo, por lo del calcio, según decía cuando podía hablar.

A la enanita la habíamos robado en el último viaje a Esmeraldas. Aunque no creo que lo más apropiado sea decir esto, porque se roba algo cuando ese algo hace falta a alguien, digo yo, pero ella no pertenecía a nadie, estaba sola y desgualingada en el mundo. La encontró Irma, La Serpiente Azul, merodeando cerca de la jaula de Marco Porcio en busca de desperdicios. Irma la trajo de una oreja donde Demetrio. Recuerdo que en ese momento él estaba contando el dinero que había producido el día, y todos a la expectativa esperando que, esta vez, nos regalara una moneda más para celebrar la entrada a la Costa.

"Qué es esto" había dicho Demetrio tomándola por un brazo y dándole vuelta una y otra vez. "Es una niña" contestó Irma "la encontré comiéndose los plátanos de Porcio". "Está bien, está bien" dijo Demetrio luego de examinarla, "se quedará con nosotros, Julián y El Chino se encargarán de enseñarle alguna cosa que nos sirva".

Las decisiones de Demetrio eran inapelables: mi espalda conocía bien sus cuchillos afilados, también las piernas de Belinda Dientes de Oro los conocía y también el rostro de Aparicio el negro domador de caballos tenía una cicatriz profunda que nos recordaba a cada instante la obediencia que se le debía, al fin y al cabo comíamos por él y si alguna vez salíamos a conocer los caminos del amor en los pueblos, era por Demetrio, por su generosidad. Sin él no éramos nadie[1]. ¿Qué me haría yo por ejemplo, si Deme-

[1] **Sin él no éramos nadie**: a partir de esta frase se explicita la manera cómo dependen de Demetrio todos los artistas del circo. La enumeración contribuye, de manera indirecta, a resaltar, al mismo tiempo, la bondad y crueldad del personaje.

trio me quitara la rueda, las botas, los pantalones de seda roja, la cachucha de terciopelo?, ¿qué sería de Julián si Demetrio no autorizara que se escribiera su nombre en los cartelones, que pintamos para poner en las esquinas más concurridas de los pueblos?, ¿qué sería de Belinda Dientes de Oro si Demetrio escondiera la soga con que se daba vueltas en el aire asida de sus dientes?, ¿qué sería de Aparicio si Demetrio vendiera los caballos o los matara para alimentar a La Gorda más Gorda del Mundo, que le escondía entre sus faldas cuando venían los municipales a cobrar los impuestos?, qué sería de la pobre Conchita Espinal si a Demetrio le diera por ensartar sus cuchillos filudos en el vientre en lugar de hacerlo a escasos centímetros de su cuerpo en la prueba central que día tras día, noche tras noche, nos quitaba la respiración a todos y, especialmente, a Juancho "el Payaso" que también hacía de tragafuegos y que en Potosí, luego de una penosa enfermedad por el efecto del querosene, pudo hablar un poco para decir: "Conchita vos, Conchita para mí vos" y que luego se le apagó nuevamente el habla como una tea más. Sí, Demetrio era todo para nosotros, no teníamos a nadie más en el mundo, igual que la enana, a quien le fabriqué un nombre antes de enseñarle a darse trampolines, a convertirse en nudo, a caminar con las manos, y le dije –luego de consultar con Julio– te llamarás: Ana la Pelota Humana y a ella se le pusieron los ojos como se me ponen a mí cuando estoy encima de la bicicleta o de Manuela la cocinera del circo, es decir, que le entró la felicidad y ya no le salía sino cuando miraba a Demetrio desde lejos, que nunca lo miró de cerca porque no avanzaba. Entonces fue bueno el día de su debut, aunque la lona estaba resbalosa porque había llovido mucho en Sangolquí, un pueblo importante cerca de la capital, donde Demetrio tenía harta gente conocida y el éxito era casi seguro.

En la matiné contamos con poco público, creo que treinta o cuarenta personas, razón por la que Demetrio encargó la presentación al loco Esparza y se largó de muy mal talante a tomarse unos tragos "para templar el pulso", como decía, así que no pudo ver a Ana la Pelota Humana que se desempeñó muy bien, más allá de cualquier buena esperanza, saltó, brincó, se anudó, se hizo un alfandoque y su magro cuerpecillo parecía en realidad una pelota de plastilina lista para tomar la forma que se imaginara. Julio, Manuela y yo espiábamos tras bastidores con mucha alegría y cuando la trompeta anunció el fin del número, nuestras almas descansaron como después de un combate. Ana se acercó corriendo y por unos momentos la levanté en vilo mirando cómo brillaba su rostro negro de sudor y aserrín, luego la deposité en el suelo como quien deja caer un florero y salí a emborrachar al respetable con mi bicicleta de una rueda.

Para la función de especial Demetrio no llegaba y Marisol mandó a buscarlo a la taberna del pueblo. No había quién hiciera sus números, porque Demetrio no solamente era Demetrio, El Lanzador de Cuchillos, sino además era La Saeta Voladora y cuando estaba de humor el Payaso Malaquitos, pero Demetrio mandó a decir con el recadero que se fueran todos a la puta madre y que si la lluvia no paraba no regresaría al circo y que la gorda Marisol tendría cinco huevos menos por tanto joder.

Antes de la función de la noche llegó Demetrio con unos cuantos del pueblo. "A prepararse todos" dijo "quiero que mis compadres vean la mejor función". Gritaba por todos lados afilando los cuchillos en una piedrita plana y brillante que recogió en el Río Blanco en Santo Domingo de los Colorados. Fácilmente se notaban los estragos del alcohol en su rostro y Conchita Espinal se puso a prepararle café con raspadura pasado por media de seda. Demetrio temblaba, temblaba su corpachón, temblaban sus manos,

el circo temblaba. –Te jodiste –dijo Julio acercándose a Conchita– en ésta te clava. Conchita derramó el café y se puso a llorar.

Los amigos de Demetrio entraban con mucha algazara y las tablas mojadas estaban casi repletas. Demetrio ordenó que salieran los payasos para aligerar el ánimo de los espectadores y nos mandó poner nuestras mejores galas.

Yo mismo arreglé el vestido de Ana La Pelota Humana con la ayuda de Manuela. La peinamos, lavamos su cara, la polveamos. Julio se opuso a que pintáramos sus labios, diciéndonos que era una niña y que a la gente no le gusta que las niñas se metan a señoritas, entonces la dejamos con sus labios medio amoratados y medio pálidos y acariciamos su huesuda jorobita dándole ánimos y diciéndole que debía tener cuidado porque el piso estaba mojado. Luego hicimos algunas bromas pero Ana, con tono de reproche, dijo, en su media lengua: "A yo no me moleste porque te vo a tapia". Estábamos en mi camerino. Yo empecé a maquillarme y Ana salió dando traspiés enfundada en unos mamelucos morados que se los había tejido Manuela. Julio me miró y me dijo que mejor me pusiera la boina verde porque él saldría con la roja; accedí y le pedí que me pintara un poco de sombra en los ojos. Luego me calcé y ayudé a Julio a armar la cleta. Estábamos nerviosos, un aire buhonero, una noche como de fantasmas, como de telarañas espesas. Intempestivamente entró Ana La Pelota Humana lloriqueando como un ratón herido, se agarró de mi malla y gritó: "Yo no quiero salí, el malo va a morir a Conchita".

Julio y yo nos miramos y en sus ojos rebotó mi miedo y se fue rodando para siempre, como desocupándonos. Casi sin proponernos, a un mismo tiempo agarramos la bicicleta, Julio se montó en mi espalda y fuimos directo al camerino de Demetrio. Allí encontramos a todos rodeando su puerta, inclusive Marco

Porcio había roto los barrotes; y su cuerpo descomunal permanecía erguido y a la expectativa.

Conchita refregándose las manos nos contó que Demetrio había dispuesto castigar a la enanita por no salir a escena. Tenemos que entrar dijo Aparicio, pero Irma, La Serpiente Azul ya se arrastraba por una pequeña reja que habia acomodado Demetrio para el respiro, y abrió la puerta. Demetrio estaba lavándose la cara. Nunca olvidaré su rostro cuando levantó la mirada y recibió el primer latigazo de Aparicio, el Domador de Caballos, sus ojos hirvieron por un momento pero al segundo mordisco de Belinda Dientes de Oro empezó a maullar como gato en tejado, poco quedó de él cuando Marco Porcio asentó su mano en el pecho de Demetrio y menos aún cuando Conchita Espinal clavó la hoja brillante en la frente mojada de Demetrio, y peor todavía cuando la gorda Marisol estrelló un huevo en su rostro descolorido[1].

Pobre Demetrio. Descolgado de la vida como un trapo, ya no podría hincar su cuchillo en Ana la Pelota Humana.

Ni en nadie.

[1] La solidaridad, finalmente, es la que permite vencer al opresor. Los personajes oprimidos han logrado liberarse al tomar una actitud *in extremis*.

ANÓNIMO

Marco Antonio Rodríguez

Pablo Andrés:

¡Hola! Ayer le vi en el engramado de la Escuela. Garuaba y tenía prendidas a su pelo gotas de agua, igual que esas canicas diminutas y transparentes que se arraigan en los árboles de Navidad con sólo arrojarlas desde lejos. ¿Sabe?, tuve locos deseos de acercarme y aplastarlas. A un amigo que andaba conmigo –Fico, ¿lo recuerda?–, le conté mi capricho, oye loca, date prisa, me disparó el imbécil. ¿Recibió mi carta del jueves? ¿No? Se perdió la mejor. Le cuento: mami dice que estoy descarriándome, que ando en malas compañías, que debo cuidarme y toda esa sarta de beaterías de hace fú. Creo que me iré de casa, ya no la soporto, ni a ella y peor a Maximiliano, su nuevo zafari menopáusico. Yo sé que siempre fue zanahoria –ella, no usted, por supuesto–, pero ahora, olvídese, está en el colmo de la chochez. Le ha dado por las pelucas, ¿ya?... Entro a su recámara y no puede atravesarla por la multitud de asquerosas ca-

bezas de plástico sin ojos, sin bocas, sin orejas, sólo cubiertas de pelos de todos los colores, de pelos peinados con todos los estilos. Abre su closet y halla una parva de los mismos nauseativos pelos. Claro que está calvísima la pobre. El domingo entré a verla antes del desayuno, ¡qué bárbara! María Estuardo en la víspera de su ejecución, sólo que en peor joda, Pablo Andrés, en la última de las jodederas. Tuvo vergüenza de mí y se embozó en la sábana, sin saber que en ese instante la quise y me hubiera recuperado con una de esas sonrisas que tiene igualitas a las de Monaliso[1] (le cuento que por más que diga lo contrario mi profesor de Arte, el cuadrito no me parece nada extraordinario, a más de que el alelado travestista que sirvió de modelo da la sensación de cambiar de sonrisa cada vez que se le ve). "Me lastimas los ojos con la luz, por favor cierra pronto...", me peloteó la loca, enterrándose en la cama. Me dejó sin habla, pero me acerqué a ella y únicamente vi sus manos como esqueletos de lochas zambulléndose en la pelusa blanca del cubrecama, dejando entrever algo pequeño pero lleno de agujas agitándose violentamente debajo de él, su cuerpo, Pablo Andrés, su cuerpo, su hace fú hermosísimo cuerpo.

Increíble, no encontré ni rastro de maconia en mi dormitorio y tuve que recurrir a dos de las blancas para poder dormir[2]. ¿A dónde voy, Pablo Andrés? Cuando estoy con mi padre salgo volada a los cinco minutos. ¿Qué hago? ¿Sabe que los siquiatras son una porquería? Es mi problema, yo sé que es mi problema, pero no tengo a dónde ir, créame. Maximiliano ha entrado dos veces a mi alcoba y le he dejado hacer por pura pereza, el muy bestia, y mamá creyendo que sigo orinando perfume. Zuny en cambio –no le cono-

[1] **Monaliso**: juego con referencia cultural; se refiere a la Monalisa, el famoso cuadro de Leonardo da Vinci.

[2] Tuvo que tomar pastillas.

ce está en otra Escuela y es mi novio entre comillas– es el rubio monumento a la estupidez. Siempre hablándome de su maldito polo. Él debió haber nacido yegua, Pablo Andrés. A veces tengo ganas de meterle las bolas y los palos en pleno pumpis[1]. Se imagina que no se desprende de ellos nunca y nadie puede sentarse en el trasero de su deportivo, porque allí guarda de por vida esos miserables trastos. Además –¿en dónde oí esto?– el matrimonio definitivamente institucionaliza el tedio, y con lo aburrido que es desde ahora, cómo será matrimoniado. Los amigos... Quizá Arlene –tampoco la conoce, está en Ingeniería y parece una cruza de pastor alemán y loba–. Los demás, legítima basura, Pablo Andrés. Déjeme decirle una cosa: no pasa nada cuando una se queda sola. Recuerdo a mi tío Luis, él nunca necesitó de nadie, ni siquiera de mamá. Era el menor de los tíos. Super bueno, ¿sabe? Solía ir borrachito a casa y peroraba durante horas cosas que hasta ahora me dan la idea de un gajo de limón reventado en mis ojos. ¿O eso que alcancé a desprender de las obscuras palabras de mi tío como un trozo de lava ardiente de la boca de un volcán apagado es invento mío, locura mía? Madre y tío Luis, ¡figúrese...! Cuántas veces, inútilmente, para dar con la verdad, pretendí ensamblar los fragmentos de esas voces, "como un tropelista que trabaja con objetos propios de situaciones inexistentes". Madre y tío Luis. ¡Increíble! ¿Sería cierto, Pablo Andrés? ¿Fue sólo un sueño? Usted sueña como yo lo que le sobre del presente, la espuma gris sucia que se trasvierte del instante que vive, algo como un recuerdo que reflota en el porvenir pero que lucha con éste para instalarse en su realidad como una condena... Mi sueño es siempre madre y tío Luis.

[1] Amanerada manera de decir culo.

Cuando él se quedaba vaciado, acatante, en el espaldar de la cama de mamá, igual que un payaso de hojalata en un trapecio descompuesto, madre se acercaba solícita con una toallita empapada de colonia y le enjugaba su frente, y le limpiaba la tierra de su angustia fileteada en sus plisaduras[1], y le sonaba la nariz, con el mismo amor que a Pipo, mi hermanito idiota, porque madre es buena para nada, pero nadie le quita que cuida de Pipo como es debido. Luego le incorporaba hasta sentarlo muy cerca de ella. Entonces se quedaban mirándose una eternidad, él en su escurrida arquitectura de mono hambriento, madre en su sonrisa que aunque estaba destinada a escamotear su nulidad, resaltaba su antigua belleza. Más tarde lloraban, tío Luis empinado, madre abrumada, con las manos en el rostro. Ahora entiendo, Pablo Andrés; que sus lágrimas eran como las señales brillantes de un mar que habían navegado juntos pero que lo sentían irremediablemente perdido. ¡Madre y tío Luis!... Casi nunca mi atribulado tío estaba sobrio, pero cuando lo estaba era otro: refinado, jovial, inteligente, a pesar de su apariencia amadrilada –¿habrá salido de Cancillería por ser el único feo de la familia de madre?...–. En ese estado, se convertía en mi mejor amigo, porque jugaba a lo que yo quería. Tardes enteras me llevaba al Zoo de los milicos o a la rueda moscovita o al Wonder, para enajenarme con casatas y pasteles de todos los sabores. Durante los paseos, con su voz chillona pero tierna, descubría extravagantes sucesos de mi familia materna, como el lama que saca cobras de un arquetón vacío al son de su flautín (esto lo leí en El Cordón Amarillo). Por él me enteré del meteórico ingreso en la espelunca de los importantes de tío Gerardo alias La Comadreja. Desde sus comienzos, cuando usaba un mujeroste color

[1] ..angustia fileteada en sus plisaduras: agustia metida entre sus arrugas.

frutilla para atrapar gerentes en el aeropuerto. Hecho el pastel, encamado el incauto, el tío Gerardo irradiaba desde una oculta cámara sus regias dotes de camarógrafo, sonidista y fotógrafo. El cándido gerentazo pagaba sin remedio, más por constatar su deplorable situación en los filmes super pornos, que por remilgos moralizantes. Así había llegado tío Gerardo hasta ser la cabeza de un régimen, pues la principal no era más que una esponja adobada con whisky y langostinos. Tío Luis decía que La Comadreja había sido el único capaz de robarle los huevos del Gato y vender cuarenta veces la espada que le regaló Sucre a la Virgen de Mercedes al mismo comprador, Don Pacífico Chiriboga. También por él supe de la muerte de un tátaratátarabuelo que se había suicidado volcando un armario sobre él. (Claro que fueron los curuchupas del Gobierno los que le asesinaron, pero la primera es la versión oficial)[1]. Casos de Ripley, Pablo Andrés. Casos dignos para Ripley[2]. Pero además me contaba cosas de su mortificada existencia y sus desventuradas transacciones con el amor. Cuando lo hacía, sus ojos se encharcaban en el agua de su soledad. Con exclusivos detalles me relataba su aventura con Perla, la estriptisera de La Voluntad de Dios –uno de bajada–, la única mujer que le quiso de verdad. Cuando murió tío Luis, todos compadecieron a madre, pobrecita, la única, ten fuerzas, tú cumpliste... Tío Luis en cambio, muy triste sobre su colcha de terciopelo lila –de idéntico tono que la peluca de madre– fijo pensando que el arrepentimiento, más que el dolor mismo con ser su caricatura, atrae a las gentes como un basural a las ratas–. Así fue como tío Luis también me defraudó. ¿No es la muerte la más redonda forma con que nos timan los seres queridos?... Sus últimos años no vio a nadie y vivió recluido en

1 Alusión histórica al asesinato del general Julio Andrade.
2 Ripley es un coleccionista de casos increíbles en el mundo.

los vestigios de Miraflores. Dejó incluso de usar lentes. Cuando yo le pregunté qué había hecho con los lentes me dijo ya no uso, no hay nada que quiera ver. Unos vecinos del lugar cuentan que días antes de morir se transmutó en un simio curioso e inofensivo, calvo y chupado, que se pasaba el tiempo trepado a los árboles, la mano derecha convertida en visera, oteando la lejanía, como rastreando el mañana o indagando la razón de algo inesperado; otras gentes dicen que fue en pato en lo que se transformó tío Luis, arlequín de laguna olvidada, pato soltero, patito feo, en el tacotal de Miraflores, proscrito de los otros patos, expuesto al canteo salvaje de los caguetas de las propiedades cercanas, moviendo espantado su arruinada cola. ¿Por qué Miraflores, Pablo Andrés, por qué precisamente Miraflores, odiando como parecía odiar todo lo que representaba su horrible clase?... "Pura nostofilia –me apabulló cierta vez padre siendo yo todavía muy joven–. Las anguilas viejas realizan un viaje de cuatro meses de donde están a su lugar de origen; en él desovan por última vez y mueren. Cierto que Luis no fue una anguila, pero cierto también que era incapaz de desovar ni siquiera con...". No concluyó su versión padre, porque la Colorina dijo a sus tres hijos: "sólo uno de ustedes es mi hijo y de Gustavo Adolfo"... "Por fin" dijo padre, y fue a servirse un coñac igual que lo hacía a cada rato Armando Calvo en la telenovela, sí, el papá de Gustavo Adolfo Almazán. Pienso que esto debió decirme la única vez que salí en defensa de madre, porque padre es inofensivo, igual que ratón de laboratorio. Su ferocidad de león de la Metro es pura lámpara[1], Pablo Andrés, para salir en T.V., para convencer de que es militar y porque alguien le convenció de que en el Ecuador, los políticos –peor los dictadores–, nunca sonríen. Ocurre que los escándalos de padre arrecia-

[1] es pura lámpara: es solamente alarde.

ron desde la muerte de tío Luis. Padre acusándole de atrocidad a madre, hasta de acostarse con Ramón, el chofer, madre comprobándole cheques en mano lo que padre gastaba con Susan –aún no aparecía en escena la Bruja Platinada–, de ser cholo con plata y de haber pringado sus estrellas de Brigadier General en su impecable saqueo al Ministerio de Obras Públicas, ¡ah!, y de su predilección por los cuernos de ciervo (padre colecciona toda clase de cuernos). Luego de un forcejeo verbal que duraba de doce a quince asaltos –según el clima, lluvioso quince, soleado doce, a veces menos–; padre retrocedía a las cuerdas, mentalmente extinguido. (Como quiera, madre es del Círculo del Libro y del Club Femenino de Cultura). Entonces, jugándose su última carta, regaba el azufre de lo de madre y tío Luis, empujándome como en la Discoteca del Doctor Caligari, del asombro a la incredulidad, de ésta al aura epiléptica. Era el momento en que tío Luis -dossier beige super fino de madre cubriendo su escarpada desnudez, bacinete prehistórico y avambrazo de lana cruda-, blandiendo tremendo paraguas –¡ningún Freud!–, cabalgando el jumento de tío Gerardo, a jijeo limpio, reducía a la sumisión a padre, quien dejaba de acariciar su oxidadísima espada. De no ser así, figúrese, padre, a pesar de su gelatinosa hechura, era capaz de acogerse a sus conocimientos anti vida que asimiló en Río, y olvidándose de sus negocios, clavar su espadón en nosotras y luego –aunque esto queda en el campo de la mera especulación circunstanfláutica–, practicar el jaraquiri con el cuchillo de cocina. Único saldo positivo: padre cumplía su sola oportunidad de adivinar quién era su hija probando mi sangre, ¡ah!, y lo más importante, su espada se desvirgaba.

Sé que esto va a dolerle. Usted es un buen tipo. Pero Daniela. No la conoce. ¿Sabe?, ella es, ¡ayúdeme con la palabra!..., una flight hostess, una ramera por puro vicio. ¿Es cierto que usted trata de con-

quistarla? Yo creo que es al revés. Pero ella es una nota. Anoche estuvimos en casa de Cleo. Los del grupo: Santis, Amparo, Zuny, Harry, el Peques, Rod, Cindy y dos paracas del Cuerpo de Paz, a los que les resistimos porque estaban volados y podían rendir[1]. Nos engrifamos[2] oyendo a Mussorgski y Strauss, esos maravillosos esperpentos, entreverando su impresionismo con algo de las infaltables Violeta y Mercedes que ya me caen al cubo de tanto manoseadas. De pronto Daniela se zafó; Pablo Andrés está loquito por mí, viejos, les cuento, el otro día me puso la mano y me ha llamado dos veces a casa. ¡Figúrense!... Él llamando a mi casa. Fresca loca, fresca, Pablo Andrés no es de esos, aguántate un chance[3], le zampó el Peques, que le quiere a usted una barbaridad. La verdad es que habíamos estado carburando plenísimo y lo de usted me bajó hasta las lágrimas. Daniela siguió imitando a la Newton John[4], burlándose claro. Aunque ustedes no lo crean, prosiguió bailando, pisss, a mí no me resiste ni él, ¿ya? El otro día me llevó a conocer el jardín de los mercedarios ¿o mercenarios?, el jardín de los pájaros, en Parcayacu. Un sueño, ricos, un sueño, olvídense... Yo traté de salir, pero never, quedé como una pava en medio de una espesura blanda y deliciosa, como algodón de azúcar sicodélico, pero más nice[5]. Sólo después de un rato le puse punto. Volaba en las últimas ruedas, pero comencé a ponerme las pilas[6], y como Zuny no es del todo fumón por lo de sus deportes, y tiene fama de friquearse[7] fácil, a veces hasta sin mí, y había panas[8]

[1] Estaban drogados.
[2] nos engrifamos: consumir "grifa", marihuana.
[3] aguántate un chance: espera un momento.
[4] Olivia Newton John: cantante moderna norteamericana.
[5] nice: anglicismo, por lindo.
[6] ponerme las pilas: actuar con lucidez.
[7] friquearse: hacerle la droga efecto negativo.
[8] panas: amigos.

que se estaban dejando dominar por la nota, le dije punto viejo, y él me hizo caso.

Pero óigame, por muy hombre que usted sea, Daniela le va a correr, a darle el vire. ¿A dónde voy, Pablo Andrés? Dígame. ¿A dónde voy?... Por favor. ¿Sabe? Quizá decida las Europas. Artes tal vez. No sé. Ahora voy a una fiestecita y el fin de semana es super tupido. Creo que es posible amistarnos. Podría decirme si eso ocurre, ¿a dónde voy con todo esto...? ¿A dónde...?

La Sombra.

DESPUÉS DE TI UNA MANZANA

Carlos Carrión

Miró el reloj, eran casi las siete y quince, y continuó hundido en el periódico. Menos mal, dijo el hombre con alivio, con rabia. Ahora siquiera no vendrá la Negra, pero seguía esperándola. Puso la pierna izquierda sobre el brazo de ese lado del sillón y pasó la hoja. Halló un titular a toda página: Igualdad en iglesia exigen las mujeres. Muy bien, dijo él después de consumir el artículo. Quieren hacerse curas. Miró de nuevo la fotografía y observó que entre las mujeres contenidas en ella, viejas abúlicas, y los conceptos del texto no había congruencia alguna. Al frente estaba la sección de Amenidades. De la indestructible pachorra de Olafo, el solo comic que le sonsacaba a veces una sonrisa, saltó al horóscopo. Con la cara de curiosidad y amarilla desconfianza de siempre, buscó su signo, Acuario. Días felices en lo sentimental y un viaje importante para lograr el cual deberá vencer todo obstáculo. Ja, hizo con inofensivo torpe coraje. En el tiempo en que más harto estaba de esa pobre mu-

chacha, le venían con eso los geranios floridos que hacían los horóscopos. Para que a su enojo no le faltara una pata, leyó además Tauro, el signo de la Negra. Ahora tiene grandes posibilidades de éxito económico, pues recibirá la ayuda de un familiar lejano. Ja ja ja, rió. La risotada resonó extrañamente crecida, ajena en la casa vacía de las siete y quince de la noche, a pesar de la luz. El hombre la interrumpió de repente y maldijo. Como quiera, no pudo no seguir pensando en Ana. Era una chica de 16 años recién cumplidos en mayo, y no tenía más atributos que su bellísima juventud y un elástico dulce resplandeciente deseo de animal invencible; con el que, como con una lámpara, ella venía a buscarlo cada dos noches, escapándose de su casa con mentiras de mocosa sabia. Él conocía que después del hermoso y cansado trabajo de su cuerpo sobre el otro cuerpo no le quedaba nada, excepto el cansancio, la hermosura fugaz, una que otra esperada palabra, una manzana consumida de cara al techo y la furiosa desolada certeza de que, acaso, era preferible la soledad a la vida inútilmente gastada en una mujer que tan sólo se desea. Por eso había empezado a segregar un rencor fácil, una hartura. Rencor y hartura que, en cada ocasión, la puntualidad, el rostro de flor inoxidable con que Ana llegaba a las siete en punto a la propia puerta de su casa y la secreta loca promesa contenida en ese rostro siempre terminaban por amansar. Y volvía a quedar dentro del mismo círculo vicioso de siempre.

El hombre dejó con fastidio el gráfico de biorritmo debajo del horóscopo, cuyo cálculo no lo favorecía, y el crucigrama espeso. Volteó ruidosamente las dos páginas siguientes del diario, apelmazadas de avisos clasificados y judiciales incomibles, y llegó a Sucesos, donde lo esperaban el título Grupo Alfaro Vive sufrió nuevo golpe y el subtítulo: policía reveló detención de dos dirigentes. Mierda, dijo. Están de a malas. Antes de entrar en la lectura estudió las dos fotos

de las guerrilleras apresadas del recuadro de la derecha e intentó un consuelo insulso, parecen estriñidas. Leyó: la policía informó ayer la detención de Laura Mercedes Villa Calle y de Nancy Soledad Armijos Castro, presuntas cabecillas de la agrupación guerrillera Alfaro Vive.

Se acordó otra vez del reloj impaciente, las siete y veinticinco. Su boca se torció para elaborar una despedida, una frase de macho envanecido y solo contra Ana; aunque, como una pena de la infancia, nunca dejó de lastimarlo la desdicha de no haber podido hacer de ella alguna de las otras mujeres que jamás lo amaron, por las cuales él había dejado pasar tantos años crueles y amontonársele encima tanta soledad. Es una mierda este corazón de mierda, se dijo. Entonces escuchó la conocida urgencia en la madera de la puerta de calle, ahora más ansiosa que de costumbre. La Negra, dijo el hombre en voz baja y volvió la cabeza en dirección de la entrada; pero aún se demoró detrás del diario, ya sin leer, inventando una sordera, un enojo, como un tonto resarcimiento por la extraordinaria impuntualidad de la chica. Los golpes recrudecieron. Finalmente él dejó el sillón y la lectura. Se ajustó el cinturón de la gruesa bata y salió del estudio, deplorando el olor de la colonia que se había puesto y la casa encendida. Abrió la puerta y sintió la noche metiéndose en la casa, pero no la urgencia de Ana, que se había quedado pegada contra las baldosas del jolcito, oscura apesadumbrada muda. Puedo entrar, dijo temerosa luego de un instante. A las ocho serán las siete, dijo el hombre, apoyado en la puerta y en un reproche, pero cediéndole el paso. La muchacha entró y se detuvo bajo la luz del vestíbulo. No te enojes, mi amor. Él no sabía lo que le había costado ahora convencer a su mamá, y eso que fue con su mejor mentira.

Levantó la cara junto con las palabras y el hombre vio la angustia y el amor de la chica y supo que él no

era un monstruo antediluviano; puso sus manos alrededor del pequeño rostro luminoso y lo besó en silencio. Ana lo abrazó, qué rico hueles, y se quedó allí un rato entero, contra el perfume caro y el hombre. Él le correspondió sin palabras, usando en cambio una exagerada juguetona fuerza que hizo protestar a Ana. Junto con la protesta escuchó además un lamento de perrito apretujado. Otra vez con tus animales, dijo él, desprendiéndose del cuerpo de la muchacha para observar el bulto que sintió que la deformaba. Es para que me acompañe, hombre. Ana se llevó la mano derecha al escote del suéter de lana rojo y extrajo del fondo un manojo blanco. ¿No es lindo?, se llama Copo. El perrito parecía hecho de algodón escarmenado y tenía en el cuello una cinta roja también. El hombre dijo sí y lo recibió, seducido por la belleza del pequeño animal que tembló en su mano. Se parece a ti, alcanzó a decir en voz baja. Sí, soy tu perrita, dijo la chica encantada y se transformó en la loquilla de siempre, dueña de la casa y del hombre que la habitaba.

Dio dos pasos en dirección de la sala, que estaba junto al estudio, los sillones y el sofá de la cual permanecían cubiertos con trapos blancos como fantasmas, y se volvió de improviso dándole el frente a él. Cruzó los brazos sobre los hombros y se quitó el suéter con un aprendido limpio movimiento hacia arriba. El hombre no había tenido tiempo de avanzar casi y estaba con la puerta recién cerrada a sus espaldas, el perrito en las manos y un viejo asombro. Vio el cuerpo de la Negra estirarse y subir las costillas unánimes debajo de la piel, los pequeños senos en el pequeño sostén y el ombligo sobre el borde de la falda. Todo como un bellísimo relámpago porque inmediatamente después la muchacha le cubrió la cara con la prenda quitada y él no vio más, no quiso ver. Se quedó allí sin moverse, ya perteneciéndole a ella y a su juego, mientras adivinaba a oscuras el nombre

de las otras prendas que Ana se quitaba y le ponía encima como a un perchero. Ahora sintió la proximidad de la mujer desnuda, sintió sus manos desbaratando el nudo del cinturón de la bata, sintió sus rodillas redondas contra el piso, sintió sus dedos andándole en la ingle y su pequeña boca buscándolo, y la intolerable dulzura.

El hombre estiró la mano derecha hasta la cabeza de la chica con el objeto de equilibrarse, se crispó sobre su cabellera. Así, a solas con su pasado, su presente y porvenir ardiendo sobre la misma vertiginosa brasa y la boca de la mujer, permaneció un buen rato con la rara sensación de que perdía contacto con el suelo y ascendía en el aire de la casa. Ella sabía trabajar y perfeccionar y sacarle resplandores de plata al deseo del hombre y prosiguió arrodillada. En eso alzó los ojos y lo vio todavía con la cara cubierta por su ropa y a Copo en la mano izquierda y no pudo aguantar la risa, ja ja ja. El hombre se estremeció. Sosteniéndolo con ambas manos para evitar que la brusca vuelta a tierra lo derribara patas arriba, la chica se puso de pie, le tiró los trapos de encima lejos, y también le quitó la bata. En seguida le dio un beso profundo hasta que él pareció encontrarse a sí mismo y despertar. Me tienes en el aire y me sueltas, Negra de miércoles, dijo entre dientes, reconociendo ahora sobre el hombro de Ana los objetos, la casa, la noche principiante. Es que me dio risa verte. Pero ya te desquitaré, mi amor, y le rió otra vez en la cara. Le quitó el perrito y, como si la ceguera continuara durándole al hombre, lo tomó de la misma carne dulce apenas dejada por su boca y lo llevó a conocer el mundo, caminando por el pasillo de baldosas que llevaba a las demás habitaciones de la casa, distribuidas a su alrededor, al dormitorio. El hombre le siguió el juego de nuevo, también sonriente. Ahora vos eres mi perrito, dijo la muchacha. Él ¿sí? e hizo para ella un ladrido feroz que la sobresaltó y la obligó a soltarlo

asustada. A la vez, el perrito que Ana llevaba en la mano derecha chilló aterrorizado y la chica no tuvo otra cosa que correr casa adentro con los dos terrores vivos. El hombre, ensañado feliz, se admiró de la erudición de sus propios ladridos y no dudó que era una buena tarea, especialmente si hallaba quien se la pagara bien, y sobre todo corriendo desnudo detrás de una muchacha desnuda y miedosa con un perrito inútil para cuidarla. Guau guau guau.

Ana llegó gritando al dormitorio y quiso cerrar la puerta antes que el hombre llegase; pero no, él ya estaba allí y ella, más que de fuerza estaba repleta de gritos verdaderos que le quitaron la poca que tenía, y no lo consiguió. Desistió de inmediato y voló a la cama y se metió en ella con perrito y todo, para protegerse. Él se detuvo un instante con el objeto de darle tiempo a Ana, pero no dejó los feroces ladridos. Guau guau guau. Después cambió de táctica. Negrita, hagamos las paces, dijo risueño. No te voy a morder y empezó a zambullirse en la cama, calmando a la Negra con palabras mansas tiernas, que se quedaban debajo de las cobijas. Un largo oscuro momento estuvieron así los dos cuerpos encontrados, produciendo tumbos ruidos, suaves remansos dentro del agua lenta de la cama.

Volvió a gemir el perrito. Se ahoga Copo, dijo con desasosiego la voz de Ana y salieron a superficie. A pesar de eso, ella sentía mucho calor aún, se ahogaba, y el hombre, es de lo gorda que estás, y mientras la oía desquitarse, tonto tonto, la ayudó a deshacerse de las cobijas, pateándolas hasta el pie del mueble. Deja ya al perrito ese, Negra, dijo ahora él. Se lo quitó y lo puso sobre la cabecera como un adorno. No, por Dios, dijo la muchacha. Se va a escandalizar luego y pensó que lo adecuado era bajarlo al suelo. Mejor, para que aprenda, dijo él.

Ana se colocó sobre sus rodillas y manos e inventó un esplendoroso inocente animal femenino de

cuatro patas encima de las sábanas. Dio dos pasos hacia delante, tomó a Copo con la mano derecha, giró hacia la izquierda, caminó en tres patas hacia el borde de la cama y se inclinó sobre él. En esa gloriosa redonda posición duró un segundo larguísimo como si estuviera buscándole un desconocido peligro, una sola y demente desventaja o una nueva belleza a la belleza de su cuerpo junto a los ojos del hombre amado, sabiéndola al mismo tiempo una belleza invulnerable. Él no pudo resistir inmóvil; se incorporó y tocó el acero vivo de las nalgas de Ana. El cuerpo de la chica dio un respingo debajo de la mano, pero en seguida su carne comprendió que estaba hecha para la mano, que además de mano era un destino.

Ahora el hombre la ayudó a enderezarse encima de la cama, a evitar la proximidad del filo del mueble; pero sin permitirle dañar la figura trabajada para él, la horrible tentación que contenía ni el bellísimo pecado.

La mujer chilló, gimió, pero se veía que amaba profundamente ese sufrimiento. El hombre, al contrario, no decía nada, torpe ciego mudo, entrando y saliendo de ella. Estaba de rodillas y detrás de la Negra, con las manos enterradas en sus crestas ilíacas. En eso salió Copo de debajo de la cama y se puso a ladrar en defensa de la muchacha que seguía escandalizando, acaso porque deseaba darle un motivo al animalito o porque no podía parar, porque nunca pudo.

Perro de mierda, dijo el hombre sin dejar su ocupación, su urgencia, su dulzura. Ana chilló más. Entonces el perrito saltó a la cama y empezó a mordisquear las pantorrillas, los talones indefensos del hombre. Maldijo nuevamente. En eso se acordó de los ladridos, guau guau guau, y lo hizo volver espantado a su refugio.

Un momento después, el hombre se bajó de la cama y se dirigió al baño, que estaba fuera del dormitorio, en el extremo izquierdo del pasillo, donde

formaba un ángulo recto que luego conducía hacia la puerta de calle de la casa. Sabía que llevaba colgado en la mitad del cuerpo un profundo olor de animal vivo partido en dos y que era otro hombre. Seguidamente de ducharse no buscó la toalla y se fue chorreando agua a la cocina sin uso. Abrió el refrigerador, que no contenía más que botellas, cuatro latas y dos manzanas. Cogió una de éstas, le dio un mordisco y se detuvo un momento a ver el agua dejada sobre las baldosas cuadradas y rojizas. Después de ti una manzana se dijo, y supo que, más que un alimento, la fruta era el sustituto de Ana, que un segundo luego del deleite magnífico dejaba de existir para siempre. Para soportar su presencia hasta que llegara la hora de irse, sus castillos en el aire, sus juegos con los animalitos que llevaba hasta su dormitorio y la desdicha de gastar la vida y el deseo en una mujer que no se ama, aparte del júbilo innegable hermoso inválido. Él lo sabía con cobardía y amargura. Porque no hallaba el valor para esperarla con la desolada verdad y, en vez de eso, encendía todas las luces de la casa, se perfumaba y ponía la bata gruesa. Y odiaba a Ana callado.

Lo que pasaba era que también sabía que la Negra lo amaba. Sabía que se había hecho mentirosa, puntual y lúbrica sólo para él. Sabía, además, que en su propia familia la odiaban. Y, sobre manera, sabía que él no era un monstruo antediluviano. Por tanto, desde hacía muchas semanas andaba a todos lados, cuidándola como una joya, con la ilusión de que Ana lo dejara, sin importarle que no estuviera tan lejos el tiempo en que ninguna mujer de 16 años le diese el corazón. Que lo viera con más años de los que tenía, con una lujuria intolerable y una soledad a prueba de toda solución humana. Pero, eso sí, que la Negra no se fuera sino sabiendo que en un lugar exacto de esta vieja y horrible y querida ciudad vivía un hombre que

la amó perdidamente, si esa mentira pudiera ser hecha con palabras, paciencia y libido.

Mierda, dijo de pronto con indignación. Parezco una madre. No no, esto se acabó ahora mismo. Tenía la cara torcida y las mandíbulas ajustadas con fuerza. Ahora mismo. Ahora que la dulzura aquella, ante la cual él siempre sucumbía, se había ido. Ahora que estaba hasta arriba de los alaridos de placer de la Negra y de sus perritos y conejos y pericos y gatos. Ahora que apenas había mordido la manzana salvadora. Ahora que todavía podía odiar, inclusive odiarlo todo sin necesidad del alcohol, menos el sueño de la desconocida ardua hermosa mujer cuya presencia después del amor no se reemplaza con nada, sino con el deseo de que no se vaya nunca y con la mujer, cuya sonrisa él se dedicaría a cuidar toda la vida.

Sí, ahora mismo. Era el mejor tiempo de la verdad. Tiró la fruta contra el piso y caminó decidido y desnudo en busca del dormitorio. Antes de llegar, ya adivinó lo que la Negra estaba haciendo. Pues, su voz llena de ternura, adolescencia y un perrito, le salió al encuentro.

Otras veces eran sus frascos de colonia, diciendo qué rico y probándolos con las partes más atrevidas de su cuerpo, o echándoselos a los acompañantes que traía hasta convertirlos en animales exquisitos. O era tema del tocadiscos y las canciones de Madonna o Boy George, que le había hecho comprar porque no quería saber nada de los discos de viejo que él tenía. O el tema del control remoto del televisor.

Ana estaba sentada encima de la cama, desnuda inocente y de espaldas a la entrada, mientras hablaba y mimaba a Copo. Ana, dijo el hombre con una voz desconocida y la mano apoyada en el larguero de la puerta. La chica volvió la cabeza con asombro pero con la misma dulzura de cada dos días de siempre.

EL TRIPLE SALTO

Iván Égüez

–Yo quería ser trapecista, no figurante. Me pasaba las horas mirando a los hermanos Laporte que volaban por el aire.

–Eso hacían. No eran trapecistas, quiero decir algo humano. Eran pájaros, o peces.

–Yo diría peces.

–De acuerdo. Nadaban en el aire con la suavidad de un pez, esas lentas torceduras. Primero uno se aterraba pero después saltaba con ellos eternamente acuático.

Los dos se quedaron mirando el aire un buen rato como si los hermanos Laporte maniobraran sobre sus cabezas ese mismo momento.

–¿Qué pasó después?

–La puta vida.

(Diálogo entre Farseto y El Príncipe, en *Mascaró, el cazador americano*, de Haroldo Conti).

"La forma se rompe al chocar con la vida" (Sobre Kierkegaard y Regina Olsen), Georg Lukács, *Obras completas*, Tomo I.

Mañana al atardecer la caravana llegará a la gran ciudad y tú, Tania, habrás quedado irremediablemente segregada, presa en tu carromato al

que yo he zafado del convoy y he clausurado poterna y ventanucos para que al despertarte no puedas salir. Verás que estás perdida, atrapada, indefensa[1]. Al comenzar la función de gala el Empresario reparará en tu ausencia, pero será inútil. El concurso deberá empezar y tú Ángel del Trapecio, no podrás descolgarte sobre ese abismo de invitados especiales, de embajadores, de militares de alto rango, de filántropos, benefactores y prestamistas, de jueces dispuestos a aplaudirte y premiarte. No te admires de esta infidelidad de tu Payayo Payayón; todo es parte de un complot para castigar tu vanidad, el Pez Volador, el Braceador y yo somos los cómplices. Hoy es contigo, pero luego ejerceremos justicia contra todos los del circo, comenzando por el mantecoso empresario hasta el último de los soplatuercas. Todos de alguna forma serán castigados. Sólo los animales se salvarán. Ellos serán nuestros aliados y un día de gran fiesta quedaremos libres los tres payasos del trapecio y los cuarenta animales de las jaulas. El pacto comenzó una tarde de invierno en aquella ciudad gitana al otro lado de los Cárpatos. ¿Se llamaba Cluj? ¿Era Brashov quizás? No lo recuerdo, pero era una ciudad con mucho cíngaro de por medio, esa gente –decías de los gitanos– que no hace nada pero puede todo, son desposeídos y a la vez tienen el mundo al alcance de la mano, merecen la premiere del espectáculo. Ibas a saltar por primera vez el triple desde veinte metros de altura sin red. Y así lo hiciste. Y fue tu apoteosis. En cada ciudad te llovieron las flores, los fotógrafos, las invitaciones, las pieles y las joyas. Pero nosotros no contamos para nada, es decir yo que desde hace ocho

1 El narrador está en primera persona y se dirige a un tú personaje.

años te había entrenado, el Pez Volador que dañó su figura por esos bárbaros ejercicios de estómago que permitirían darte el impulso de tres metros que tú necesitabas para iniciar desde más arriba la pirueta, ni contó para tu fama la vista, los nervios, las muñecas y los portentosos brazos del Braceador. Tú hasta ese momento ángel de mis sueños, pasaste a ser Ángel del Trapecio, Ángel del Abismo, Ángel del Infierno, Ángel de los periódicos y las cenas y los autógrafos y los canastos de flores y las esquelas. Tú Ángel de mis sueños pasaste a ser tormento de mis insomnios, porque ya no me esperabas en la carreta con el escalfador listo ni el samovar humeante. Ibas a cenar (y quien sabe si esas cenas no terminaron en desayunos) a los hoteles y dashas de grandes señores, de esos que –después supimos– fueron ajusticiados por el populacho, por gente como nosotros, payasos de la vida que vamos poniendo buena cara al mal tiempo, pero como dice el dicho, huye del buey manso y de la cólera del payaso. Ibas a esas comilonas interminables, pitanzas que resultaban pornográficas por tanta hartura, mientras yo vaciaba la cazuela del león y robaba las bananas de los monos. ¿En cuál ciudad fue eso? No importa acordarse, el circo no tiene tiempo ni lugares porque es de siempre y ha estado en todas partes. Fuiste a los banquetes mientras el Pez agonizaba de hambre atragantado con su propia espina y el Braceador seguía alimentándose con azufre y aserrín para templar los músculos, los músculos que no eran para él, entiende, los músculos que sostenían tus fotos y tus citas. Y vimos con espanto cómo el resto de la gente del circo también te reverenciaba y te hacía la corte: el tragaespadas consiguió un sable descomunal sólo para halagarte, la mujer del domador dijo que lo que hizo la mujer de goma fue un suicidio, un suicidio por celos, porque el doma-

dor ya no le miraba el contorsionado cuerpo cuando se hacía bola y ocultaba cabeza, brazos y piernas hasta quedar ante el público, pero sobre todo ante el domador, hecha un solo y puro trasero. El anciano que vendía flores a la entrada, comenzó a ser tu amante eunuco y todo el dinero que recaudaba de la venta de las tres funciones diarias, empezó a gastarlo religiosamente comprando flores para ti. Sólo los animales Tania, no cayeron en el embobamiento ni en la pleitesía; los monos seguían haciéndose la paja en tu delante, el león eructaba cuando te veía, el elefante embodegaba grandes pedos para cuando tú pasaras y la Gran Vaca Sagrada de la India se cagaba sobre el terciopelo azul que un día fue tu manto[1]. Así que ya sabes Tania, el Payayo Payayón que nunca te protestaba hoy te castiga dejándote en el desierto para que no llegues al Concurso Mundial de Salto Triple que todo el mundo sabe fue organizado por el mantecoso empresario para que el título te lo llevaras tú. Pero aquí te quedas Tania. Tania que no eres Tania, porque tú y yo sabemos que de rusa no tienes nada. Los dos sabemos que te llamas Clara Inés a secas, colombianita huérfana que pedías limosna entre una veintena de gamines, que te ocultaste entre la carpa remendada y huiste con el circo, y yo que era panameño o sea como decir colombiano, te hablé con la lengua que nos unía, porque el circo Tania, ahora es también negocio de gringos, tú lo sabes más que nadie, tú que has aprendido no a hablar pero sí a entenderte con cualquier gringo, sea de donde sea. Entonces eras una mocosa pelada y yo ya volaba en el trapecio, pero mientras tú fuiste riendo para la vida yo fui

[1] La procacidad para describir la actitud de los animales frente a Tania permite evidenciar, por contraste, con la actitud de las personas, el drama del payaso.

creciendo para la muerte. Y me sentí viejo aquella vez que entraste desnuda en mi pulguiento catre a decirme que te morías de frío. Y yo turbado ante tanto pellejo te dije que cómo no ibas a sentir frío si andabas así desnuda. Pero más viejo me sentí cuando resbalé por primera vez del trapecio y desde entonces nunca más volé de cabeza porque mis tobillos habían envejecido y ya no me sostenían. Y ese tiempo que pasa, que uno lo mide en el espejo, es también un tiempo de trapecio, un péndulo que tiene que detenerse un día, detenerse para el que cae del péndulo, aunque para el público siga en movimiento. Y pensé en Dios y me dije que ese señor era el dueño de todas las carpas, que nomás tenía que olvidarse un minuto de nosotros y sonábamos. El olvido de Dios Tania es algo así como quedarse sin público[1]. Entonces de esas vueltas y revueltas en el corazón salió mi decisión de hacerme payaso, payaso volador. Payayo Payayón que suba al trapecio no para oír el silencio de la angustia sino para oír carcajadas. Y entre volada y volada se fue acumulando este odio por ti. Hasta hoy que he decidido llevar a cabo mi pequeña gran venganza. Y he tenido que ser fuerte Clara Inés para no caer en tus celadas para hacerme oídos sordos a eso que dijiste ayer de madrugada: "Payayito, voy a volar con tu jubón y tu máscara porque el concurso es anónimo. Ese será mi gesto de agradecimiento para ti que me enseñaste todo". Pero Clara Inés ya está decidido. No llegarás al concurso ni al homenaje que esperas darme, porque bien sabes que es a ti el homenaje que buscas recibir y si hay algo de gesto en tus palabras, también te enseñaré a consumar un gesto. Sin que

[1] El cuestionamiento al poder se da a través de la irreverencia: Dios es identificado con el Empresario.

nadie sepa ni se dé cuenta, subiré al trapecio en tu reemplazo. Mi jubón y mi máscara que iban a ser tu disfraz, sabrán de los aplausos para ti y sentirán dentro de la tela y el maquillaje un calor desacostumbrado, un corazón y una mueca ya no sólo mía. Será como volar los dos en un abrazo. Y después del vuelo, al tiempo del enganche, caeré. Caeré desde los veinte metros soñados por ti y se romperá mi forma al chocar contra la vida. Y sentiré el grito del horror como una eternidad. Y cuando algún niño de la platea, sin tanto horror a la muerte se acerque a preguntar qué me pasó, encontrará en el enorme bolsillo donde guardaba los interminables pañuelos, una carta escrita para ti, caliente como una paloma antes de morirse. Y del horror la gente pasará al contentamiento y dirá ¡que alegría, no ha sido Tania el Ángel del Trapecio, ha sido un payaso solamente! Y vendrán el Pez Volador y Braceador y se sorprenderán ante tanta muerte junta, porque ellos Tania, yo les escuché iban a matarte en este que iba a ser tu mejor día, el de tu consagración y triunfo. Yo les escuché el plan macabro, al tercer vuelo, al momento del impulso para el enganche el Pez te daría menos viada, la justa, la necesaria como para que el Braceador, haga visible su esfuerzo por sujetarte inútilmente y caigas y mueras y muera contigo la duda que les atormentaba a los dos desde hace mucho tiempo, desde que comenzaron a dormir los dos payasos juntos, desde que se celaban mutuamente viendo en tu belleza la rivalidad ante el mundo que los rechazaba. Y ese amor ya un poco carcomido por el vilipendio, quiso afirmarse en algo más fuerte que el amor mismo: la complicidad en tu muerte. Con la carta sellada para ti, todos creerán que se ha tratado de un suicidio, y tú Tania, con el orgullo y la soberbia que te cargas, dolida por la andanada de pretextos y odios que tuve que inventar para lo-

grar morirme en tu corazón la víspera de morir en el aserrín, con tu soberbia digo, no abrirás la carta, citarás una rueda de prensa y entre el magnesio de las cámaras romperás la carta de la verdad que te habla de nuestro amor y que te copia versos que escuchamos juntos aquella vez que un pastor se lamentaba haber perdido su pequeña mioritza. Y el Empresario con un martini en la mano dirá: No, no es suicidio ni crimen. Es la responsabilidad frente al trabajo. Tania enfermó y no pudo venir, entonces el Payayo Payayón tenía que salvar el espectáculo, porque ustedes saben, el público ante todo[1].

[1] La utilización del lugar común, el público ante todo, acentúa la trágica ironía del final.

LA DOBLEZ

Francisco Proaño Arandi

En el principio, ocupábamos los dos una sola casa, ésta, cuyas paredes, pasadizos y muebles siguen siendo los mismos, donde aún te veo, similar a una sombra, donde todavía, aunque distante, alcanzo a seguir tu inconfundible silueta, o se me aparece tu rostro, también, como entrevisto en la difuminada decoración de un retrato, en un espejo, en ese mundo contrapuesto al nuestro que puedes mirar en los estanques.

En el principio, el lecho era uno solo, éste, desde allí mirábamos la misma lámpara, la compartida extensión del tumbado, y escuchábamos, los dos, la huida de la lluvia en las noches, el viento que dispersaba papeles extraviados, la obsesiva estridencia de la ciudad, a la madrugada. Nos amábamos, reíamos y yo te perseguía precedido siempre por tu carcajada limpia, tu cuerpo limpio y mío, tu pelo, el frescor de esa edad primigenia, la nuestra.

La casa era toda unívoca, indivisa, sin duplicidad ni divergentes perspectivas. Te sentabas al otro lado de la mesa y permanecías allí alcanzable, serena y llena de volumen, extrañamente cerca, como esas mujeres captadas a contraluz en una litografía[1] de interior holandés. Las cosas entre nosotros no se interponían sino, al contrario, se evidenciaban a manera de comunes referencias; a veces bastaba conque uno, tú o yo, pensase en un objeto cualquiera de la mesa o del cuarto, y ya no era preciso hablar, actuábamos sin más y, casi siempre, el final era homogéneo, afín[2].

Luego, supimos que todo tiene su decurso, que cada cosa es en si mudadiza, encubre un germen de alteración o de sepsia, de herrumbre. Lo nuestro también pareció sufrir ese acoso, esa variabilidad, en un paulatino número de años. Sin que nos percatáramos, al principio de un modo no regular, infrecuente, cada vez con una asiduidad mayor, empezaron las pequeñas mezquindades, las que se estima habituales; aprendimos, poco a poco, a reconocer los vacíos o la acritud que dejan determinados desentendimientos; llegamos, algunas tardes, a contemplarnos inmersos en el territorio glacial de la indiferencia, de los recelos, del odio inclusive, ciertos días sombríos. Iniciada esta otra, velada forma de exilio, la disensión mutua invadía crecientes instancias. En el lecho, podías ser tú, pero al mismo tiempo una extraña. La casa entonces ya no era igual, su unicidad comenzaba a resquebrajarse por mil fisuras, los cuartos se me antojaban otros, absurdamente agrandados. Después, empezaron a producirse otros fenómenos todavía más extraños.

1 litografía: obra de arte grabada en piedra.
2 Hasta aquí la exposición del cuento: una atmósfera completa ha sido creada. Lo que vendrá a continuación es la ruptura de esa atmósfera.

El aire, por ejemplo. Me acuerdo perfectamente de una tarde en que yo sentía que me faltaba el aire, me ahogaba casi, pero tú me mirabas impertérrita desde el otro lado de la mesa, respirando rítmicamente, llenando tus pulmones de todo el oxígeno de la casa, como si una fuese tu atmósfera y otra la mía, perfilados los dos en distintas burbujas de aire.

Posteriomente, es decir, después de esa primera percepción, cobraron un cotidiano cariz las desavenencias, los puntos de vista contrapuestos y chocantes. Si yo veía que el amarillo de las paredes estaba demasiado subido, tú lo encontrabas más bien tenue, incoloro. Nunca podíamos ponernos de acuerdo a la hora de colocar un cuadro, para mí siempre se inclinaba hacia un lado, para ti, hacia el otro. Jamás mi mano pudo extenderse sin alarma para encontrar los objetos en su lugar acostumbrado, tú, previamente, lo habías dispuesto todo de otra forma, de conformidad con las necesidades de tu mano.

Un día pensé, o sospeché, que la circunstancia de tu mirar el mundo de una manera distinta a la mía, esa costumbre nuestra, ya prolongada, de ver las cosas desde diversas perspectivas, nos había llevado a un punto de discrepancias, casi irreversible. Me esforcé por limar los obstáculos que nos separaban, decliné muchas de mis convicciones, y creo que tuve algún éxito. Hubo momentos en que logramos ser, otra vez, los del principio; entonces, mi impresión, cuando entrabas al cuarto, era la que hubiese sentido si hubieses regresado de un largo viaje, cambiada sí, pero sin resentimientos, recobrada, con la misma disponibilidad inocente de los comienzos de nuestro matrimonio. Creí que la casa volvería a ser la de antes, una sola para los dos, pero el efecto duraba unos pocos días y tor-

nábamos, con crecida aspereza, al desentendimiento de siempre[1].

El fracaso de este empeño nos sorprendió a los dos. Creo recordar una noche en que me miras agónica, estás allí mismo, pero también lejos, difusa, en afán puramente experimental extiendo una mano y no puedo trascender el mínimo espacio que nos separa. Otro día te veo venir por el corredor desde el dormitorio, pareciera que vamos inevitablemente a un encuentro, sin embargo, tú pasas, ni siquiera me miras, como si me hubiese vuelto invisible. En la mesa, caen silencios vastos, se infiltran desniveles de tiempo entre nosotros, a veces soy el que debe retroceder para escuchar lo que dices, otras eres tú quien regresa, como alcanzada por el último eco de mi voz, ya casi en el límite. Hay ocasiones en que quiero explicarte lo que me ha sucedido, la razón de mi borrachera de la víspera, por ejemplo, y, no obstante, por más que hable y hable y gesticule, incluso colérico, sé, simplemente, que ya no me escuchas, que no logras distinguirme en esta común ceguedad que nos hiere, y pienso entonces, te imagino recluida en una definitiva distancia, como en otro mundo.

¿Cuál fue nuestro error? ¿En qué lugar nos perdimos? ¿Cuál la razón para esta radical divergencia? Buceo en los compartidos recuerdos y no encuentro ninguna pista, y los espejos se burlan, ellos, los únicos que no parecen sufrir la disparidad de la casa, colocados en la necesaria frontera, reflejando por igual, para uno y otro, los mismos muebles, la misma deformación extraña en los cuartos.

Pienso, de pronto, en la posible duplicidad de las habitaciones, cuartos que son aparentemente los mismos, pero a la vez diversos, fraguados, en mate-

[1] Después de la ruptura vendrá la nueva atmósfera: opuesta completamente a la anterior.

rias distintas, superpuestos. Quizás el dilatado ejercicio de ver las cosas desde ángulos irreductibles, nuestros devoradores silencios, ese ir acostumbrándonos a un persistente desencuentro, ha obrado este raro sortilegio, esta aparición de la casa dispar, desdoblada, seccionada en un punto infranqueable. Inconscientemente, habiamos fabricado cada uno nuestra dual vivienda, por un tiempo incluso aprendimos a intercambiamos, a realizar una especie de secretas visitaciones que nos permitían, por ejemplo, tocar de manera similar un idéntico objeto, mirar a la propia mujer y no a esa otra que cruza sin verme, oír al marido de siempre y no a este otro, del que no llega siquiera la voz. Un día, sin embargo, toda doblez cumple su ciclo, y llega un momento en que nos ha sido imposible franquear la transparente frontera.

Esta tarde la sospecha parece haber cobrado asidero. Fue en la mesa, en el instante en que una mano invisible rompió la bombonera de cristal, la que compramos en los iniciales días de nuestro matrimonio[1]. Vi, tras un fondo de cristales rotos dislocarse tus rasgos. Tu cara se volvió, mitad came, mitad de vidrio. Tu piel cruzada por una atroz cicatriz, que no estaba en ti, ni en el cristal, era distinta y no cierta, pero por extraña disposición del destino estaba allí perceptible, casi al alcance de mi mano. No sé por qué el azar, o una necesidad aciaga, impuso a tu rostro situarse tras la bombonera trizada, no sé por qué sentenció sobre tu piel esa despiadada, cuanto inasible desgarradura. Comprendí entonces la contingencia de tu came, expediente físico por el cual había aprendido a amarte. Me estremecí de horror puesto que entendí, de repente, tu metamorfosis, tu tránsito, palabras que no

[1] De manera metafórica está planteado un acto fallido: ese "alguien" que rompió un regalo de matrimonio –un regalo frágil como este matrimonio– quería también "romper el matrimonio".

alcanzan a precisar tu radical, nuestra radical brevedad. Te desconocí de pronto tras el cristal. Te perdí. La mujer que luego emergió ya no era la misma. El universo era otro.

EN EL LABERINTO

Vladimiro Rivas Iturralde

Abd-el-Kamir y Ben Sayan se conocieron en París, donde residían desde 1959 y trabajaban clandestinamente por el Frente de Liberación Nacional. Lograda al fin la independencia de Argelia, debieron esperar el dinero para volver a su patria.

Abd-el-Kamir era un hombre culto, un intelectual: leía el árabe, el francés y hablaba casi todos los dialectos bereberes. Ben Sayan era el hombre de acción puro, ágil, decidido, analfabeto.

Un día entre los días, Abd-el-Kamir robó de un supermercado una antología de poesía argelina contemporánea, uno de cuyos traductores al francés era él. Descubierto por los dependientes, perdió el control de sí mismo, echó a correr por los corredores de la enorme tienda y, aunque podía salir a la calle y escapar, no lo hizo porque se sintió atado a una oscura obligación que le dictaba la sangre. Corría el hombre entre la multitud, atropellando vestidos y personas, derribando enlatados y botellas, desesperado, ace-

zante, buscando la razón de su demora, demorándose en los corredores, libro en mano, trazando en su carrera un confuso laberinto. Perdido en un mundo extraño que iba volviéndose familiar y en una situación absurda que iba volviéndose lógica, decidió al fin buscar la salida y escapar, pero en el umbral fue detenido por los policías franceses y muerto a garrotazos.

Una semana dubitó, presa de ira y frustración, el analfabeto Ben Sayan. Al cabo de ella, fue al supermercado. Robó un libro y echó a correr entre los muros del laberinto. No esperaría a sus victimarios: al final del corredor le esperaba una inmensa vidriera, cuatro pisos sobre la calle. Acuchilló a un guardián y se arrojó sobre el vidrio, despedazándolo con su cuerpo y, al caer, pensó con felicidad que su amigo y él eran las dos caras de un único destino que ahora se cumplía.

LA PIEDAD

Abdón Ubidia

El pasado es un residuo
es lo viejo, lo feo
el polvo, la ceniza
la muerte.
Es un rescoldo vano.
Pero hay un hombre
que se alumbra
con esa luz.

C. Keith

Miró al niño y por un momento sintió miedo. ¿Podría salvarlo? El niño jugueteaba entre las flores del jardín. Era pequeño y macizo, los rizos castaños, un poco escasos cayéndole sobre la ancha frente. Los ojos negros, grandes, inexpresivos; la nariz alta, los carrillos regordetes y rosados. "Está con su edad", se dijo mecánicamente. Esa era ya una frase cotidiana.

La evocaba sin sentirla cada vez que le sobrevenían los temores de siempre[1].

Vestida de blanco y gris, de pie junto al capulí recién podado lo miraba: en la risa del niño había algo de la risa de Xavier. No la configuración de la boca entreabierta, sino la expresión toda del rostro, o mejor, el conjunto del rostro como moviéndose por sobre un fondo de indiferencia –¿de prematuro abandono?–, que nunca consiguió definir. "Son ideas mías", se repitió. Esa era también una frase cotidiana.

En un momento el niño giró sobre sí mismo, tropezó y cayó entre la fila de geranios rojos que se alzaba al pie de la pared de medianía. Antes de que alcanzara a llorar, corrió hacia él y lo levantó. Le limpió la cara y las manos sucias de tierra. El niño no lloró. Ventajosamente nada había pasado, ni un rasguño.

"No debes sobreprotegerlo", habría dicho el bueno de Antonio siempre presto a dar consejos. Alto flaco, un poco tímido, Antonio la visitaba un par de veces a la semana desde que murió Xavier. Cualquier día se llegaba con caramelos o juguetes para el niño. O los acompañaba a espectar películas de dibujos animados en las funciones vermouth del domingo. En la penumbra de la sala de cine, lo veía aburrirse: bostezaba, se pasaba la mano por los ojos, intentaba fumar pero los cartelitos rojos le obligaban a guardar los cigarrillos. En realidad la buscaba y ella lo sabía. Jamás, sin embargo, él hizo la menor insinuación al respecto. Quizá era el recuerdo de Xavier, su pobre vida torturada, su suicidio, en fin. Ella por su parte prefería que Antonio callara, tenerlo cerca como un buen amigo y nada más. Después...

Ahora se inclinaba sobre su niño. Le arreglaba el pelo, le acomodaba la ropa. Cuando el niño se alejó, cabizbaja, un poco perdida para sí misma, los hom-

[1] Típico ejemplo de narración morosa.

bros ligeramente recogidos, las manos entrelazadas sobre el vientre, se introdujo en la casa. Era una villa muy pasada de moda. Los tumbados altos, las ventanas altas y angostas, el piso entablado de duelas anchas. La hipoteca que pesaba sobre ella le impedía venderla. Quizá lo conseguiría dentro de un par de años cuando acabara de pagar la deuda heredada de Xavier. "Entre tanto será mejor que la arriende y me cambie a un departamento", se decía de tarde en tarde. Los bajos alquileres que le ofrecían y más que eso, algo como un oscuro ruego de alguien que clamaba en su memoria, le impedían decidirse a hacerlo.

Pasó frente a la sala sin volver la cabeza. Mantuvo la mirada baja, los pasos ligeros y siguió de largo. Le ocurría en ocasiones. Sobre todo en las mañanas de sol, cuando regresaba del jardín con los ojos encandilados y torpes de tanta luz. Heridas las retinas por manchas informes, el interior de la casa de esta suerte súbitamente envuelto en sombras, le parecía ver, en la pared de fondo de la sala, una mancha más, ésta sí precisa, ocupando el sitio en donde antes estuviera el piano de Xavier. Eran ideas suyas, qué duda cabía. Un efecto aletargado de sus nervios. Un juego imaginario de claroscuros que se repetía en sus retinas encandiladas. Cierto que cuando vendió ese piano –a precio de regalo y junto a un montón de otras antigüedades que un vecino negociante le compró de prisa y sin pensarlo dos veces, porque eran los tiempos en que los nuevos propietarios de la nueva ciudad, llenaban de vejestorios sus nuevas residencias[1]–, sobre la pared de la sala quedó un recuadro claro, el espacio no hollado ni por el polvo ni la luz, quién sabe por cuantos años. Cierto que ella lavó la

[1] Introducción de la ciudad como personaje que modifica la vida de sus habitantes.

pared una y otra vez, y el piso también. Cierto que no satisfecha con esto hizo pintar la sala y rasquetear el piso, en un ímpetu tal que poco después le llevó a hacer lo propio con la casa entera. Sin embargo, la idea de lo que allí estuvo, de lo que allí existió y soñó, la memoria de lo-que-ya-no-estaba, esa oquedad, ese vacío, –esa exacta ausencia con forma y volumen, símbolo pleno de otras tantas ausencias que poblaban la villa– no dejaba, a veces, de estremecerle la piel, de obligarle a buscar entonces, desesperadamente, el auxilio de otras ideas, de otros pensamientos distintos. "Tengo que abandonar esta casa, como sea" se dijo por primera vez sin mentirse.

Inevitablemente habría de recordar la noche del suicidio de Xavier. Con el pistoletazo vino la confusión. Con los alaridos de la sirvienta llegaron los vecinos y ella apenas pudo verlos entre el velo de las lágrimas, precipitándose por el interior de la casa hasta el cuarto escritorio en donde Xavier caído en el suelo, un poco de lado, con los ojos entrecerrados hacia arriba, yacía junto a ella que trataba inútilmente de sostenerlo. Un poco más allá estaba la pequeña pistola recién disparada, y sobre el tablero del escritorio el papel garabateado con la consabida declaración.

Los vecinos debieron encontrarla así: inclinada en el suelo, junto a él, entre las abundancias de encajes y pliegues de su salto de cama, la cabeza de él sobre su regazo, un brazo suyo aferrado al cuerpo exánime, con la cara no exactamente presa de la angustia ni el terror sino con esa austera estupefacción que estampa la visión de lo irremediable[1].

Había pasado ya el primer año de aquello. Si bien ese recuerdo la sorprendía en cualquier momento, alterándole los ritmos del corazón o quebrándole la voz en la garganta, esa voluntad suya de resignación y estoicismo, pronto la ayudaba a dominarlo. No era

[1] Referencia cultural a *La Piedad*, escultura de Miguel Ángel.

pues una obsesión ciega y avasallante. No podía serlo porque, vistas en la distancia, las cosas no pudieron ser de otra manera. Y tal vez fue mejor que todo ocurriera así. Ahora frente a la pequeña máquina de escribir portátil que recibiera a cambio de la vieja Underwood de Xavier, con la mesa metálica que comprara hace cosa de seis meses, atestada de la correspondencia comercial a medio traducir, para las dos empresas con las cuales trabajaba sin contrato; en el centro de ese cuarto sombrío y grande, antes dizque destinado a huéspedes y a la fecha convertido en su oficina, miraba la página blanca como si no fuera una página ni estuviera en blanco; como si lo que tenía ante sí fuese más bien la vieja fotografía de un paisaje o de un rostro ya perdido que, a veces, repentinamente se reencuentra, al remover antiguas cartas, y que sólo duele con un dolor también viejo y desvaído. Recordaba o buscaba recordar no al muerto, al Xavier de la noche aciaga sino al otro, al vivo, al hombre teatral e incierto que fue en vida, al comediante. Lo vio hosco, alcoholizado, monologando en las largas horas su estúpida comedia de hombre trágico. Lo vio cumplir, cien veces, el ordenamiento implacable de las implacables instancias del mismo rito, esa suerte de misa pagana que broncamente oficiaba en sus noches de borrachera. Lo vio venir eufórico en principio, los ojos rutilantes, los ademanes firmes y resueltos, hablando de sí mismo como si hablara de un dios personal; refocilándose en su pretendido saber y su prosapia; proclamando soberbio su indiscutible reinado en la mediocre ralea de amigos que le rodeaban. Lo oyó luego insultar, desmoronarse frente al piano intentando hilvanar en el teclado amarillento, los acordes de una sonata repetida mil veces y que siempre acababa enrareciéndose, perdiendo tono y densidad, volviéndose un monótono retintín con algo de melodía de caja musical, de villancico, de ronda infantil. Y por último, al término de

la torpe ceremonia, lo vio venir hacia ella, lloriqueante, implorando comprensión y ayuda, dejándola entrever que le rondaba y perseguía la idea del suicidio, el exacto final para esa vida suya –según decía– equivocada y perdida por su propia culpa desde luego, por su falta de fe y su cobardía, por no haber sabido esquivar a tiempo los desesperados designios de su familia que le apartaron de lo único que podía haber dado sentido a su existencia: la música, el arte, su vocación de pianista, etc., etc., y lo volvieron un burócrata, etc., etc.

Al comienzo fue el terror de descubrirlo así, como nunca en su corto noviazgo lo habia imaginado, descompuesto el personaje que por obra de un malentendido llegó a amar: aquel hombre circunspecto, especial, atildado y suave, ese "joven caballero antiguo que gustaba de la música" y que era capaz –en un mundo de melenas afro, de blue-jeans, de gestos bruscos, que ella llamaba frívolo antes de comprender que sólo era moderno– de cortejarla con ramos de flores e invitaciones formales. Al comienzo fue el terror sí, la desazón, la angustia, la sospecha de un gran fraude, de una gran estafa, de haberse estafado a sí misma al haber apostado todo a un hombre imaginario. Después vinieron las desesperadas tentativas suyas de salvación y ayuda. Después, los reclamos y las amenazas de abandonarlo.

–Si vuelves a beber, una sola vez más –le dijo ella en una tarde de sábado y con un tono decidido e irrevocable–, te juro que me voy para siempre.

Xavier calló. Pudo insinuar una evasión. Decir, como otras veces, que nunca recordaba nada de lo que hacía o decía cuando estaba con tragos. Pudo reaccionar violentamente y responder a la amenaza con la amenaza, a la arrogancia con la arrogancia. En lugar de ello guardó un silencio sereno, casi digno, que ella quiso interpretar como una buena señal.

Pero dos días después se repitió la escena de siempre. Ella supo que todo seguiría igual. Supo que le faltaba el valor, la voluntad de abandonarlo. No fue el miedo a la soledad lo que la retuvo. Tampoco el temor de afrontar un porvenir imprevisible. Fue la simple certeza de que Xavier había entrado en su vida para siempre.

Durante un tiempo intentó cumplir para él el papel de madre. Intentó comprenderlo, buscarlo desde su oscuro interior, justificarlo. Simuló un desplazamiento: encomendó al pasado las culpas del presente, se dijo una y otra vez que Xavier era una víctima natural de una familia empobrecida y fatua. Que lo hicieron así, de ese modo. Le descubrió el cansancio de soportar sobre sus espaldas el peso de un remoto esplendor provinciano que tres generaciones de miseria se encargaron de exaltar. Le descubrió un padre alcohólico que le dictaba desde la tumba, el mismo sonsonete trágico que repetiría en vida. Y a pesar de las evocaciones de Xavier, le acomodó una madre regañona y distante. Nada de eso bastó, sin embargo, para dejar de comprobar, con la consiguiente amargura, que lo que explica, ni redime ni enmienda, porque los hechos del presente sólo son, existen, están, se presentan desnudos tal cual uno los ve o los padece.

Y vino la época de las lluvias. Y vino el verano. Un día se encontró embarazada. Entre la incertidumbre y la esperanza, se vio crecer, llenarse, cambiar. Por fin nació el niño.

Y pasaron los meses. Y nuevamente, borrándose contra el perfil azul de la cordillera, las densas nubes presagiaron la lluvia. Después del primer entusiasmo desbordante de saberse padre, entusiasmo que ella temió que fuese exagerado, pronto volvió Xavier a repartirse en su doble vida de empleado público y de bohemio nocturno. Desde luego que sus borracheras no eran cosa de todos los

días. Nunca lo fueron. Se repetían dos o tres veces por semana. Pero en todo caso pesaban en sus vidas como una maldición.

Una mañana, sentada frente a la peinadora y con el niño dormido en sus brazos, ella vio con un espanto helado a la mujer desarreglada y triste que la miraba absorta desde el espejo. El pelo revuelto, el rostro amargo untado con descuido de cold-crema, la salida de cama sucia y con un encaje desgarrado. "¡Dios mío, qué ha sido de mí!", se dijo al tiempo que la figura del espejo de ese instante de estupor, volvía a serle familiar. Entonces procuró reconocer ya sin asombro, pero en vano, bajo la capa de cold-crema, bajo la piel pálida del rostro, detrás de los ojos resignados y del casi imperceptible rictus de la boca, a la mujer que fuera un año y medio atrás y que sabía sonreír y agradar con la gracia de una secretaria joven y despierta. Curiosamente no tuvo pena por sí misma, sino por la otra, la que sólo existía ya como un recuerdo perdido en medio de su memoria confundida y negligente. Tuvo pena de la otra como de una muerta. Con todo, a partir de esa mañana, alternó sus obligaciones de madre con un discreto cuidado personal que Xavier no dejó de advertir con alguna inquietud.

Otra mañana, mientras paseaba con el niño por un corredor, le acometió un nuevo sobrecogimiento. De pronto le pareció que treinta años después y durante un segundo, la forma exacta de su cuerpo y la forma exacta del cuerpo del niño, habían coincidido en el mismo espacio, con las de Xavier y su madre en uno de sus paseos por el mismo corredor. De pronto imaginó que su pequeño era Xavier. Y creyó hallar en Xavier a su niño. Y creyó verlos como superpuestos en un solo asombro a través del tiempo, aprendiendo la misma cantinela trágica, el mismo amor por lo viejo, la desventura y el

acabamiento. Cuando regresó Xavier de su oficina, al medio día, ella no pudo evitar el contárselo en breves palabras y con un dejo rencoroso en la voz.

Poco después ella vio venir la desgracia. La vio clara, nitidamente: el metal pavonado, las cachas de madera oscura, el cañón muy corto. Era una pequeña pistola alemana de antes de la guerra que Xavier había exhumado de entre su colección de fierros y antiguallas. Que la nueva ciudad se había tornado violenta, dijo. Que temía que lo asaltaran, dijo.

Y empezó a llevarla consigo.

Y la noche presentida llegó. Xavier se levantó del piano con los ojos extraviado, brumosos. Volcada sobre el piso estaba, vacía, la botella de licor. Desde el umbral del dormitorio ella siguió los vacilantes pasos que se dirigieron hacia el fondo de la casa. Esperó aterida. Después de unos minutos lo vio regresar. Ahora tenía la pistola en la mano. Hablaba, hablaba, hablaba, no paraba de hablar. Lo escuchó, lo miró gesticular frente a ella como si estuviera colocada del otro lado de un cristal. Había lágrimas en los ojos de Xavier cuando levantó, contra sí la pistola. Ella no corrió hacia él. No forcejeó con él. No trató de arrebatarle el arma. No le suplicó nada. En cambio, dio media vuelta y se introdujo en el dormitorio. Dejó que la puerta se entornara sola y fue hacia el niño y lo calmó. Pasó un tiempo. Silencio total. O casi total. Se oía duro, implacablemente el tic tac del reloj de péndulo de la sala. Luego la voz de Xavier dijo algo. Luego lo oyó ir y venir pesadamente de un lado a otro de la casa, pero siempre más allá de la puerta apenas cerrada del dormitorio. Ahora ella aguardaba con el aliento retenido, los ojos cerrados con fuerza, abrazada al niño aguardaba. Los minutos pasaron. Ella apagó la luz. Los pasos de Xavier sonaban del lado de la puerta de la calle.

Poco más tarde sintió a Xavier que entraba con gran sigilo, que se acomodaba en silencio junto a ella, que intentaba dormir.

Las campanas del reloj tañeron tres o cuatro veces en la noche profunda. La respiración de Xavier sonaba normal. En un momento, a la luz de la diminuta lámpara que iluminaba la faz de La Dolorosa, lo observó incorporarse cautelosamente. En ropa interior y descalzo, a pesar del frío del invierno, él se deslizó en silencio hacia el pasillo. Nunca tuvo ella tanto frío. Cuidando de no hacer el menor ruido, se puso el salto de cama y lo siguió. Xavier fue primero a la sala. Debía ayudarse con el reflejo del alumbrado público que llegaba de la calle. Luego retornó por el pasillo hacia el cuarto escritorio. En la tiniebla total, sólo la memoria podía guiarlo. Cuando se encendió la luz del escritorio y un vago resplandor amarillento iluminó el corredor, ella no vaciló en acercarse hacia el agudo triángulo de luz que se estampaba al fondo contra el piso y la pared. Y miró por la puerta entreabierta. Encontró a Xavier inclinado sobre el mueble de caoba, borroneando la nota. Después se quedó mirando lo escrito. Después levantó la pistola hacia sus sienes y volvió a bajarla. La alzó y bajó dos o tres veces. Entonces permaneció inmóvil, sentado de lado en la silla giratoria, la cabeza hundida entre los hombros, la frente apoyada sobre el puño crispado, la mano armada como muerta sobre el tablero de caoba. Una vez más levantó pesadamente la pistola y luego la bajó. Era obvio que no tendría la fuerza de hacerlo. Por eso ella le hizo saber que lo miraba, y se le acercó suavemente, se le acercó suavemente y le acarició el cabello como una madre, porque en verdad, nunca lo amó como en esa noche, con tanta ternura y tanta piedad, y entonces lo ayudó con una leve presión en el brazo, lo ayudó a subirse hacia las sienes, lo

ayudó a buscarse, lo ayudó a bien morir de esa manera, y no importó el fogonazo que de todos modos no alcanzó a oír en la blanda noche, porque ahora el cuerpo aquél, como demorado en el tiempo, en esos segundos lerdos y morosos, ya caía lentamente hacia ella, que le ayudaba por fin a caer sin estrépito.

EL CABALLERO DE SAN JUAN

Javier Vásconez

Parecía un poco envejecido desde la última vez que lo habían visto aquellos guerreros...

Italo Calvino

De chico, yo era Julio César de cartón y adarga[1], avanzando al compás trepidante de un tambor de hojalata por los salones, las galerías y los cuartos de la casa. Padecí mi primer desengaño a la edad de nueve años, cuando ocurrió lo del negro Ramón[2]. Pero durante los días feriados y fiestas de guardar, yo batallaba sin descanso en la penumbra del salón azul rosa. Como parte del lujoso decorado, los retratos

[1] **adarga:** escudo de cuero, ovalado o de figura de corazón.
[2] Desde el comienzo se marca la intensidad a través del conflicto del personaje.

familiares soportaban la fiereza de mis ataques. Recuerdo que a un lado del bargueño[1] trabajado en nogal, se imponía la presencia inconfundible del Obispo Castañeda. Viejo con cara de cebolla blanca, visitó siempre mis sueños en forma de duende o aparecido buscando tesoros.

Mamá denominaba a los salones según el color de los cortinajes y las alfombras, según la tonalidad que las lámparas tomaban cuando Petamaría las prendía, al atardecer, de modo que los rostros serenísimos de los santos, nobles y vírgenes destellaran con un resplandor azulino o verde oliva. De chico, sin embargo, yo era Julio César al mando de Galia Cisalpina. Avanzaba con paso seguro, piafando[2] sobre la escoba de Petamaría en un nervioso bayo[3] andaluz, me acercaba corveteando hacia las estatuas de San Sebastián y San Antonio. Pero nunca me aproximé donde San Juan, cómplice de mis males, pese a que llevaba conmigo el amuleto de ónice que servía para alejar el vapor que antecede los ataques...[4] Acaso fue mamá la causante indirecta de que yo anduviera todo el día ataviado de romano, desafiando a los del barrio con lanzas y bracamartes[5] de madera. Pronto me familiaricé con el arte de la guerra. Terciaba molinetes, combinando espada y brazal, contra los armarios, los floreros regados por las aguas del Danubio, y los biombos chinos que habían descansado, durante generaciones, en el salón dorado. Además aprendí a hostigar con saña a mis compañeros de escuela, ol-

[1] **bargueño:** mueble de madera con muchos cajoncitos y gavetas, adornado con labores de talla.

[2] **piafar:** alzar el caballo, ya una mano, ya otra, dejándolas caer con fuerza y rapidez casi en el mismo sitio de donde las levantó.

[3] **bayo:** color blanco amarillento. Se aplica más comúnmente a los caballos y a su pelo.

[4] Se refiere a los ataques de epilepsia.

[5] **bracamarte:** espada usada antiguamente, de un solo filo y de lomo algo encorvado cerca de la punta.

vidando que el gordo Valdés no era percherón normando, ni Ramírez un desertor de la batalla de Tapso. Peor aún el pecoso Murieta, que nomás me veía marchando con la espada en alto y gritaba ganaste, ganaste con tal de que no le quitara la colación a la hora del recreo. Sin duda el Hermano Manuel había empezado a cuidarme, gracias a que mamá le hizo una generosa donación para terminar la cancha de fútbol. Aprendí entonces que se puede ser romano, es decir poderoso, si detrás hay plata y Obispos Ilustres. Por eso me soportaron cuatro años disfrazado de emperador. El negro Ramón me advertía cuidado niño, cuidado que los otros lo van a golpear. Pero yo no le hacía caso. Convencido de que era Julio César, correteaba feliz por los patios de la escuela, aunque el mal de San Juan ya me acompañaba, regularmente, en ese tiempo. Y Petamaría nunca admitió, por los demás, que pasara la infancia degollando azaleas y perritos como si fuesen galos. Yo alargaba interminablemente la guerra contra los guabos, reprimía con treta de manotada la sombra de los cipreses, dejando para el final de la mañana, la invasión de las cuevas del sauce llorón. Petamaría seguía mis juegos, invasiones y asaltos con una suerte de espanto. Desde la cocina removía el puchero y los borrachitos de piña, mientras el jardín quedaba arrasado en pocas horas. A mediodía, cuando la mampara de cristal parecía frenar el acceso de sol a los salones, yo no me había dado aún por vencido. Al contrario, exigía imperiosamente desde mi cabalgadura un refresco de mora o maracuyá. A pesar de que a mi lado los cartuchos agonizaban clamando justicia, las hortensias se mecían como viejas tullidas y los gallitos vomitaban sangre, cadáveres destrozados sin piedad por efectos de la guerra. Y los arbustos derribados, las cúpulas azules y los clavelones de moro formaban un montón de basura, que se podía ver como un pueblo entero pasado a cuchillo, desde el callejón

oblicuo, rematado en esquina de beata. Y Petamaría comentaba desolada, la culpa no es del santo ni el mal es de San Juan, sino del Picaflor Soldado, cuya aguja envenena la sangre del niño y también del rosedal... Pero mamá consideraba estas palabras como chicoria[1] de criada vieja, agobiada de manías y demonios que nadie se tomaba en serio. Y mamá prefería recluirse en sus bordados de lagartera, entredos y gusanillo, antes que llamarme la atención. En sus manos las agujas apuntaban y se sucedían con suma rapidez, como émbolos, sobre el bastidor donde luego habría de nacer una guirnalda, un tulipán en recamado, una flor de ángel que esa mañana, a lo mejor, yo había destruido inútilmente en el jardín. Mamá conocía bien mis fechorías, mis crueldades. Permanecía no obstante callada, observándome desde la mecedora, mientras hábilmente yo colgaba trampas entre los árboles. Y nunca me llamó la atención. Pero cierta vez un gorrión quedó atrapado. Y entonces mamá concentró, fijamente, su mirada en el bastidor para evitar regañarme, mientras yo desplumaba sin motivo al pajarillo. Recuerdo que oprimí aquel cuerpo palpitante, tibio entre mis dedos, como parte de esa impotencia que se anticipaba a las convulsiones. Después Petamaría me lavó las manos, cubiertas de sangre y de plumas. Yo me miraba en el espejo. Era Julio César de cartoncillo y tambor de hojalata, iniciando el ascenso de las escaleras con aprobación de mamá, como si fueran los Pirineos[2].

De repente, un martes después del recreo, alguien se apoderó bruscamente de mí. Me resultaba imposible poner atención, comprender en ese instante que

[1] achicoria: (de chicoria) planta de la familia de las compuestas, de hojas recortadas, ásperas y comestibles así crudas como cocidas. La infusión de la amarga o silvestre se usa como remedio tónico aperitivo.

[2] Pirineos: cadena montañosa entre Francia y España, de unos 400 km, desde el cabo de Creus hasta Irun.

el Padre Adorno se purificaba con agua y liturgia, antes de tomar en sus manos el Sacrosanto Cuerpo del Señor. Me sentí incapacitado para detener la caída estelar de la luna, la serpiente infernal y los rubicundos angelitos que acompañaban a la Inmaculada. Porque casulla, vinajera y estola se trizaron en mil colores ante mi espanto. Una fuerza bestial, irrefrenable, se había apropiado de mi cuerpo. Súbitamente las convulsiones en medio de la angustia que iba creciendo. Anegados por un espacio infinito, ciertos objetos se apartaban en vez de aproximarse a mis manos adoloridas, que gozaban destruyendo, restregando una y otra vez el cuerpecillo del gorrión como si fuera mi lengua, mi rostro machacado contra los reclinatorios de la escuela. Era como un inalcanzable juego de espejos, como una danza cuya figura central siempre está en movimiento... pero recuerdo bien que fue un martes, pues todo el tiempo hubo compañeros que asociaron mi enfermedad con la misa del martes. De golpe, la soledad del epiléptico. Después hubo carreras hacia la puerta, sollozos y Álvarez gritando endemoniado, endemoniado...

Al despertar, sentí que un enorme vacío me rodeaba. Por la ventana abierta, penetraban tenazmente los últimos resplandores del atardecer. Los rayos se marchitaban sobre la alfombra, sobre el espejo cegado por el eclipse. Al despertar, sombras apremiantes envolvían los rostros de Gaspar, Melchor y Baltazar[1] encima de la chimenea. Pero los cortinajes, las mesas y los espejos, sin embargo, carecían en ese momento de significado. Aumentaba mi vacío conforme la penumbra ganaba, transformaba y celebraba la mirada demente del Obispo Castañeda. En tono de plegaria, mamá repetía sin cesar es el mal de San Juan, es el mal de San Juan y a ratos sollozaba. Desde el marco de la puerta, el negro Ramón guar-

[1] Gaspar, Melchor y Baltazar: los reyes magos.

daba silencio, haciendo girar entre sus dedos un desgastado sombrero. Mamá le agradeció varias veces por haberme llevado a casa, dándole un par de billetes y entonces brotó un dios se lo pague, a tiempo que yo conseguía retener, fijar mi atención en el Obispo Castañeda. Prelado noble e ilustre en la época colonial, ahora me juzgaba desde su retrato con ojillos de rata. Sofocado por extraños presentimientos, me levanté desoyendo las palabras de Petamaría.

Durante un buen tiempo, mamá se empeñó en interpretar, a su manera, textos de Isaac El Ciego y Abufalia, cuyos conocimientos en materia de síncopes eran únicos, según el Padre Adorno. Pero fue totalmente inútil. A San Juan parecían atraerle los Obispos, los generales que conquistaron el mundo y de chico yo fui Julio César de cartón y adarga, los Grandes Señores de Orléans y Castilla, las reinas como Margarita de Navarra que tañía galantemente, en medio de convulsiones, el laúd italiano y la mandolina. Pobre mamá, siempre sujeta a su pasado de conventos, obrajes y alcabalas me jodió la vida proporcionándome aquel disfraz de Julio César, afirmando además que la familia Castañeda estaba a la par de Margarita de Navarra y César, cayéndose de su jamelgo[1] en plena batalla de Farsalia.

A partir de aquel día asistí a la escuela ataviado de romano. Montando un brioso bayo andaluz, yo acoplaba corcoveos de jaca abierta de pechos con cabriolas de buena lámina. Esos pasos de tijera, baile o zapateo, revelaban que era un semental de raza. Pero mis compañeros estaban más interesados en el fútbol, la rayuela y los cocos antes que en verme piafando sobre el pasto. Y yo me quedaba con un desasosiego, con una tristeza que ni el amor de mamá lograba superar. Desolado por la indiferencia que mi

[1] jamelgo: caballo flaco y desgarbado, por hambriento.

armadura causaba, opté por declararles la guerra a mis compañeros. Un bayo andaluz, un general romano no debian pasar desapercibidos. Al fin y al cabo, yo era superior a todos ellos ya que padecía sincopes de familia ilustre. ¿Quién era, por ejemplo, el pecoso Murieta? Sin duda un pobretón que ni siquiera tenia para aplanchados. Me tranquilizaba pensando que yo era rey. Aunque demasiado atareado en reclutar soldados en tercer grado había descuidado las palabras del negro Ramón. Cuidado niño, cuidado que lo van a linchar. Qué insensatez, decía mamá qué sabe ese negro apestoso. Además yo continuaba haciendo alarde de mi bravura, tirando piedras a los que jugaban rayuela o fútbol. Resonaban mis gritos de proclama militar, como un aullido a lo largo de toda la escuela. Resonaban mis gritos de mando sin asombrar a nadie. Pronto fui temido, acaso secretamente admirado. A los de primer grado no les dejaba tranquilos, los acosaba diariamente. Porque cada uno de mis ataques significaba un ojo morado, un lastimado en la rodilla. Asi yo era Julio César de cartón y adarga. Yo era dueño y señor de la escuela, hasta que de repente, una mañana el negro Ramón se desplomó en el patio, se desplomó contra el piso que enseguida se tiñó de sangre, atacado por violentas convulsiones, mordió el polvo con esa lengua amoratada de negro enfermo y entonces durante días lloré en la soledad de mi cuarto, lloré pensando que ni la familia Castañeda ni Julio César existirian nunca más para mi.

ESPEJO BIZANTINO

Jorge Dávila Vázquez

1

Era de ébano y oro, con incrustaciones de piedras preciosas, regalo, decían del Basileus. Permanecía en la mesita de afeites de una gran dama del Imperio de Oriente.

Un día que ella estaba dedicada a cuidar de su belleza, lo tomó para mirarse y vio en la lámina de oro pulido enmarcada en la fina madera negra, un soldado de estrafalaria apariencia que cruzaba la habitación por el fondo, mientras otro penetraba en ella por la ventana.

Dio un grito y se presentaron de inmediato los servidores. Se registró el palacio de un extremo a otro y no aparecieron los intrusos.

La descripción que hacía la gran dama correspondía a los turcos otomanos.

Dos años después, y luego de un largo y penoso sitio, Constantinopla fue tomada por los turcos, y la gran dama vio con terror como la imagen anticipada por su espejo se cumplía ante sus ojos desorbitados, y aunque gritó y chilló de angustia, nadie acudió en su ayuda. Los sirvientes habían abandonado el palacio varias horas antes.

2

A Maura, la cortesana que habitaba sobre el Gran Canal de Venecia, en un palacio que había sido de un cardenal, le regaló el espejo bizantino uno de sus muchos admiradores. Ella lo miró con arrobamiento. La lámina de oro pulido sobre el fondo de ébano, había sido sustituida por una luna de cristal de roca, pero seguía siendo hermoso.

–¡Qué bello! Exclamó.

–Como tú, dijo con tono seductor el caballero.

Ella sonrió, encantada y encantadora.

–Y como tú, extraño, mágico. Añadió el hombre.

–¿Ah, si?

–Sí, lo compré a un hombre que aseguraba predice el futuro.

Entonces ella se rió sonoramente.

–Veneciano supersticioso, murmuró, echándole sus brazos morenos al cuello y acercando sus labios a los del admirador.

–Eso dicen, Maura, eso dicen. Yo no fabriqué el espejo. Y largos besos se mezclaron con risas.

Entre quienes frecuentaban la casa de la cortesana estaba Michele di Rienzo, un joven amante de los objetos preciosos, raros y de las antigüedades.

Maura miraba más que complacida al muchacho, que era verdaderamente atractivo, elegante, apuesto, con unos aires de figura de Botticelli; pero él estaba interesado sobre todo en las ricas telas que venían de oriente, y que servían para vestir insinuantemente a

la dueña de casa, para cubrir sus muebles o para desplegarse como cortinas, que atenuaran la a veces excesivamente dorada luz veneciana; en las joyas deslumbrantes de la mujer, que provenían de Egipto, de la Roma antigua, de Persia, o habían sido trabajadas por los orfebres más célebres de Italia; y en los adornos del palacio, que procedían de los cuatro puntos cardinales del mundo entonces conocido, figurillas de jade y porcelana, de piedras semipreciosas, de plata o marfil, bellamente esculpidas, pulidas, buriladas, pintadas, terminadas, esmaltadas, todas con el sello esplendoroso de lo bello, lo costoso, lo exótico.

Cuando Michele fue admitido a las habitaciones íntimas de Maura, ella ya estaba profundamente enamorada de él, sin siquiera imaginar que su ansia por penetrar en los dominios secretos de la sensualidad de una de las mujeres más codiciadas de Venecia, la Serenísima, era su ansia por estar cerca de unos objetos que no permanecían a la vista de todos, en particular del espejo bizantino, del que algunos le habían hablado con un cierto temor.

Un día en que Maura se alistaba coquetamente para recibir a Michele, miró como el espejo se llenaba de agua, tal si la habitación entera se inundase. Lo apartó, temerosa. "Veo visiones", se dijo, pero de pronto recordó al olvidado admirador que le había regalado: "aseguraban que predice el futuro", había dicho el hombre, un ya lejano día de gran pasión.

Maura volvió a mirar el espejo, y el agua lo llenó de nuevo, íntegramente. Entonces la cortesana corrió al balcón que daba al Gran Canal y lo lanzó al agua. "Ahógate tú y tus presagios", susurró, mientras volvía a continuar con sus preparativos para esperar al apuesto Michele.

Este venía en una góndola hacia el palacio de Maura, en el momento en que ella arrojaba el espejo. Sus ojos no pudieron creer lo que veían. Impulsiva-

mente, se lanzó a las oscuras aguas del canal, olvidando que no sabía nadar.

Se hicieron muchos esfuerzos inútiles por rescatarlo con vida.

Mientras tanto, la impaciente Maura, incapaz de sufrir la soledad de unas pocas horas, enviaba un recado al signor Furcini, un rico carnicero que vivía cerca del convento de los Frari, para que viniera a visitarla, y daba órdenes de que si ese ingrato de Michele aparecía por allí le dijesen que estaba indispuesta, ocupada, que había salido, o mejor que no quería verlo más.

3

La condesa de Matignon había recibido en su juventud muchos regalos de un alto personaje de la corte, entre ellos un collar de perlas que había sido de la duquesa de R... y el espejo bizantino, que ahora tenía una luna de cristal francés.

Una de las damas de compañía, Adriane de Louvenciennes le contó un día que se decían cosas raras, relacionadas con la magia, con lo oscuro, sobre el espejo. Ella se rió con un desprecio de hija del siglo de las luces, que humilló mucho a Adriane, quien se guardó bien de contarle que la joven duquesa de R... amenazaba públicamente que si la veía con las perlas que habían sido de su familia, no dudaría en arrancarle el collar con sus propias manos.

Una noche de invierno de 1788, madame de Matignon iba a un baile, y ya a punto de salir se le ocurrió probarse el famoso collar de perlas, mirándose al espejo de Bizancio. De pronto emitió un gritito. Adriana, que leía en una esquina de la habitación una historia de amores imposibles escrita por una alta dama de la corte del rey Sol, levant^

la vista del libro, y miró el desconcierto de la condesa, que palpaba inquieta las cuatro vueltas de enormes perlas del collar. "Si ella supiera lo que ha dicho madame de R...!", pensó, al tiempo que preguntaba, un poco inquieta:

-¿Necesita Ud. algo?

-Nada, nada. Repuso nerviosamente madame de Matignon. Nada.

La señora de Louvenciennes ya no volvió a leer, solo contemplaba discretamente el porte de gran dama, la elegancia extraordinaria y la belleza otoñal de una mujer que otrora había causado grandes pasiones, y su indudable turbación.

-Que venga el coche, Adriane, ordenó, con un leve temblor en la voz.

Ella salió discreta y rápidamente.

Al volver halló que, aparentemente tranquilizada, madame de Matignon se miraba ahora en el gran espejo del tocador. Adriane la ayudó con los últimos detalles.

Pero en el momento en que iba a salir, la condesa volvió a tomar, mecánicamente, el espejo bizantino, y vio con claridad no ya un hilo de sangre, alrededor del cuello, como la primera vez, sino una mancha oscura como la que deja un corte, cuando empieza a coagularse la sangre. Dio un alarido y el espejo se estrelló contra la pared, haciéndose pedazos.

Adriane se persignó, murmurando "¡Jesús!"

-¡Maldito espejo! chilló la condesa. Añadiendo con furia:

-¡No sea Ud. supersticiosa, Louvenciennes!

Y salió temblorosa y teatralmente.

Adriane recogió los fragmentos del espejo bizantino y los guardó en una bolsa de seda. Tiró los restos de la luna en añicos y vio una gran mancha de sangre, pero por más que se buscó no encontró herida alguna.

Cuatro años después, oculta tras un manto de viuda pobre, llorando y persignándose, la señora de Louvenciennes vio ir a la guillotina en una misma carreta a la condesa de Matignon –pálida, demacrada, pero con el mismo porte orgulloso con que salió esa noche del año 88, a uno de sus últimos bailes-, y a la duquesa de R..., tan derrumbada por la cercanía de la muerte, que no parecía ser la altanera dama que tiempo atrás había proferido unas amenazas que las cumplió en el baile aquel, que ahora parecía perdido en lo oscuro de los tiempos, y pensó casi sin querer en la gran mancha de sangre en la luna rota del espejo bizantino.

4

De alguna misteriosa manera y luego de predecir varias catástrofes, llegó el espejo bizantino a la dote de una joven religiosa de un convento de clausura americano.

Permaneció por varios años en el fondo de un arcón, hasta un día de mil ochocientos cincuenta en que las monjas arreglaban con ingeniosa y colorida ingenuidad un retablo navideño.

-Nos haría falta un espejito que reflejara al Niño, dijo la abadesa.

Y sor María de Santa Catalina dijo que ella tenía uno entre las cosas que trajo de su casa. Se preguntaron en dónde estaría y fueron a buscarlo. Remendado cuidadosamente por algún hábil artesano, con una luna un poco opaca, seguía siendo bello.

Lo colocaron de tal modo que reflejaba la imagen y las velas que encendieron ante el retablo. Y allí se quedó para el resto del tiempo.

No faltó quienes aseguraron que en ocasiones pasaban por su luna, cada vez más moribunda, visiones un poco extrañas. Pero como que las disol-

vía la tenue luz de las velas que se encendían en Navidad ante la imagen recostada del pequeño Jesús esculpido en Quito, el mismo año que murió madame de Matignon.

INCONVENIENTES DE LA MUERTE CUANDO NO SE TIENE PALANCAS

Huilo Ruales Hualca

> Como quiera que sea creo que pronto voy
> a callarme completamente, pese a que se
> me prohibió
>
> **Beckett, El innombrable**

Julián ya casi sin cuerpo pensaba ya casi sin pensamiento que la crema del infortunio consistía en estar de muerte y carecer de influencias en el ministerio respectivo. Tanta gente –niños incluido– regándose de salud y en la mitad de un cine o al salir de un bostezo, el hocico de la parca englutiéndolos por sorpresa. Menos a Julián por supuesto. Le resultaba inconcebible que, pese a su extraordinario denuedo, no se le atribuyera la modesta gracia de la tumba. Calendarios enteros enhuesándose: ahí estaban sus pómulos, dos codos en persona y cubiertos de una tela brutalmente verdosa y arrugada sobre su calave

ra; alguna madrugada, de un solo manojazo, el escueto detalle rubio de su pelo se había desparramado sobre la almohada; cada hora para Julián contenía un año y, en ella, no perdía sino que se endeudaba en otro medio kilo; sus ojos, cada vez más, eran una pareja de ahogados; y la voz un mineral parpadeo de sus labios. Ante tamaña injusticia Julián debía tener por lo menos el derecho a la desolación; pero ni eso le era permitido: aquellas regiones etéreas como las del pecho o del alma resumían en él un charco lejano, en el cual como una orquídea dentro de un remoto sueño, flotaba la sonrisa de una adolescente, y eso era todo.

Sin embargo, y de forma inexplicable, un signo vital se mantenía encendido, hierático: la fe. Una ciega fe de que en el momento menos esperado desde el plomizo ministerio de la muerte, uno de sus enigmáticos inspectores, voltearía la esquina en su búsqueda. Esa fe le había abalanzado en la segunda grada para siempre. Con la cabeza adherida al pasamanos apolillado olisqueó el éxodo de las cinco familias que más de medio siglo habían ocupado patios, callejones, escaleras y habitaciones de esa casona colonial. Entre ellas se fue también la suya, rumbo al sueño cumplido de la casa propia. Y nadie logró moverlo. De vez en vez los años escupían la variante de una muerte familiar, noticia que le provocaba cierta tos, cierto sonido como de madera y que no tenía parentesco ninguno con la palabra congoja pero sí con la idea espantosa y progresiva de que no era la muerte sino más bien la extinción, esa ruin forma de eternidad, lo que desde hace un buen tiempo le estaba ocurriendo.

Un viernes tarde y anaranjado cierto casimir negro volteó la esquina, constató el número de la casona y atravesó el frío zaguán escoltado de mercaderías y escaparates. Llegó al pie de la escalera al pie de ese hato de trapos y huesos denominado Juliancito. El vi-

sitante abrió la boca y Juliancito sintió un aroma a tierra podrida, levantó el párpado un milímetro, recorrió el casimir, las gafas, esa sonrisa de oro, pero solamente cuando lo vio abrir el maletón hizo sonar las bisagras de sus rodillas. La manga de casimir aprisionó el metacarpio de Julián hasta hacerlo borronear su nombre en un amarillento formulario y, sin ningún respeto, le dejó doblado como con un puntapié en las ingles. Pero eso no tenía importancia ya que para Julián por fin su anhelo –quizá por el que, paradójicamente, había sobrevivido– entraba en la fase de cumplimiento.

Nadie podría explicar cómo, esa noche, pudo arrastrarse hasta la plazagrande, resbalar a santodomingo, entrar, salir de los bares y, aprovechando su insignificancia, sorber de uno, otro y todos los vasos, a la salud de su muerte. En la madrugada osó, por simple euforia, musitar yaravíes en las espaldas de los músicos ciegos y soltar invisibles galanteos a las agobiadas putas de la plaza. Feliz de la vida y feliz de la muerte, tambaleante, se lo vio atravesar una callejuela sin imaginarse que el rechoncho casimir de oscuras gafas no había sido ningún emisario de la muerte sino un simple malandrín de las leyes quien le había usurpado, para penumbrosos fines hereditarios, su raquítica firma.

En todo caso el diablo se portó un caballero cuando escogió una vieja camioneta negra para que, de un beso de guardafango, Juliancito fuera enviado en añicos a su merecido reposo.

AEROPUERTO

Jorge Velasco Mackenzie

Alejandra con traje estilo sastre, con maletita de mano con iniciales, con pañuelón de bolas blancas sujetándole el cabello, desde ahora rubio oxigenado, ríe, y mientras ríe habla del tiempo, del señor cónsul dándole la visa, del sucre al dólar, hasta que la llaman por los altavoces: señorita Alejandra Sánchez, favor acercarse a información, señorita Alejandra Sánchez, y ella de golpe suspende la risa, se suelta rápidamente del brazo del primo y camina entre el tumulto de gentes que hablan y maletas que se alzan, ¡Dios mío, el peso! dice entre dientes y apura el paso sin decir perdón, sin volver la cara para mirar a la madre hundida en ese cómodo sillón de cuero negro, inconsolable y vaciada de llanto, sin sentir al padre que camina junto a ella, vestido con ropa de domingo, luciendo fuerte, sobreponiéndose a la próxima partida.

Todos están de pie, nadie falta, Alejandra tiene tiempo para mirarlos juntos cuando vuelve, el pasa-

porte y la vacunación en una mano, la otra suelta al viento, cumpliendo el acto de grabar con los dedos el nombre de todos los presentes. Elisa y Julia siempre juntas, el tío Francisco, mejor hubiera sido Europa, la abuela Rita que ha venido enferma, dulces para el avión hijita, tampoco falta el antiguo novio, el que la amó desde la escuela, Pablo y Luis, los otros novios, pero hay que mirarlos a todos otra vez, alguien más puede llegar el vuelo es a las diez y... Salir de la ciudad es empezar a amar su música, Alejandra, que se agitaba en las kermeses bailables, con dificultad se aprendió el comienzo de un pasillo, ahora, hace una hora nada más lo canta, dejaaa posaaaar miiiis labios sobre tu piel de armiñoooo, dicen que la letra la escribió un poeta, y mientras la tararea los ojos se le ponen tristes, los tiene profundos y negros, pero se le ven extraños rodeados de esas sombras púrpuras y verdes.

Madre no te preocupes dice a punto de llorar, todo irá bien y ensaya despacito las primeras palabras que dirá al descender "tacsi plis, manjatan tri"[1] y luego a celebrar la llegada, porque fue eso lo que dijo Eugenia en su última carta, días de emociones darling[2] y sin vender tu cuerpo, sin esfuerzo, Oh mother[3].

El tío Francisco ha llegado hasta ella, le toma un brazo y Alejandra tiene tiempo para mirar el reloj, oye la voz lejana del tío musitando las recomendaciones, entonces recuerda, tipo raro él, siempre rodeado de libros y hablando de la comunidad, de ese Miller[3], su escritor favorito, pero nunca la voz del tío Franscisco le ha parecido tan noble, tan suaves esos pedimentos que la mantienen sumergida pensado, hasta que oye un ruido fuerte, murmullos y al fin la voz ceremoniosa del altoparlante anunciando la llegada del jet.

[1] "tacsi plis, manjatan tri": "taxi please, Manhattan 3".
[2] darling: querida.
[3] oh mother: oh madre.
[3] Henry Miller, escritor norteamericano.

Cuando llegue sigue como si nada, no mires afuera, no llores, le había escrito Eugenia, ella fue quien le enseñó a vivir, le dio esos consejos sabios, pide más, le decía, engorda y Alejandra que era huesos, empezó a tomar emulsiones, a subirse la falda, a beber whisky sin cara de náusea, los hombres deben ser ricos repetía, nada de engrupimientos, porque el amor no entraba en sus planes, Eugenia era la amiga sabia, la calmosa ninfa del diván que miraba a los hombres con aire de artista sueca.

¡Chica estás linda! Le dice el novio titular que la mira tras sus grandes anteojos verdes, la mira verde de pelo y de sonrisa verde esperanza hasta la punta de los pies, de los zapatos zancos que la mantienen una cuarta arriba del piso y que ahora se mueven y hacen mover a Alejandra que lo besa en la pálida mejilla, adelantada a un regreso tal vez imposible.

En la pared, los círculos del reloj dan la hora en cien ciudades distintas, París, Dakar, las diez, pero ¿serán las diez allá?, ¿estará esperando Eugenia?, sin ella la vida hubiera vuelto a ser la de antes, levantarse, bañarse, irse, volver, comer, vivir asomada a la ventana de rejas, donde noche a noche llegaban a mirarla los hombres, a prometerle cosas demasiado hermosas para que existieran.

Alejandra lo olvida todo, adopta un aire de ya estar de vuelta, suspirando se arregla la tira del sostén nuevo que la aprieta mientras los altavoces vuelven a sonar: pasajeros del vuelo setecientos ocho con destino a Nueva York, sírvanse abordar el avión, y uno a uno los va abrazando a todos, hablando con una voz cortada, adiós Amílcar, adiós Luis, chicas adiós, escriban, con la mirada en la nada porque sólo la nada la asiste, frente al padre que antes de abrazarla y bendecirla ya le ve cara de olvido, ante la madre que también se llama Alejandra, mandaré por ti mamá Alejandra, sin darse cuenta que es la primera vez que le dice su nombre, el suyo y de ella, triste, tímida,

temblando, dejándose tocar por ellos, por los amigos que la deseaban tanto, por la abuela Rita que es la que más llora, ahora que los altavoces hacen su último llamado en dos idiomas distintos.

Camina lento dijo Eugenia, no mires atrás, detente en la mitad de la escalera, te tomarán la foto para el recuerdo, ¡sí!, sonría, pero bajo la luz del flash Alejandra no pudo distinguir a nadie, sólo vio manos y pañuelos agitándose entre el humo caliente y el ruido de las turbinas.

Adentro todo es azul, le tocó ventanilla como en todos sus viajes, favor ajustarse el cinturón, vamos a despegar dijo otra voz y la nave tomó pista, se movió lenta, corrió veloz y de pronto como de un salto, alzó el vuelo. Arriba Alejandra mira las luces de la ciudad, divisa clarísimo el reflejo del río y la canción le viene solita a los labios, dejaaa posaaaaar miiiis labios, sobre tu piel de armiñooooo... cómo sigue mierda, cómo sigue, y la ciudad se queda atrás, perdida definitivamente entre las luces y el sueño que Alejandra siente que viene, haciendo más pesados los párpados con la sombra púrpura, tan pesados como los siente Eugenia al levantarse, lavarse, irse, camino de la factoría en Nueva York cero cero nueve usa.

LA PUÑALADA DULCE

Eliécer Cárdenas

Así la herencia pasó a
mí, pobre esperanza,
y también el pequeño
objeto, y yo salí al mundo

Norman Mailer

Tuvo que llegar con la noche alta. Después de la última novela que el aparato radial desarrollaba con lágrimas y gritos perversos en el cuarto del fondo, el de mis padres. Tuvo que ser entonces. De lo contrario, habría oído los golpes a la puerta; por lo menos un silbido, los pasos del apresurado recibimiento, el ladrido de los perros de todo el vecindario Lo habría oído desde mi cama. Pero a esa edad el sueño viene como una puñalada dulce en la sien, unas ganas abrumadas por olvidarlo todo: los próximos exámenes, las hileras en el patio de la escuela, los regaños, la voz sorda de mamá cuando, junto con el café madrugador, obligaba a rezar a papá oraciones difíciles

que, según decía ella, lo ayudaban afuera, en el difícil mundo de los trabajos.

Era la media noche, estoy seguro. Las palabras me despertaron cuando ellos ya debían estarse un buen rato hilvanando la conversación ardua, emponzoñada por los malos recuerdos, con ilusiones, preguntas y respuestas calculadas, reticentes. Yo jamás lo había visto. Un día me dijeron que murió en el Oriente; otra vez que estaba muy mal, gravísimo, en algún hospital imprecisable. Papá, cuando se hablaba de él, movía en silencio la cabeza, y mamá decía, suspirando, "pobrecito". Lo imaginaba altísimo, dueño de misteriosas maletas donde cabría todo, y unas botas de cuero reventadas por el lodo de terribles intemperies y tormentas, la fuerza avasalladora de los soles. Partía un pan en pequeños pedazos, sentado a la cabecera de la mesa, mientras papá miraba hacia las vigas del tumbado y mamá le decía, de pie ella, apenándose, que si hubiera sabido que vendría le tendrían algo más que pan y café puro. Él me miró; dejó el pan desmigajado y me atrajo hacia su rostro de sudor y humo reciente de tabaco. Era pequeño, mucho más que papá, y llevaba unos zapatos de lenguas menesterosas, llenas del polvo blanco de las carreteras, y tenía un bigote que me hizo recordar las películas que pasaban en el parque. Que debía cantar bonito y tocar la guitarra por lo menos tan bien como papá, pensé mientras duraba el abrazo de ese extraño que era mi tío Antonio: el perdido, el viajero, el que salió mala cabeza, el hombre que robó todas las aventuras que estaban a la familia deparadas. Talvez por eso papá era tan triste, tan fríamente sedentario.

Traía una sola maleta. Más bien un montoncito de lona apelmazada y con agujeros y manchones oscuros. Él y aquella maleta, lo supe desde el banco que elegí en la cocina para mirarlo despacio y sin ninguna simpatía, aunque lleno de curiosidad y timidez, ve-

nían de Puerto Cabello. ¿Dónde quedaba eso? Venezuela, el lugar donde nació nuestro primer presidente, lo recordé del profesor de cuarto grado. Se miró las manos ásperas, delgadas, las frotó una con otra como si tuviera frío. Allá estuvo trabajando en una fábrica de venenos poderosos, y una inhalación en las bodegas lo tuvo gravísimo. Sus dientes, al sonreír, participaron del amarillo del foquito, del verde de aquel loro de cerámica que adornaba nuestras monótonas comidas desde el centro de la mesa. Papá roncó su tos de fumador y dijo que hacía un rato lo escuchó decir que había venido del Oriente. Que aquello fue antes, rectificó veloz el tío Antonio, aceptando con un modesto adelantar los hombros la nueva taza humeante de café que mamá le ofrecía. Que en el Oriente lo persiguió un jefe auca con todos sus desnudos guerreros, por negarse a aceptar a su hija como esposa. Fue tan valiente cazando caimanes con la lanza que el jefe, admirado, quiso hacerle su yerno, es decir el futuro jefe de la tribu. Papá volvió a toser, su tono fue mucho más frío y casi agrio; pero en una carta donde pedía dinero el tío le había dicho que estaba cumpliendo una misión peligrosísima en la frontera. El tío Antonio buscó con los ojos mi complicidad y la de mamá que, cabizbaja pero atenta, lo escuchaba. Que sí, dijo el tío Antonio, que antes del asunto del jefe auca fue espía en la frontera. El general Zurita lo envió, en peligrosísima misión reservada a civiles valientes como él, aguas abajo del río Curaray para que estudie las fortificaciones enemigas, sus pistas de aterrizaje, su armamento, el número aproximado de sus tropas. Un pelotón peruano lo detuvo. Fue transferido, como agente enemigo, a Lima, pero en el trayecto saltó de la avioneta y se salvó ileso al caer en la copa de un inmenso árbol de ishpingo. Papá ya no se atrevió a toser y dijo que el tío Antonio dormiría en mi cuarto, en la cama de mi hermano Roberto, seminarista entonces. No pude

protestar. Jamás habia oído los ronquidos de un extraño, y peor de un tío al que recién estaba conociendo.

Las paredes del cuarto eran amarillas. Él las miró despacio al entrar; se dirigió hacia una de ellas, raspó con una uña la pintura de tierra que, al desprenderse, dejó una cicatriz azul en la pared. Sonrió el tío Antonio. "El cuarto era azul, me acuerdo muy bien", dijo, y luego se puso a contemplar el tumbado alto, de informes desconchados donde lucían como una osamenta vieja los carrizos. Entonces me dijo si podíamos arrastrar una de las camas hasta su esquina opuesta. Extrañado, le respondí que sí, y trasladamos la desmejorada cuja de mi hermano Roberto, dejando rastros brillantes en el piso de duelas. "Ahora necesitamos una silla", advirtió, "así alcanzaré el tumbado". Fui por la silla más alta del comedor y debí hacer mucho ruido porque, desde su cuarto, papá me preguntó qué estaba haciendo. Era raro ver a un hombre desconocido que en mi dormitorio trepaba a una silla puesta sobre la cama, y hacía esfuerzos por tantear con las manos el revoque del tumbado. Yo no decía nada. Papá me enseñó que no es bueno hacer preguntas porque sí a los mayores. El tío Antonio logró introducir los dedos en el desconchado más grande, más festoneado por antiguas telarañas, del tumbado, haciendo equilibrios con los pies para no irse al suelo; casi lanzó un alarido al decir que sí, que había estado allí todos esos años. Sacó del desconchado un papel negruzco y tieso. "Este era el plano de los tesoros del tumbado", me dijo mientras desdoblaba el papel con cuidado; "yo y tu papá íbamos a buscarlos en las noches de luna". Tampoco quise preguntarle si habían hallado algo en el tumbado. Su angosto rostro me pareció entonces feliz. Miré el papel: sus signos se habían borrado.

Sería la noche, más cálida que de costumbre, que nos mantuvo despiertos, horizontales, haciendo crujir

las camas en la oscuridad mucho rato, hasta que lo sentí levantarse, buscar en su camisa un cigarrillo. Encendiéndolo, empezó a hablarme, no como si me hubiera conocido recién sino toda la vida. Y como si yo tuviera su edad ese momento. La voz del tío Antonio partía en pedacitos la tiniebla sin forma de la habitación. Y me contó que había mujeres terribles en el mundo, malditas, pecadoras; que el secreto de un hombre para no emborrachase nunca consistía en beber un buen cuarto de aceite antes de la fiesta, el compromiso, y luego devorar un pan grande y esponjado. Entonces uno podía beber cuanto quisiera. Pero alguna mujer de esas malditas, si conocía el varonil secreto, ronroneaba cerca del hombre, lo quemaba con los ardientes piélagos de sus ojos, dejaba caer lánguida un pañuelo perfumado, y al inclinarse para recogerlo el infeliz caía muerto en el acto. "Por el pan y el aceite", precisó mientras tiraba al piso el cigarrillo y su brasa era una angustia roja que cruzaba la noche. Yo le juré que nunca levantaría el pañuelo de ninguna mujer. "Mejor así", me dijo, y se durmió con ronquidos contentos, mientras docenas de perversas mujeres con pañuelos perfumados asaltaban mi sueño, lo desnudaban hasta la carne viva del insomnio.

Por él no fui a la escuela el día siguiente. Cuando bebíamos el chirle[1] café que mamá llama "café de media y habas", él me propuso acompañarlo a caminar al pueblo. "Por un día que dejes de ir a la escuela no quedarás burro", me dijo, y su boca se abrió como un fruto seco que dejara ver semillas desiguales y blancas. Llevé conmigo los cuadernos aunque no supe después qué hacer con ellos, cómo ocultar mi vergüenza de holgazán ante las calles laboriosas del pueblo, las filas de tapiales ocres y los guabos castaños que estallaban su flor sobre los tejados. Yo lo se-

[1] el chirle café: un café poco espeso, ralo, de pobre.

guía, nada más, sin preguntas. Un puesto de revistas de alquiler, en el parque, nos detuvo. Tomamos bancas juntas y leímos dos revistas que luego nos las intercambiamos aprovechando un descuido del gordo alquilador. Él había elegido una de romance, donde un hombre conoce a una mujer casada y muere a causa de ella por el fogonazo de un disparo en una noche de tormenta. "El amor es más cruel que la vida", comentó la lectura cuando me guiaba calle abajo hasta las casetas de láminas de zinc del mercado. "¿Sabes comer fácil?", me preguntó al cruzar frente a una paila de doradas tortillas de papa, una olla ventruda y luminosa donde hervía algún caldo que debió esa madrugada resucitar a borrachos y choferes que viajaron la noche. Ingenuo, le respondí que sí. Nunca sabré la consistencia y el sabor que tuvo el caldo. Sólo recuerdo que la mesita del local era añil, renga y gastada; que había moscas muertas sobre su superficie, y un vaso con papeles mal cortados, para limpiarse la boca. Él me dijo que aguardara un rato después que se hubiera ido. No caminó de prisa, lo hizo solemnemente, como si nada más hubiera ido a orinar en el muro contiguo. El corazón aturdiéndome por golpes que parecían truenos de delación, eché a correr volteando la silla, olvidando imprudente mis cuadernos. Él, junto a un poste de alumbrado, dos cuadras calle arriba, me aguardaba muriéndose de risa. Y nos fuimos a perder en el dédalo agrio y vociferante del mercado, y luego caminamos hasta la estación de los camiones, impasibles a esa hora con sus guardafangos amarillos de lodo, sus nombres, el color fúnebre de polvo sobre sus capots, el volante yerto en las cabinas.

Del frescor de los camiones, de la oscuridad de sus lonas, debió asomar aquel tipo de rostro avieso y pelo crespo que lo reconoció a él, se lo llevó del brazo a conversar tras la paila de un camión. Molesto, yo los miraba de lejos cuchicheando, gesticulando luego.

como si estuvieran a punto de golpearse. Regresó cabizbajo el tío Antonio, como si hubiera abandonado su contento entre los crespos de aquel hombre. Yo no pregunté nada, pero él me dijo que alguna vez comprendería por qué el mundo es malo. No pudieron alegramos de nuevo ni las chirimoyas que tomó de un puesto del mercado fingiendo un tropezón, ni su sabor dulcísimo y chorreante cuando las comimos en una banca del parque donde yo empecé a maldecir la hora en que dejé abandonados mis cuadernos.

Durante el almuerzo el tío Antonio habló poco. Papá lo advirtió y él sí estuvo elocuente, hablando de que el tío debía reformarse, sentar cabeza en algún lado. "No eres un gitano", dijo a mi tío, "eres un Suárez de los buenos". Entonces fue que vi la última sonrisa de mi tío.

Esa tarde, con el terror de mis cuademos perdidos, la desazón porque las perradas que cometí con él pudieran descubrirse, inventé un dolor de cabeza que mi tío ayudó a perfeccionar diciéndole a mamá que podía ser insolación: algo muy grave si no se guarda cama cuando menos dos días. Él lo sabía desde los terribles soles de Salinas, cuando trabajó en las salineras con sólo una manta de lienzo en la cabeza como protección.

Desde mi yacer de fingido enfermo escuché el ajetreo del tío Antonio, su rebullir por cuartos, su ir y venir entre el patio y el excusado. Mamá debía hallarse ocupada en la cocina. Al anochecer, el tío vino a mi cuarto, se sentó en el borde de la cama, me dijo, cruel, que mamá me preparaba un horroroso plato de cabello de ángel sin sal. Y se quedó en silencio. Me apretó la mano y salió. Debí dormirme cuando los rumores de afuera se volvían un intemporal quejido, la paz de un niño mentirosamente enfermo, casi prófugo.

Mamá berreaba, insultaba a papá, a toda su familia. "El canalla se llevó toda la ropa, hasta las sába-

nas", sollozaba, desde el comedor quizá. Al despertar no precisé de dónde venían sus gritos. Papá mascullaba confusas respuestas. Después salió a la calle dejándonos un ominoso portazo. Me incorporé. La maleta de lona del tío Antonio estaba en su cama desarreglada, sin sábanas, como invitándome a que la recogiera. Y no lo había notado antes: mi mano derecha oprimía algo. Con los nuevos gritos de mamá aturdiéndome, abrí el papel. Y logré entonces descifrar, nítidos, como si los hubieran estampado la víspera, los trazos del plano del tesoro del tumbado.

DESTELLOS EN EL MAR

Raúl Vallejo

A Daniela, mi hija

Cuando yo era chiquillo me mandaban de vacaciones a Manta. Bueno, ustedes saben lo que es ser chico y ser mandado. Pero no me quejo porque no la pasaba mal; mi abuelo tenía una casa inmensa de dos pisos y un montón de cuartos; o, al menos, así era como yo la veía a los nueve años. No sé por qué razones –cuando uno es chico nunca le explican nada–, en el piso de abajo, funcionaba una oficina de estanco con policías.

Un olor fuerte a tabaco y aguardiente llegaba hasta el cuarto que quedaba justo arriba de una especie de cárcel del estanco donde, por lo general metían a los borrachos que se quedaban dormidos en los portales de las casas, a los cholos que eran sorprendidos con pacas de cigarrillos americanos y cajas de wisky que desembarcaban de las barcazas ancladas frente a las playas de Tarqui y las ocultaban en

las alforjas de sus mulas, y, cuándo no, a los muchachos malcriados.

En el cuarto había una hamaca en la que pasaba méceme y méceme mientras en el comedor, al lado, mi abuela, mis tías y las empleadas de la casa se reunían alrededor de la mesa a escuchar en radio Zenit *El derecho de nacer*. Cuando tengan una hamaca y se estén meciendo piensen que están flotando en un tubo de llanta de camión sobre el mar.

Una noche, justo al momento en que Albertico Limonta, el doctorcito de la radionovela, se enteraba de no sé qué cosa de su verdadera madre, se armó tal griterío abajo, casi en la media calle, que la radio y la hamaca quedaron abandonadas y la ventana nos resultó estrecha para calmar la ansiedad que teníamos de averiguar lo que estaba sucediendo en el estanco.

Yo alcancé a ver a un chico mayor, sujetado por dos policías, que se revolvía, peor que lisa, gritando que no lo mandaran al calabozo. Un hombre, al volante de un yip, también gritaba, pero contra los policías, y les decía algo así como que no metieran las narices en donde no debían, que el asunto era solo con el chico y ellos le respondían que se largara que si no dispararían. Yo, que por todo me asustaba, abandoné la ventana antes de que mi abuela me gritara: "¡Chechiúl, ándate para adentro!". Salí corriendo y me arrodillé frente al Corazón de Jesús que bendecía la sala y prometí portarme bien toda la vida para que nunca nunca me metieran en la cárcel.

En seguida, subió mi abuelo con la verdad. Se quitó el jipijapa y lo colgó en un gancho que había hecho poner en la pared frente al comedor. Él se sentó en la cabecera de la mesa –sólo le faltaba la corona para ser un rey–; las cocineras se fueron a preparar cafecito con bolón de verde y los demás nos ubicamos alrededor de la mesa del comedor, martirizados por la curiosidad.

–¿Ustedes se acuerdan de don Artrides Mendoza, el que tenía una finca pasando Montecristi? A él lo mataron en una emboscada por un asunto de tierras que nunca quedó claro del todo; eso fue cuando Chechiúl estaba por nacer. ¿Qué pasó con ese cafecito, muchachas? Se dice que quien lo mandó matar fue don Trajano Intriago, que murió pocos meses después, parece que atacado por una matacaballo que se le atravesó en el camino. Desde entonces, como no pudieron vengarse en el padre, los hijos de don Artrides se la tienen jurada a los hijos de don Trajano. ¡No se olviden de la salprieta! El tipo del yip de esta noche era Temístocles Mendoza, el mayor de todos. Ya es un hombre hecho y derecho y estaba medio jumo porque según dicen se había pasado bebiendo con las puputaspas del capabaparepe de Blanpaquipitapa. El muchacho era Cristóbal Colón Intriago y creo que anda en catorce años; a él, los guardias del estanco lo metieron en la cárcel para evitar que Temístocles lo matara. Pobre chico, tiene la muerte marcada en el rostro.

En eso llegó el café con bolón; yo sentía como si tuviera atravesado en la garganta un trozo de verde y, como nunca, no me puse bravo porque mi abuelo hubiese hablado algunas palabras en clave, así que me levanté diciendo permiso y que tenía sueño, pero no me fui a mi cuarto sino al cuarto que quedaba encima de la cárcel del estanco para espiar por una de las enormes hendijas del piso de madera y tratar de ver al muchacho del que había estado hablando mi abuelo.

El chico daba vueltas y vueltas y más vueltas en la pequeña celda; para estos casos mi abuela utiliza un dicho: "este muchacho está como diablo en botella". Lo oía gruñir y me recordaba al mar entre las playas del Murciélago y de Tarqui en las noches cuando sube la marea y golpea con furia las enormes rocas del malecón.

En una de esas, sus ojos se clavaron en los míos; yo me separé violentamente de la hendija y salí corriendo otra vez hacia la sala, como cuando, al oír los pasos de mi abuela, abandono el tarro de galletas que ella tiene alzado en la última repisa de la alacena. Dirán que era un miedoso pero ya quisiera encontrar a alguien capaz de mirar de frente a la muerte.

Eran unos ojos redondos y negros como pechiche. Miraban con la ira de un toro desenredándose de un alambre de púas. Si mañana o pasado alguien los mira de esa forma, segurito es porque a ese cristiano lo acompaña de por vida la desgracia. De todas maneras, y a pesar del susto, regresé a aguaitar por las hendijas del piso del cuarto de la hamaca.

–¿Es cierto que te van a matar? –le pregunté con la voz que utilizo en el colegio cuando quiero que el compañero de adelante me sople una respuesta en algún examen.

–No es cierto. Ellos piensan que todavía soy muy chico –me respondió en el mismo tono y yo me alarmé con su respuesta.

–¿Y cuando crezcas?

–Sólo Dios lo sabe.

–Estoy con escalofríos. Tienes la muerte marcada en tu rostro.

Él pegó una carcajada que me escandalizó. Fíjense que yo estaba hablando de lo más serio y él haciendo cháchara sobre su propia vida. Después que lo conocí mejor me di cuenta de que él siempre se reía de las cosas que atormentaban a los demás y más bien se ponía serio con aquellas cosas con las que todo el mundo se divertía. Pero en ese momento yo estaba asustado de verdad y ninguna broma podía caerme bien.

–Hablas como los viejos. ¿Quién te dijo eso?

Me sentí pillado en falta. Pero más me sentí un tonto. Sobre todo porque él reía con ganas. Sin decir una sola palabra, porque ustedes saben que en esos

momentos no hay cómo decir nada más, me fui a lavar los dientes y después a mi cuarto; ahí me quedé dormido como un tronco seco.

Al día siguiente pedí permiso a mi abuela para ir a pasear por la playa y ustedes pensarán que debió de estar distraída porque dijo que bueno y además me dejó ir solo, pero la verdad es que en los pueblos la cosa cambia; en Guayaquil, por ejemplo, hasta hoy, a pesar de que ya soy grande porque ando en los quince años, mi mamá porfía cuando quiero ir solo al cine. En Manta, en cambio, desde entonces, cuando no tenía nada qué hacer, me iba a caminar por el malecón, por las playas del Murciélago o de Tarqui, como en aquella ocasión.

¿Han contemplado alguna vez una canoa cargada de pescado llegando del mar? Es un espectáculo cheverísimo. Cuando las olas arrojan la canoa hacia la playa, los cholos colocan dos o tres troncos sobre los que la montan y la mueven hasta que la canoa parece caer cansada sobre la arena. En el cielo, las gaviotas dan vueltas y más vueltas y, en el primer descuido de los pescadores, se llevan atrapado en el pico algún pescado que todavía se retuerce. La gente rodea la canoa y grita ofreciendo el precio más bajo posible, queriendo siempre los pescados más grandes.

Eran casi las doce; yo caminaba por la playa de Tarqui y había llegado una piragua cargadita de lisas. La red estaba echada sobre la arena y un grupo de bañistas contemplaba cómo las lisas saltaban dentro; sus ruidos y sus movimientos parecían embobar a todos; de repente, alguien señalaba hacia algún lugar de la red, le indicaba no sé qué cosa a su vecino y ambos terminaban riéndose. Yo estaba hipnotizado viendo el espectáculo. Un susurro en la oreja me devolvió al planeta:

–Hola, soy Cristóbal Colón Intriago, ¿te acuerdas? Nunca me dijiste tu nombre pero sé que eres el nieto de don Abelardo Delgado.

–Disculpa. Yo soy César Paúl Delgado Zamora. Me dicen Chechiúl.

Le di la mano y él me pareció mucho más grande de lo que me había parecido la noche anterior. Era extraño, pero en sus ojos parecía brillar todo el sol del mediodía.

–¿Qué haces aquí? –preguntó en un tono raro.

–Viendo las lisas –respondí con simpleza.

–Querrás decir, viendo cómo se asfixian las lisas.

No atiné a replicar nada y dejé que pusiera su mano sobre mi hombro y, sin que me diera cuenta, me alejó de la canoa y de la gente.

–Odio a las personas mayores que se ponen a ver cómo saltan los pescados dentro de las redes. Mira, Chechiúl, es igualito que si nos sentáramos en la playa a contemplar los manoteos de un cristiano que se está ahogando.

¿Ustedes saben coger esos cangrejitos que viven en los agujeros que asoman sobre la playa? Cristóbal Colón era un experto y gracias a él, ahora yo lo soy. El día de nuestro primer encuentro yo, bocabierta, lo veía hacer. Lo primero que necesitamos es una pita un poco menos gruesa que la del trompo. En un extremo le hacemos un lazo corredizo. Esto es fundamental; digo, que el lazo esté bien hecho. Cogemos el otro extremo de la pita, entre el índice y el pulgar, con el lazo colgando y ubicamos un hueco en cuya abertura todavía existan huellas de cangrejos. Si las huellas se acentúan de un solo lado de la entrada, es porque el cangrejo se ha ido; si, en cambio, forman una diminuta cadena de montañas alrededor de la boca del agujero, entonces es porque el cangrejo está metido en el hueco.

Según mi abuela, con paciencia uno se gana el cielo; según Cristóbal Colón, con paciencia se cazan cangrejos. Con mucha delicadeza hay que meter la pita por el hueco y esperar en cuclillas, hecho una estatua, hasta sentir, entre los dedos que la sostienen en un extremo, que algo está moviéndose alrededor del lazo. Esto puede durar una eternidad y entonces el calambre será nuestro peor enemigo. Cuando detectamos un peso que templa la piola es porque el cangrejito ha metido alguna pata dentro del lazo.

Es el momento clave. Cristóbal Colón dice que es como cuando su tocayo descubrió América. Hay que dejar que el cangrejo tome confianza e ir cerrando el lazo, desde arriba, milímetro a milímetro. De pequeños, a todos nos han sacado los dientes de leche que se aflojan, amarrándolos con hilo dorsal y tirando fuerte y de una sola del hilo, ¿verdad? Exactamente eso debemos hacer con la pita para cazar al cangrejo. Este queda colgando pero hay que ponerlo enseguida en la arena porque suele treparse por la piola y darle tremendo susto a los bocabiertas.

–Lo puedes pasear como a los perros –Cristóbal Colón dio un paso y el cangrejo lo siguió en desenfrenada carrera–; pero el sentido de todo esto no es ese; ¡qué chiste tiene dominar a un cangrejo! –a veces, él hablaba como la gente grande pero me caía requetebién–; la espera paciente, la habilidad para halar la piola en el momento exacto, derrotar a la fatiga; eso es el éxito. Luego tomas al cangrejo apretándole las pinzas, le desatas el lazo y lo dejas irse... –hizo una pausa largota y, después, mirando hacia el mar, continuó igual que si fuera un cura dando misa–: venciendo obstáculos creceremos.

Solo cuando me di cuenta de que se nos había pasado el día sin darnos cuenta me angustié y eché a correr para llegar a casa lo más pronto posible. Fue

una niñería, por supuesto, eso de salir hecho un cohete casi sin despedirme de mi amigo, pero a los nueve años uno se desespera por todo. Toqué el timbre y fue mi abuela quien, como nunca, abrió la puerta.

–¡Ay, Chechiúl! ¿Dónde has estado? ¡Hemos pasado un susto! –me abrazó y supe que no había enojo en ninguna persona de la casa.

–Pero abuelita, si usted me dio permiso...

–Ya lo sé mijo –volvió a besarme y, mientras me acomodaba entre sus brazos, añadió–: ¿qué hiciste todo el día?

–Anduve paseando con Cristóbal Colón Intri...

Antes de que terminara de hablar, ella me soltó como si, de repente, yo me hubiera transformado en el patica. Las empleadas que estaban curioseando, firmes y juntas debajo de la estatuilla del Corazón de Jesús, abrieron los ojos y se persignaron. Mi abuela se llevó las manos a la cabeza, dio algunas vueltas por la sala y regresó donde yo estaba quedito y sin decir ni mu.

–Atiéndeme, Chechiúl: no quiero que vuelvas a salir con ese chico.

–Pero... ¿por qué, abuelita? ...él es bueno y a mí me...

–No vas a salir, Chechiúl... a ese muchacho lo van a matar y no quisiera que estés junto a él cuando eso suceda; es muy peligroso. No hablemos más del asunto, ándate a lavar las manos y te vienes a la mesa para merendar, que se enfrían los patacones.

Sin embargo, en esa ocasión yo no estaba dispuesto a ser un niño obediente. Yo quería ser obediente de mí mismo, así que al día siguiente, sin decir nada, caminé otra vez hacia la playa; solo que esta vez no fui a la de Tarqui sino al Murciélago. Me detuve en la calle, a la altura de la Caleta y me saqué cuyes de cada uno de los dedos de la mano izquierda;

falló el pulgar y eso era de mal agüero pero el sol achicharraba a la gente que se rociaba el cuerpo con coca--cola para coger el color que tiene el café negro en una cucharita, la arena estaba reluciente como los cubiertos de plata de mi abuela en día de fiesta, y el mar, aunque un poco picado, estaba verdezul y repleto de destellos, o sea, listo para un cuchecito.

Como para convertirse en grandes hay que ponerse a prueba a cada rato, me quité las zapatillas y avancé a saltos y brincos sobre la arena que hervía hasta que llegué a la orilla del mar y pude refrescar mis patitas sancochadas. Oí unos aplausos atrás de mí; al darme vuelta, vi que era Cristóbal Colón que me había descubierto.

Me pareció un buen momento para impresionarlo así que, después de persignarme al disimulo, me lancé a enfrentar las olas. Me zambullí y cogí unas cinco olas sin problemas por lo que decidí nadar más adentro y luego ponerme quietito, boca arriba. Al flotar uno no piensa en nada, se deja ir no más; en ese instante me sentía dueño del mar y del cielo.

Cuando quise regresar a la playa sentí que por más que nadaba seguía en el mismo lugar. Me dije a mí mismo que no debería desesperarme pero ya estaba desesperado. Oigan, ustedes no saben lo que es eso; querer llegar a la orilla y ver que uno no se acerca por más que quiera. A pesar de todo, continuaba nadando; no era cosa de dejarme morir, tampoco.

Di un millón de brazadas con furia y, chiquito y todo, puteaba. Lo q' más coraje me dio en ese momento, lo juro, fue imaginar que si me sucedía algo, la gente comentaría que había sido por malcriado, por irme a pasear sin permiso y por desobediente, por juntarme con quien me lo tenían prohibido.

Empecé a sentir calambres en los dedos de los pies y a agitarme de tal manera que tragaba agua y más agua. Recité para mis adentros, *ángel de mi guarda, dulce compañía, no me desampares ni de*

noche ni de día, y un brazo rodeó mi pescuezo y me arrastró con rapidez hacia la playa. Llegué a la arena y me eché boca arriba, jadeando y con la cara más mojada de lágrimas que de la misma agua. Un ratito después, Cristóbal Colón me abrazó y yo hipaba.

–Ya pasó, Chechiúl, ya pasó y no pasó nada. Yo siempre te voy a proteger pero no hagas burrerías.

Era agradable estar acurrucado ahí, como una noche frente a una fogata espantando mosquitos; o como una tarde esperando que pasara el aguacero bajo el alón de alguna casa para seguir bicicleteando; definitivamente, estábamos para la sincerada.

–Júrame que no te van a matar –le rogué.

–Ya te dije que mientras sea chico no me van a matar...

–¡Júramelo!

Él se rió con mucho escándalo y movió la cabeza de un lado para el otro como hacen los grandes cuando les parece que los chicos han dicho alguna gracia.

–No te lo puedo jurar porque eso no depende de mí sino de los hijos de don Artrides Mendoza...

–Entonces, ¿por qué prometes que siempre me vas a proteger?

–Escúchame, Chechiúl: tarde o temprano me van a matar; por eso no puedo dejarme morir antes de que suceda. Ya quisieran los Mendoza que yo, o cualquiera de mis hermanos, vivamos encerrados bajo siete llaves y muertos de miedo. A ti no te debe importar si me matan o no; yo estaré siempre ahí donde me necesites. Solo tienes que mirar hacia allá, sea de día o sea de noche; en los destellos del mar, ahí estaré yo.

Durante esas vaciones y las tres siguientes, salí a pasear con él escapándome, a cada rato, de la vigilancia de mis abuelos. Aprendí a coger olas, a construir castillos de arena, a lanzarme de coco desde la cubierta de un barco, a pescar con un hilo sentado

sobre las piedras del rompeolas, a navegar una canoa y caminar sobre su panza sin caerme, a lanzar la atarraya sin que se hiciera nudos, a tender las redes, a descamar pescados sin herirme ni con el cuchillo ni con las espinas, a preparar cebiche de corvina, a lanzar un trompo y desde el suelo hacerlo subir a la palma de mi mano, a jugar perinola de a billuzos; yo creo que aprendí casi todo lo que se necesita para que uno se haga grande. Bueno, en realidad, lo único que no aprendí fue a tomar cerveza porque me supo demasiado amarga.

Recuerdo la última conversación que tuvimos el año pasado, al final de mis vacaciones.

–¿Sabes? Creo que pronto viajaré para Guayaquil.

–¡Qué chévere, man!

–No tan chévere, Chechiúl. Lo que pasa es que en mi casa dicen que ya estoy demasiado grande para andar por ahí como el pavo...

–Están que te matan desde cuando yo era chiquito.

–Lo mismo digo yo pero como igual me han de mandar para tu ciudad, dame tu teléfono.

–Tres cuatro seis, tres cuatro siete.

–¡Oye! ¿Tienes dos teléfonos?

Por primera vez, desde que nos habíamos conocido, lo vi tropezar. Me di cuenta de que no debía herirlo ni un poquito al responderle. También fue la primera vez que hablé sin ningún tipo de entonación.

–No; lo que pasa es que en Guayaquil los teléfonos tienen seis números.

Cristóbal Colón se quedó serio un rato; después me puso sus manos sobre los hombros y mirándome fijo a los ojos como si estuviese tratando de hipnotizarme, aunque más parecía asustado, me dijo con esa voz de sermón que utilizaba cuando sus palabras eran verdaderamente importantes.

–Vas a tener que enseñarme muchísimas cosas de tu ciudad.

Ahora que les cuento esto, no sé si ya habré crecido lo suficiente o no. Hagamos un balance como dice el profe de contabilidad. Columna del Haber: siento la boca hecha pucheros y los ojos hinchados, lo que significa que voy a llorar; eso es un punto menos para ser grande. Columna del Debe: estoy en La Caleta bebiendo un jarro de cerveza sin importarme para nada lo amargo; eso compensa lo anterior. Columna del Saldo: a Cristóbal Colón lo mató Temístocles Mendoza, la madrugada del último cuatro de noviembre en el cabaret de Blanquita y yo recién me entero.

Bebo de golpe la cerveza. Pago y me voy a caminar por la orilla; mientras avanzo hacia el rompeolas, el agua cubre mis pies y oigo el chirriar de la espuma desvaneciéndose. Palpo en el bolsillo de mi pantalón la pita para coger cangrejos. Lloro de golpe como si reventara. Mi corazón late peor que carro viejo y de golpe también me tranquilizo porque, de pronto, tengo la seguridad de que él está aquí, conmigo, y que me acompañará no solo hasta que sea grande sino hasta que sea viejo. Es como cuando me pareció que en sus ojos brillaba todo el sol del mediodía.

LUISA PAIJOS

Gilda Holst*

Mi personaje se llama Luisa Paijos, y si bien es cierto que conozco una persona con ese nombre no quiere decir que sea ella.

Sin embargo, quisiera que se le parezca, quisiera robar una particularidad extraordinaria de ella sin que se diera cuenta, sin que ni siquiera lo sospeche. A esta dificultad (sin sospechas), añádase la particularidad misma: su tono de voz, o talvez debería decir sus infinitas tonalidades. ¿Cómo captar y luego transmitir a ustedes lo anterior? Admitirán conmigo que es difícil. Más que nada permanecer objetiva frente a una cualidad tan subjetiva. He buscado la calificación perfecta, pero mientras la rondaba y la oía, no hubo y no hay hasta ahora un adjetivo que fije su voz. Elaboraré una lista que he llevado siempre conmigo para evitar que algún olvido, prejuicio o es

* Guayaquil, 1952. *Más sin nombre que nunca* (cuento, 1989); *Tu ba de signos* (cuento, 1995).

tado de ánimo mío, impidiera que el momento preciso y único de captación y diferenciación se desvaneciera.

Les juro que este relato no terminará como "El retrato oval" de Poe (un pintor pinta el retrato de una mujer, tan perfectamente en colorido y expresión, que en el momento de dar la última pincelada la modelo muere). Tampoco pondré un final estúpidamente sorpresivo como que mi modelo es muda, y lo que yo quería era captar sus silencios o sus expresiones faciales.

Por supuesto que no dejo de pagar tributo a la idea de que suceda en realidad (sin que se muera Luisa la persona) porque mi personaje Luisa ¿ya va? ¿ya tiene?, tres capítulos sin haber podido conseguir efectos positivos (enamorar a Enrique por medio de su voz). No sabe de qué depende, solo tiene la ligera conciencia de que le falta algo. Luisa (el personaje) es recepcionista de un hotel. Enrique es el nuevo proveedor de rosas y va cada dos días, las entrega en la cocina y luego deja la factura en la recepción. Hasta ahora, el tiempo de la narración ha sido seis días, por tanto, ha habido tres diálogos más o menos así:

Enrique: 1. Aquí está la factura, srta. Firme, por favor.
2. Firme.
3. La factura.

Luisa: 1. Ah sí... aquí tiene -con voz displicente.
2. Aquí está. Gracias -con voz dulce.
3. Tome -con voz firme y grave.

Debo confesar que jamás le he oído a Luisa 1 (de ahora en adelante pondré Luisa 1 cuando me refiero a la persona, y Luisa 2 al personaje) la voz displicente, pero siempre he tenido el deseo de poner a alguno de mis personajes con voz displicente.

¡Palabra nada apática que sale tocando deliciosamente todas las partes de la boca! Además, no

estaría bien que se enamoraran ambos a primera vista. En cierta forma, ha sido utilizado como recurso; cuando Enrique que la oye esa primera vez, piensa que es una burócrata, no la mira atentamente, ni escucha los cambios de voz que se suceden en los siguientes encuentros. Pero eso, que ya forma parte de la historia, son en realidad mis intentos de adjetivizar la voz de Luisa 1.

Me gustaría llamarles la atención sobre el hecho de que Luisa 2 es interesante (no sé si el personaje llegue a ser así). Habla inglés y francés, le encanta el bolón de verde, entiende algo de política, especialmente sobre la situación del Medio Oriente. Es pro–Palestina siempre y cuando no haya ningún huésped judío–americano. Este conocimiento hace que los gringos la busquen para sostener conversaciones interminables en el bar. Sucede solamente cuando le toca el turno de la mañana y puede quedarse unas tres horas más en el hotel. Consigue dirigir la conversación de manera progresiva hasta llegar a un clímax de acaloramiento que a los gringos les encanta porque piensan que están frente a toda la "latinoamerican passion".

Así, las conversaciones son evidentemente sensuales, tanto para Luisa 2 como para los gringos. A las siete en punto, Luisa 2 se levanta con perlitas de sudor en la frente y dice que es tarde, que tiene que irse, y los gringos, agotados, la despiden felices. Lo más extraordinario es que en los seis años de recepcionista, Luisa 2 jamás ha recibido una proposición que ella calificaría de indecorosa.

Invité a Luisa 1 a tomar un helado al Continental. Habló con su marido, luego le dio instrucciones a la empleada para la cena y por último llamó a su mamá para que viniera a quedarse con los chicos. Me preguntó si debería ir a la peluquería, le dije que no era necesario. No me hizo caso porque el miércoles que la fui a ver estaba peinadísima y

con un perfume tan fuerte que pasé mareada la mayor parte del tiempo.

La entrevista para una supuesta clase de sociología de una estudiante universitaria a una ama de casa comenzó enseguida. Luisa 1 detalló su infancia y mencionó dos traumas modulando claramente y de manera particular las ps, que le salían como pequeñas explosiones de la boca. Señaló sus tareas hogareñas y gimoteó un poco sobre la esclavitud que representan. La inflexión de su voz fue maravillosa cuando enumeró los ingredientes del pastel de limón y la manera de prepararlo. Bajó el tono para que yo considerara confidencial que el horno debe estar a 300ºC. Me informó que la cerveza engorda y que además deja un tufo horrible e inadecuado en una mujer. Vocalizó: Me–se–ro, con una tonadilla melosa, y se aprestó a preguntarle en qué consistía todas las cremas que acompañaban a los helados.

Me respondió muy seria que ella jamás había sido infiel, ni de pensamiento. Opinaba que los hombres eran infieles por naturlaeza y que la mejor táctica para cuando eso ocurría era pretender no saberlo.

Manifestó, un poco trabada por la frutilla, que no le interesaba la política, pero que compraba la revista "Hola" para mantenerse informada sobre las personalidades mundiales. La atajé con la invitación a otro helado cuando me iba a contar la vida y muerte de Palomín, el torero. Aceptó jubilosa declarando que en realidad el helado que más le gustaba era el de chocolate. Elevando la voz, habló sobre los robos en su vecindario y la inseguridad de la ciudad, para recibir la aprobación de dos señoras de la mesa vecina. Me explicó que la solución era hacer más cárceles y agilizar el sistema judicial.

Expresó en tono grave su pena por los pobres. Lanzó un alarido de contento cuando por fin pudo saludar a alguien conocido. Con entonación solemne me dijo que ya tenía que irse, propuso, para no ape-

narme, otra salida, y por último discutió los precio:
con el mesero.

Durante toda la entrevista había ido revisando mi:
especificaciones pretendiendo confrontar notas im
portantes, y no hallé nada. Fue casi al final que en
contré, de manera fortuita, la palabra adecuada, hart
de lo higienizado del lugar, siempre maravillada de
tono, inflexión y modulación de su voz y sorprendid
de estar delante de un portento; un cliché de carne
hueso, de esos que dicen que no existen en la reali
dad, pero que de una u otra manera uno se topa
choca con ellos de vez en cuando.

Me apresuré a organizar enseguida una fiesta d
aniversario del hotel, en donde todos los empleado:
estaban invitados. Aquí está pues, el momento cul
minante de la organización de toda una novela: Ca
pítulo VI, párrafo octavo:

Al proveedor de rosas le pareció ver un fogonaz
que salía de una boca, enseguida oyó la explosión
rezagos de letras de una voz adyacente.

LA FUNCIÓN

Liliana Miraglia*

Es la directora de la obra, la guionista, responsable del libreto. Es la experta en edición, publicista y relacionadora pública. Es la primera actriz y es la actriz secundaria. Se encarga de la utilería, hace los mejores escenarios. Es la apuntadora oficial. También es el público y no le disgusta la tarea de iluminista. Es la orquesta escandalosa, le gustan los instrumentos de cuerda, los de viento, todos. Se encarga de la limpieza, es la que mejor hace los trajes. Atiende a los periodistas. Encara a los críticos que han gustado de su obra, se defiende ante los que la critican. Recoge los boletos, ubica a los espectadores en los asientos numerados, cuenta el dinero de la taquilla y lo deposita en el banco o se esconde para evadir las deudas. A veces está cansada y suspende la función.

* Guayaquil, 1952. *La vida que parece* (cuento, 1989); *Un close-up prolongado* (cuento, 1996).

LOS JUEGOS TARDÍOS

Oswaldo Encalada Vázquez*

Nos gustaba volver al mismo lugar porque desde ahí soy y somos diferentes, llegábamos a través de los angostos y peligrosos puentes de madera improvisados hasta el sector en el que el río se bifurca en anchurosos brazos por un lado y por el otro en encajonado canal que va hasta la planta hidroeléctrica, jugábamos a nadar entre las aguas, a cruzar los brazos gigantescos, y siempre me gustaba jugar para tratar de asustar a los demás, me ponía de acuerdo con Inés y le decía: tú quédate acostada aquí, en esta piedra en mitad del río y cuando te dé la señal te lanzas a la torrentera donde no hay posibilidad de escape, yo me subía al árbol que crece entre las piedras

* Cuenca, 1955. *Muerte por agua* (cuento, 1980); *Los juegos tardíos* (cuento, 1980), *El día de las puertas cerradas* (cuento, 1988); *A la sombra del verano* (novela, 1991); *La signatura* (novela, 1994); *Salamah* (cuento, 1998).

en la diminuta división de los brazos, jugaba a ser el comerciante de Talasca, el que murió ahogado, el que tenía sus ojos más bellos que esmeraldas; apenas estaba arriba les gritaba y mi grito por más que trataba de ser igual a aquel que había dado en otro tiempo no podía ser el mismo, mi voz sonaba falsa, casi hueca, Inés se arrojaba a la torrentera pero nada pasaba, yo jugaba a caer del árbol arrebatado por la corriente y contra las piedras, ellos seguían jugando indiferentes a nuestros gritos, en el fondo sabían que era un juego, que nada a nadie nos podría pasar, ni siquiera el agua nos mojaba, no la sentíamos como en esa ocasión en que cada uno recordaba en que sí el agua se enfureció, rompió los diques y llevó nuestros cuerpos a depositarlos en otros sitios, lejos de nosotros mismos.

EL ANALISTA

Santiago Páez*

Quinta circunvolución de Aritkü.
Segunda era de la estrella Gaamlooth.
Vigésimocuarta etapa Naiootx.
Tercer planeta de la estrella 2T57w.
*Experimento Xx2687**K*
Analista 1339–d4

RITO DE CURACIÓN:

Por enésima vez he registrado el rito ancestral: un padre indígena ha traído a su hija pequeña al santuario; la lleva en brazos pues la niña no puede caminar.

Entra al corredor que conduce al altar de la Imagen Sagrada y lo atraviesa, mirando con aprensión y

* Quito, 1958. *Profundo en la galaxia* (cuento, 1994, Premio Nacional "Joaquín Gallegos Lara", 1994, al mejor libro publicado); *La reina mora* (novela, 1996); *Los archivos de Hilarión* (novela, 1998); *Shamanes y reyes* (novela, 1999).

nos que, como él, llegaron enfermos o llevando enfermos y salieron curados.

Observa asombrado el conjunto de aparatos ortopédicos (férulas para las piernas, abrazaderas para los tobillos, yesos, bastones, muletas) y los mensajes escritos en las paredes; todos testimonios de milagros recibidos de la Imagen que se venera en el santuario.

Los cuadros que representan, con su pintura sencilla, los muchos prodigios de la Imagen lo han sobrecogido. Olvida el propósito de su visita y queda extasiado en sus formas y colores. Luego recuerda el objetivo de su peregrinación y se dirige hacia la imagen con paso rápido. Frente a ella descubre las piernas retorcidas de su hija, abre la llave (de agua potable, no del agua sagrada de la vertiente) y con fe, con una fe maciza, dura, frota con el frío líquido las pantorrillas y los muslos de la niña. Lo hace una y otra vez, mientras pronuncia en quichua invocaciones y ruegos. Finalmente, seca a su hija con su poncho, la cubre y se retira. Esta vez cruza el corredor sin mirar los objetos colgantes de las paredes, dueño de una sólida convicción, seguro.

METODOLOGÍA: El método de esta investigación ha sido el mismo empleado por el equipo de Analistas desde que el experimento empezó, hace mil doscientos años.

La confrontación entre la conducta de los investigados, las propiedades curativas de la vertiente y los apoyos colaterales de manifestaciones paranormales como alucinaciones colectivas, transformación de objetos, cambios en el clima, etc...

COMENTARIO: La estructura conductual de los sujetos no ha variado desde los grupos preincásicos

que conocieron del agente experimental (las propiedades curativas del agua de la vertiente).

Con el advenimiento de la conquista española (remitirse a los informes del grupo de Analistas XX5690 a cargo del proyecto de migraciones intercontinentales inducidas) el sincretismo religioso ha incorporado usos y creencias cristianas a toda la mitología desarrollada sobre la vertiente y su entorno. La figura de la Virgen de Agua Santa ha sustituido a la antigua deidad incásica que

No debería escribir esto aquí, pero no lo puedo evitar. Estoy perdiendo la cordura. Son ya más de mil años los que he estado a cargo del proyecto; ya no lo soporto. Vilnaz, mi compañero, murió hace tiempo... Él, en su papel de sacerdote, hizo tantos aportes a la investigación. Construyó el templo. Escarbó en las mentes de sus fieles para buscar en ellas la intrincada mitología que ha generado nuestro ejercicio científico. Pintó o hizo pintar imágenes que representen lo que nuestros investigados ven, creen y oyen, sobre la maravillosa virtud de la vertiente y de su Deidad. Todavía lo recuerdo, extendiendo estas extrañas extremidades humanas hacia el cielo para proclamar milagros o bendecir los montes que temblaban gracias al estratovibrador dd782P, que yo accionaba desde nuestro centro de trabajo. Pero está muerto. No sobrevivió a su apariencia humana, a su disfraz de santo sacerdote. Ahora creo ver por qué murió... Ayer, mientras contemplaba al indígena y a su hija, estuve a punto de santiguarme con estas extrañas manos, a punto de realizar el sagrado gesto que tantas veces he registrado, que... ¡Estoy enloqueciendo! Tanto tiempo de fingirme devoto, de ir al templo como el sastre del pueblo, hijo de un sastre igual, al que por generaciones los habitantes del poblado han visto y conocido... Creo que voy a morir, a perder mi conciencia de Analista y alienarme en este cerebro ajeno que ocupo con propósitos de investigación. Es como

si esta raza extraña, a la que tanto he visto de lejos, me atrapara desde mi propia mente.

Esa noche Baños enloqueció.

Los gringos, que pululaban por las callecitas adoquinadas, se acurrucaron contra los tapiales mirando el cielo con ojos azules y desorbitados.

Las mujeres del pueblo corrieron hacia la iglesia, desmelenadas; unas con las manos juntas, crispadas, comprimidas contra el pecho, otras cubriéndose los rostros y rezando entre sus chillidos de espanto y las palabrotas con que los hombres, también aterrorizados, expresaban su desconcierto y su miedo.

Los niños corrían ciegos, sin dirección; separados de sus madres e hipando con su llanto agudo.

Todos miraban el cielo.

La noche estaba iluminada por una roja, deslumbrante y loca luz que giraba apoderándose de todo el horizonte o se concentraba en una centella gigantesca y desquiciada.

En segundos, a voces, todos explicaron el fenómeno:

–¡Erupción!

–¡El Tunguragua está erupcionando!

–¡Virgen de Agua Santa, favorécenos!

–¡Virgencita linda, no seas malita, hacé que el volcán se calme!

–¡Santa Virgen de Agua Santa, cuidá a tus hijos!

Todos gritaban.

Todos, de rodillas, esperaban que la Imagen de la Virgen como en otras ocasiones, levantara su mano derecha para detener la erupción.

Entonces la luz se volvió azul, del color de la virgen, e iluminó todo el estrecho cielo de la ciudad de Baños, tan acotado por los montes que la rodean.

El asombro fue seguido, de inmediato, por la tranquilidad emocionada de todo el pueblo.

–¡Milagro!

La Virgen había sojuzgado al volcán.

La extraña luz se fue. Quedó el pueblo cubierto por su quieta obscuridad, en paz.

El Comandante levitaba iluminado por la iridiscente luz cenital de su cápsula neurorregeneradora, cuando fue arrancado, de su estado de seminconciencia, por el terminal que lo mantenía comunicado con la cápsula de control de la nave.

Estimulado por el contacto, giró los apéndices perceptivos de su burbujeante cabeza y, ondulando sus blandas extremidades, descendió lentamente hasta el suelo. De inmediato, se acopló al piso con las ventosas de su tórax. La banda transportadora lo arrastró hacia el túnel que comunicaba su cabina con el puente.

Mientras se desplazaba, pudo escuchar el informe de su subalterno que le llegaba desde todos los puntos de la nave en un eco múltiple. Concluido el informe, y también por medio del canal plural de comunicación, el Comandante preguntó:

–¿Llegamos a tiempo?

–Sí –le contestaron todos los rincones del túnel por el que viajaba. –El Analista está en proceso de integración. Su período de internamiento en un cuerpo humano afectó algunos de sus terminales electroquímicos, pero evoluciona correctamente.

Una compuerta gelatinosa se abrió como un diafragma y el Comandante entró a la cabina de controles.

EL ESCULTOR

Adolfo Macías Huerta*

A la distancia, sobre el oriente, se adormece una cadena montañosa color malva, tras un tenue velo de polvo que los vientos de verano levantan en esta erosionada región. El sol hace vibrar el aire sobre la superficie del automóvil. Observo el panel del auto y descubro que la gasolina se está acabando. El motor corcovea pero sigue andando unos minutos más, los necesarios para tomar el desvío que conduce a casa del escultor. En efecto, allá lejos pueden verse las estatuas frente a una pequeña casa de paredes negras y tejado irregular, con un gallo en el centro, sobre la veleta de hojalata que gira con el viento. Con un poco de suerte llegaré a mi destino y el escultor me dará un par de galones de gasolina para el regreso. Bajo por una pendiente y el auto se apaga, pero sigue rodando suavemente hasta detenerse ante un

* Guayaquil, 1960. *La memoria de Midril* (cuento, 1994); *El examinador* (cuento, 1996).

ejército de ángeles ciegos, de blanca piedra, que se levanta bajo el firmamento. Desciendo del auto. Quiero llamar al escultor pero descubro que he olvidado su nombre. Toso un poco para ver si hay alguien cerca pero sólo responde el viento, que sisea entre las estatuas. Estas se hallan agrupadas en escuadras, como un ejército, dejando libre un sendero por el que avanzo hasta llegar a la pequeña casa.

Un demonio agazapado sobre una pilastra de piedra devora bosta de ganado junto al umbral y lame las hendijas de sus pezuñas con una lengua rosada, tan larga y áspera como la de un camaleón.

–El maestro Ojeda –llamo súbitamente recordando el nombre del escultor.

–Entra –dice el demonio dejando caer su oscuro alimento de unos labios negros y rugosos mientras espanta las moscas con un dedo.

–¡Acá! –escucho la voz distante del maestro, en el interior del taller, donde suenan ya unos martillazos.

Paso por el portal sin voltear a ver al demonio que sobre su pilastra ríe en voz baja. Adivinando mi temor, en el momento que estoy a su lado me toca la espalda, causándome un largo escalofrío. Me doy la vuelta y veo la pilastra vacía.

–No le haga caso –dice el escultor en la penumbra, donde intuyo su presencia junto a una mesa, con un cincel en la mano y un martillo– Resulta bueno para guardián de esculturas. Evita los robos y se alimenta de los excrementos del ganado.

Mis ojos se van acostumbrando lentamente a la oscuridad hasta dejarme ver con claridad el aspecto de mi interlocutor: un hombre bajo, de barbas rizadas y ojos vivaces. Viste con un grueso mandil de cuero a pesar del calor del mediodía.

–Lo encontré vagando por la cañada –añade, volviendo a su trabajo y dando un leve golpe de sesgo en el tabique de un ángel hembra, de senos desnudos.

–Qué interesante –digo, tratando de hacer un comentario.

–Es muy astuto cuando se trata de obtener un beneficio.

Silencio.

El escultor vuelve a dar dos golpecitos sucesivos en el tabique y lo observa con gravedad, alejándose unos pasos.

–¿Es ésta la gárgola que falta? –pregunto al fin, aludiendo al objetivo de mi visita.

–No –dice el escultor–. La suya está allá atrás. Ahora la vemos.

Salimos por una puerta trasera y entramos a un huerto florido, con estacas alrededor de las cuales crecen los guisantes. Numerosos chivos pastan junto a los muros de cal y una niña desnuda me observa desde un charco de lodo en el que orina acuclillada. Al fondo, bajo un cobertizo de lata, entre muchas piedras en bruto descubro un torpe demonio de piedra, agazapado sobre un bloque, similar en todo a la criatura inmunda del portal.

–Usted ha reproducido a su servidor –anoto, con desilusión.

–Los demonios son como son. Yo lo que hago es imitarlos, para quienes no conocen uno.

–Una cosa es el demonio y otra ese animal extraño que usted tiene en su puerta –digo con indignación mal disimulada.

–Usted desconoce, evidentemente, la especie –replica el escultor mientras veo a la criatura que se pasea en el tejado de la casa y hace gestos absurdos con sus brazos abiertos, como un mono aferrado a la veleta.

Entonces volteo a ver la estatua e imagino al obispo contemplando aquel capricho iconoclasta. Imposible aceptarlo. Me despediría en el acto.

–Pues deberé regresar con las manos vacías –digo, haciendo acopio de valor.

–Antes tiene que pagarme. Usted ha dado ya su palabra.

–Le pedimos una gárgola para la Basílica. Una gárgola, no una imitación vulgar de su doméstico.

El escultor sonríe y mira al suelo. Se quita la gorra y se la vuelve a ajustar, nerviosamente.

–Creo que usted subestima mi trabajo –exclama finalmente, aferrando el cincel con su puño enrojecido.

–Y usted al obispo –digo con fastidio–. Debo irme.

–¡Pues tenga cuidado! –dice el escultor mientras el demonio me arroja, desde el tejado, el gallo de barro, que se rompe en el piso dejando salir algunas monedas de plata.

Semejante prodigio me obliga a una brusca retirada hacia el interior de la casa. Corro hacia el siguiente umbral mientras escucho las patas del demonio en el tejado. Me detengo y agarro un martillo absurdamente para defenderme, pero cuando paso bajo el umbral debo taparme la cabeza: varias tejas caen y se rompen junto a mis pies.

–Me quejaré de esto con el obispo –grito con un resto de autoridad y apresuro el paso.

El sol ha huido y un viento helado presagia la lluvia. Avanzo entre los ángeles de piedra que ahora posan sombríamente, con oscura majestuosidad, hasta llegar al auto. Sólo entonces recuerdo que no tiene gasolina.

–Estúpido –me digo, echando a correr hacia la carretera bajo las primeras gotas de lluvia, mientras dejo atrás a esa curiosa compañía de artistas.

LA MUERTE DE FAUSTO

Carolina Andrade*

Desde hace siete días Fausto se aparece en todos mis sueños para decirme que después de muerto le va muy mal. Ni en circunstancias tan penosas ha perdido la capacidad de mostrarse agradable, siempre joven y hasta un poco alegre.

-¿Qué pasó, Elena?

-Dicen que te suicidaste.

Ciertamente, la muerte de Fausto fue explicada como un suicidio. Lo leí en los periódicos: "Joven estudiante se quita la vida: El cuerpo de Fausto Briones, de veintiún años, fue encontrado esta madrugada..." en el baño de una habitación de hotel, colgado de la ducha, con su propio cinturón en el cuello. Mi marido me hizo leer la noticia mientras se condolía de tal desgracia.

* Guayaquil, 1963. *Detrás de sí* (cuento, 1994); *De luto* (cuento, 1999, incluye "Embeleco", Premio "Femistoria", convocado por Las Mujeres del Ático, en 1994).

Todavía me cuesta aceptar que he tenido un amante. Nuestra relación no fue premeditada, al menos en mí no lo fue y creo que en Fausto tampoco. Él era hijo del socio de mi esposo; su padre lo llevó a trabajar a la empresa y mi marido lo envió varias veces a cenar en casa. Mi hija de veinte años se impresionó tanto con él, que no cesaba de elogiar lo maravilloso que era y, como era de esperarse, terminó por convencerme. Por su parte, Fausto hizo lo imposible por hacerme sentir la mujer perfecta. Todo me llevó a aceptar que seríamos una gran pareja. En verdad fue hermoso. Recordé lo divertido que podía ser el sexo y Fausto aprendió muchas cosas conmigo. Nos reíamos de lo lindo, ese chico era un loco. Morir así.

A Fausto le gustaba experimentar con todo, era muy audaz e imprudente. Tal vez debí aconsejarle desde mi madurez, pero junto a él no me placía parecer adulta. Una de sus locuras era la de los viajes y es esa justamente la que lo tiene tan desubicado después de muerto. Mi querido Fausto solía agotarse entre la universidad, el trabajo y yo; eso, según los conocedores, puede convertirse en un factor para que el espíritu rechace al cuerpo. Él, exaltadísimo, me contó su primera experiencia:

-Fue increíble, Elena, yo estaba acostado en mi casa, muerto de cansancio, pero con los ojos bien abiertos y de repente como que me salí de mí y vi a mi cuerpo desde lo alto, como si estuviera en el techo, ¿me entiendes?

Le entendí a la primera pero eso no evitó que me lo contara muchas veces.

-Esta vez me asusté y lo único que pensé fue en volver a mi cuerpo, pero en la próxima voy a tratar de dominarme.

La siguiente ocasión no fue un éxito.

-Fue terrible, Elena, y tuve miedo.

Fausto leyó un montón de libros sobre estos viajes y decidió que iba a hacer caso omiso del miedo. Finalmente, con mucha tenacidad y algo de tiempo, logró la capacidad de desdoblarse con plena conciencia y a voluntad. Para él todo era un juego; en verdad gozaba acomodando su cuerpo en cualquier lado y vagando en espíritu por donde le placiese... Hasta el día de su muerte.

La noche del trece de junio nos reunimos en el hotel de costumbre. Como broma, o tal vez para impresionarme, me dejó un par de veces haciendo el amor sola con su cuerpo; fue incómodo, me hizo acordar de mi esposo. Fausto se rió muchísimo de mi enojo; después, cuando me vestía, me pidió disculpas varias veces.

-Te prometo que no va a volver a pasar.

-Eso espero –le dije-. No me gusta que te rías de mí.

-No te resientas conmigo. No va a suceder otra vez, te lo juro, fue una broma... ¿Vas a venir mañana?

-Sí.

Y esa fue la última vez que nos vimos. Fausto también tiene muy presente nuestro último encuentro y lo repasa conmigo todas las noches en mis sueños.

-Yo no me suicidé, Elena, ¿tú crees que lo hice?

-Me resulta imposible creerlo.

-Después de que te fuiste decidí dejar mi cuerpo descansando en la cama e ir a las otras habitaciones a ver si había alguien conocido...

-¡Qué indiscreto!

-No me recrimines. Cuando regresé a nuestra habitación, mi cuerpo no estaba en la cama, lo busqué y lo encontré en la ducha, muerto. No pu-

de entrar en él. Lo primero que se me ocurrió fue buscarte y me cuentas lo del suicidio. Es para volverse loco.

-Para volverse muerto.

-Elena, por favor, averigua lo que pasó y dame tranquilidad. Por favor, Elena, por favor.

Tengo a un muerto pidiéndome explicaciones todas las noches. No sé qué hacer; soy incapaz de aclarar su muerte; no puedo hablar de Fausto con nadie. No tengo con quien hablar de Fausto. Sería injusto negar lo importante que fue para mí, lo quise muchísimo, él acude a mí porque lo sabe. Yo no tengo corazón para herirlo, me daría mucha pena confesarle que yo lo maté. Además, jamás lo entendería.

ANATOMÍA DE UNA SEDUCCIÓN

María Gabriela Alemán*

Él ha colocado una soga alrededor de su cuello y jala, ejerciendo una presión constante. Ella siente su cabeza liviana; sus ojos cerrados ven puntos de luz flotando sobre el negro de la habitación vacía. La soga continúa estrangulando su arteria carótida, lo que impide que la sangre llegue a su cerebro. Está entrando al punto clave –al baile de la estabilidad– donde mantener el control puede ser la única posibilidad.

Su conciencia es clara, mientras la oscuridad inunda su cerebro y produce algo semejante al éxtasis, a la liviandad, al abandono.

Cuando ella ha dejado de ser, él la suelta.

La cubre con una manta y sale de la habitación. Ella permanece, sintiendo la pesadez de su cuerpo aletargado y torpe; pasados unos minutos vuelve, la desviste, no hablan.

* Río de Janeiro, 1968. *Maldito corazón* (cuento, 1996); *Zoom* (cuento, 1997).

Desnuda sobre el catre siente frío. Intenta protestar, pero una cálida mano cubre sus labios mientras otra levanta su cabeza –cubre sus ojos con un pañuelo de seda– y la apoya sobre un muslo duro.

Su concentración está forzada al máximo, sus sentidos reducidos. Y, aunque pareciera no controlar nada, siente, y al hacerlo percibe todo con más definición.

Escucha las notas de un saxofón mientra algo desciende por la planta de su pie izquierdo: un movimiento constante y suave, que luego trepa por su pierna hasta llegar a su cintura donde cambia de dirección y baja con rapidez. La brusquedad del movimiento le pone la piel de gallina, el escaofrío hace que cambie de posición, que arquee su espalda, que se estire y que, al rotar su cuello, deje escapar un tímido gemido, unido todavía, a cierto pudor.

Si pudiera ver, sabría que lo que recorre su cuerpo sin detenerse, cubriendo cada punto de su piel, es una caña de bambú. Que, al pasar sobre sus palmas sudadas, logra cambiar la temperatura de su piel; la sensación es similar a la de estar tendida sobre una cama de tizones ardientes. El movimiento continúa, las yemas de sus dedos acarician su rostro, se deslizan sobre sus labios y exploran dentro y detrás de sus orejas. Siente el calor de sus manos sobre sus párpados –oye como frota sus palmas una contra otra– y luego, antes de que roce con sus labios el lóbulo de su oreja, la misma sensación se repite sobre sus mejillas. Le ayuda a darse la vuelta y comienza a acariciar con paciencia y delicadeza la parte posterior de su cabeza, cuello y hombros: juega con su pelo, siente su electricidad, enreda sus rizos.

Sus manos descienden continuas sobre su espalda. En un instante destapa una botella y ella puede oler la esencia concentrada de limón impregnándolo todo, haciendo más húmeda la habitación cerrada. Siente un líquido viscoso que calienta su columna

mientras sus manos pasan repetidas veces sobre ella. El movimiento es tan ágil que pareciera que éstas se multiplicaran al rozar su cuerpo, ocultando rigurosamente su textura, convirtiéndose en pura doblez. Sus dedos bajan como una fina película de agua hasta sus muslos; al llegar a la parte posterior de las rodillas su cuerpo quiere explotar: es un placer demasiado obvio, que la perturba.

Cuando llega a los tobillos la atrae hacia él para que quede nuevamente boca arriba. Acaricia con suavidad su vientre y tórax, rozando levemente sus pezones. Coloca una mano debajo de su ombligo y, con la otra, dibuja el número ocho alrededor de sus senos: las caricias son tranquilas y apaciguadoras y el movimiento se repite continuo durante un largo instante (ella siente sed y el aire se convierte en algo pútrido y fresco a la vez).

La música termina –el fin está cerca– la atmósfera que reina es tensa, como la que se crea ante la inminencia de un desastre. Sus manos, apoyadas sobre su vientre, se deslizan: una hacia arriba, por el torso, la otra hacia abajo, por su muslo. Hasta detenerse ambas –con el cambio de movimiento– sobre su pecho, haciendo que todo sea perceptible y casi todo verdadero. Permanece inmóvil: fijo en un tiempo que, por parecer tan evidente, no lo es en absoluto.

Con golpes ajustados, como disparos, rasga la superficie de su piel –convirtiendo sus miembros en las piezas de un rompecabezas infinito– antes de cubrirla con una tela fina que le resulta placentera pues oculta su cuerpo, que le quema.

Antes de retirarse, cuando se siente débil y vacío de deseo, prende una luz mortecina y retira su venda. Ella se queda detenida, con los ojos cerrados durante un instante, tratando de disipar de alguna forma lo oculto de sus propios pensamientos y se viste.

Mientras retira un cheque de su cartera y lo deja sobre la mesa, al salir, coge una tarjeta del recibidor y la guarda.

Ya en la calle y con la fuerte luz del día sobre su rostro la saca del bolso y lee, *Dr. Chu Magno, Masajista Ciego–Técnicas Orientales.*

La vuelve a guardar. Sonríe, antes de regresar caminando a su casa.

EL IDEOGRAMA

Leonardo Valencia*

Kúo debía resolver qué libros llevaría al Templo de la Ciudad Prohibida. Reglas centenarias disponían que el bagaje de los jóvenes sacerdotes debía tener un peso similar al de sus propios cuerpos. Ni más ni menos. Como Kúo no encontraba respuesta en la arboleda de Kaoshiung, decidió buscar a su maestro.

Siguiendo su costumbre de todas las tardes, el maestro Tse–Tuan estaría escribiendo en una de las salas del pabellón Tacheng. Kúo lo buscó y lo encontró reclinado sobre los lienzos con su rostro pálidamente perfilado por la ceguera.

–Te vas a ir dentro de poco –lo sorprendió el maestro, sin alzar el rostro, como si lo hubiera estado esperando–. Aprovechemos lo poco que te queda y conversemos.

Kúo seguía de pie bajo el dintel de la puerta. No se atrevía a entrar ni a decir nada. Tse–Tuan, perca-

* Guayaquil, 1969. *La luna nómada* (cuento, 1995).

tándose de que el muchacho estaba turbado, trató de calmarlo.

–¿Qué te ocurre? ¿Por qué no hablas?

–Es que... –empezó tímidamente Kúo–. Tengo un problema.

–Pues si lo tienes y has venido a contármelo, te escucho.

Kúo avanzó hacia su maestro. Se agachó y se sentó frente a él.

–Me da pena no poder llevar al continente la mayoría de mis pertenencias, sobre todo mis libros. Usted bien sabe que la regla del Templo es inevitable. Sólo puedo llevar una carga que pese tanto como yo.

Tse–Tuan tomó uno de los pinceles. Lo puso a remojar en un diminuto tintero de jade rojo. A pesar de su ascetismo y su modestia, este tintero era el único objeto que se preciaba de poseer delante de sus colegas.

–Eso no debería preocuparte –le dijo–. Te llevarás lo necesario.

–Pero es que todo lo que he adquirido y lo que me han regalado en estos años me es necesario –continuó Kúo–. Y usted sabe que he sido lo más austero posible. En realidad, lo único que me entristece dejar son mis libros. He aprendido tanto de ellos y estoy tan acostumbrado a releerlos y consultarlos.

Si bien no lo miraba a los ojos, Kúo sabía que el maestro lo escuchaba con atención mientras escribía con el rostro inclinado hacia el lienzo blanco.

–Por lo que dices, a todos tus libros los has leído más de una vez.

Kúo respondió con orgullo: –Sí.

–¿Y cuántos libros tienes?

–Son dos mil doscientos veintidós.

–Supongo que tendrás alguno predilecto. Siempre hay uno.

–¿Aparte de los Manuales? –dudó Kúo.

–Aparte de ellos –aclaró Tse–Tuan–. Me refiero a los que están más cerca de tu corazón.

No demoró en decirle que sus dos libros preferidos eran *Las memorias históricas* de Se–ma Ts'ien y el *Libro de las odas*.

–Buenas lecturas –dijo el maestro–. Llévate sólo esos. No vayas a dejar una frazada por un libro.

–Claro que no –enfatizó Kúo–. Pero es que luego de que he sopesado con mis manos los dos libros, derivo hacia otros que también quiero y me digo que sí podría llevarlos, que me mantengo aún dentro del peso, pero entonces tomo otro y otro y otro más. Así hasta que no deseo dejar ninguno.

Tse–Tuan había iniciado un ideograma sobre el lienzo. Lo dibujaba con lentitud. Antes de cada trazo, se detenía por culpa de la ceguera.

–Entonces no te lleves ninguno –concluyó Tse–Tuan.

Kúo abrió los ojos.

–No te lleves ninguno –repitió su maestro–. Eso hubieran recomendado los antiguos, lo sabes. Puedes seguir su consejo y no te lamentarás. No obstante, puede encontrarse otra vía.

Habían muchas. Kúo llevaba dos días considerándolas, aunque ninguna lo convencía.

–Podría encomendar el resto de mis libros –arguyó Kúo–. Después me los harían llegar clandestinamente.

El anciano alzó el rostro, interrumpiendo la escritura. Sus ojos de ciego quisieron mirar al muchacho con una reprobación.

–Eso no. Estarías violando la regla.

Kúo pensó que su astucia resultaba una torpeza. Debía mantenerse dentro de lo permisible.

–Entonces me podría llevar aquellos que más releo y que no excedan el peso.

–Igual extrañarías a los pequeños –objetó el maestro–. Además, para eso, volveríamos al principio

y así lo mejor sería que te llevaras tus dos libros predilectos.

–¿Y si llevo aquellos que no se conseguirían con facilidad en la Biblioteca Imperial?

–Por si no lo sabes –sonrió Tse–Tuan–. Todos los libros están en esa biblioteca. Tantos son que ni los alcanzarías a imaginar.

–Entonces sólo me quedaría seguir el consejo de los antiguos. No me llevo ninguno porque sé que allá los tendré todos.

–Los tendrás y no los tendrás. Estarán en los salones de lectura, pero no contarás libremente con ellos cuando el insomnio y la duda te visiten cada noche en tu habitación. Allí no los tendrás.

Al decir esto, el maestro Tse–Tuan concluía el ideograma. Por estar a cierta distancia, Kúo no pudo reconocer de qué se trataba. Tampoco le interesaba mucho. Lo único que deseaba era encontrar la salida a ese callejón por el cual lo estaban llevando la regla sacerdotal, sus libros y el maestro.

–No sé... –dijo rendido–. Parece que deberé dejar algunos libros por otros.

–Eso ocurrirá, no lo dudes –dijo el anciano–. Lo importante es lograr que la solución que tomes te convenza.

Kúo se irguió y levantó un poco la voz, indignado.

–¿La solución a una regla injusta?... Dicen que el Templo es tan grande como para acoger a cada sacerdote con cien bibliotecas, y aun así yo no puedo llevar mis libros. ¿Es eso justo, maestro? ¿Es justo?...

–No juzgues la regla, ambicioso e inexperto Kúo –advirtió Tse–Tuan ante el arrebato de su discípulo–. Es una disposición centenaria, mucho más sabia que todos los razonamientos o visiones que hayamos tenido a lo largo de nuestras vidas.

–Pero es una disposición que no comprendo. Si tienen el espacio y no son cosas inútiles... –sollozaba el muchacho.

–Escúchame Kúo –dijo el anciano–. No te desesperes más y escucha lo que te voy a decir.

Tse–Tuan dejó el pincel sobre el tintero de jade rojo, tomó su sello personal y lo estampó sobre el lienzo que contenía aquel extraño ideograma que Kúo no había alcanzado a ver.

–Tú sabes –le dijo– que los guerreros cuentan con un sinnúmero de armas que van inventando a través de las guerras, las muertes y los años. Son armas cada vez más sofisticadas que suplen alguna limitación corporal, y en la actualidad se cuenta por centenares esos aparatos. Si no mira a los guerreros novatos cargados con tantos armatostes, exhibiendo su riqueza y su modernidad. Pero, aún así, el guerrero auténtico sabe que sólo hay un arma principal, poderosísima e imprescindible: la ligereza.

Kúo lo escuchaba en silencio.

–Así como el guerrero, los pájaros –continuó Tse–Tuan–. El pájaro jamás va a comer en demasía el grano selecto de los trigales vigilados por los perros. Sabe que debe volar apenas descubran que ha sido tan audaz como para saquear el trigal. De lo contrario, su gula sería su condena, y moriría con el trigo atragantado en el buche. Eso en lo que corresponde a los guerreros y los pájaros. Por último, quiero que mires esa pintura que pende de la pared, a tu izquierda.

Kúo se volteó. El cuadro, en efecto, estaba allí.

–¿Ves que hay dos guerreros en el cuadro?

–Los veo.

–Pues bien –continuó Tse–Tuan–. Como vez, ambos galopan. El uno detrás del otro. El que va adelante, el enemigo, está recostado sobre la crin de su caballo negro porque ha sido herido de muerte. El que va detrás, montado sobre el caballo blanco, con el arco y el carjac lleno de flechas, es el guerrero Ma

Ch'ang. Puedes observar en ese cuadro a la vida y la muerte en un equilibrio perfecto. El artista los capturó al paso de su galope, justo cuando están en el aire, casi como si ambos, muerte y vida, estuvieran flotando en un mismo nivel. No pintó la victoria de Ma Ch'ang, sino que elogia la cualidad de la que te hablé: ser ligero. Ambos, el guerrero vivo y el guerrero muerto, flotan. Eso hace que el cuadro sea valioso.

Tse–Tuan se quedó callado. Kúo supuso que seguiría hablando después de la pausa, pero no lo hizo. Volvieron al silencio que siempre se percibía en el pabellón Tacheng. Ahora el maestro doblaba con sumo cuidado el lienzo con el ideograma desconocido, para después limpiar el tintero de jade.

–Bueno, querido Kúo –dijo el maestro mientras se ponía de pie–. Voy a orar y luego descansaré. Pronto anochecerá. Es muy seguro que ya no tendremos más oportunidad de hablar. Sólo espero que mis enseñanzas de estos años te hayan servido.

–Claro que me han servido, maestro –respondió agradecido y perplejo–. Lo extrañaré.

–Yo también –le dijo–. Has sido el mejor de mis alumnos. Por eso quiero darte un regalo. Toma.

Alargando sus brazos de ciego, pero firmes, Tse Tuan le entregaba el precioso tintero de jade rojo, su pincel y el lienzo que había doblado hace poco y en el que había escrito el misterioso ideograma.

–Pero es su tintero preferido –se excusó Kúo–. No se va a separar de él.

–No seas tonto –dijo con firmeza el maestro–. Tómalos, cuídalos y no los vayas a descartar del peso que llevarás al Templo de la Ciudad Prohibida.

Al día siguiente no pudieron hablar de nuevo. Mientras terminaba de cargar el caballo con las pocas vestimentas rituales, algunas frazadas y dos libros que seleccionó la noche anterior, Kúo lo alcanzó a ver por última vez a lo lejos. Estaba podando el jardín del monasterio. Kúo lo llamó en voz alta. El anciano

maestro se irguió, alzó la mano y saludó al vacío. La ceguera no le permitió precisar de dónde venía la voz lejana de su discípulo.

El maestro Tse–Tuan murió poco tiempo después. Kúo, cuarenta años más tarde, llegó a ser Sacerdote Mayor del Templo. Esto le permitía desenvolverse muy cerca del Emperador y de sus hijos. Es precisamente a ellos a quienes les cuenta en los momentos de recreo la anécdota con su maestro. Siempre termina relatando lo largo y fatigoso del viaje que realizó desde su pequeña isla para llegar al continente. Les describe su sorpresa campechana al descubrir la belleza que adorna la capital del imperio. Y al final de su relato no se olvida de mostrarles el ideograma que el maestro Tse–Tuan dibujó en el lienzo mientras lo escuchaba:

年

Es el ideograma *Nien,* les empieza a explicar a los chiquillos, representa la cabeza de una espiga que se inclina por el peso de su madurez. Es el tiempo de la cosecha...

Pero los hijos del Emperador han oído el llamado de sus nodrizas. Están inquietos, tienen hambre, hace frío. Dejan el ideograma de Kúo y se levantan de los taburetes de cedro para ir a tomar el té.

FRAGMENTOS DE LA HISTORIA DEL RAPTOR DE GESTOS

Yanna Hadatty Mora*

A Heinrich Böll

Almaceno hábitos: los robo. No sé bien cómo explicarlo. Asimilo la gestualidad de una persona, todos esos movimientos rituales que la caracterizan. Como en una pantalla veo cada ademán, y se me queda grabado. Más tarde me instalo a reconstruir individuos, a descomponerlos nuevamente, a separar cada detalle abstrayéndolo del sujeto del que proviene. Guardo miles de piezas combinables. Me divierte alterar la realidad en mi vicio de relojero. En mis archivos, que son innumerables, se encuentra cada gesto cuidadosamente aislado. De tarde en tarde me doy el gusto de to-

* Guayaquil, 1969. *Quehaceres postergados* (cuento, 1998).

mar al azar un par de carpetas, y de dejar que su contenido se desparrame por el suelo, para construir nuevos seres, tal como se me antojen.

Pero mi trabajo no es tan agradable: me paso días y noches en las laboriosas composiciones por encargo. Todos los que conocen de mi oficio y que confían en él acuden a mí con esperanza y dinero (una labor tan especializada no podría ser gratuita). Yo les elaboro una ficha, y a partir del estudio de sus datos les recomiendo el tratamiento que deben seguir para eliminar los gestos que les estorban.

Por cada solicitud reviso mentalmente los archivos, escojo las carpetas, extraigo los gestos necesarios y experimento varios métodos hasta que desaparecen los síntomas. El asunto se pone especialmente difícil cuando el caso es insólito. No por lo de encontrar la cura, que realmente esa parte me resulta sencilla. Lo molesto es cuando el hábito en cuestión no está archivado. En esos casos dejo el mandil en el perchero, y llevo los lentes gruesos. Salgo en busca de las aglomeraciones. Rastreo los gestos; reviso persona a persona, a veces varios minutos a cada una. Qué larga puede ser esta fase del proceso. No importa lo que cobre, nadie va a devolverme el porcentaje de exactitud visual que pierdo en cada búsqueda. Pero hasta ahora nunca he regresado con las manos vacías. Qué placer el del encuentro del gesto exacto, la culminación, el hallazgo, ese instante que no se me vuelve rutinario a pesar de los años.

Otro período fatigoso es el de reabastecimiento. Los primeros fines de semana de cada semestre salgo con mi cuaderno de direcciones. Retomo a las personas en las que encontré los gestos que se me han agotado. Es más difícil que cualquier otra colección, pero con el tiempo he desarrollado un olfato que sobre el mapa suple a mi vista, que disminuye notoriamente.

***

De un tiempo a esta parte se han confirmado mis sospechas: hay otros raptores de gestos. Por eso es que de repente clientes de toda la vida desaparecieron: los precios de la competencia les resultaron demasiado tentadores. ¡Desleales! ¡Tacaños! Y esos plagiarios, seguidores, por hacerse rápidamente de dinero no se molestan en buscar el gesto exacto si no lo tienen en sus incompletos archivos. Lo reemplazan con imitaciones aproximadas, burdas, y lo que prescriben resulta igualmente impreciso. No me importa demostrarle al mundo entero que soy el mejor, me gustaría luchar palmo a palmo por defender mi supremacía. Ya una vez tuve que recomenzarlo todo, cuando el gran incendio. Lo primero en arder fueron mis inmensos archivos de madera. La gente, que no conoce de estas cosas, me aconsejó que escarmentara de una vez, y los hiciera metálicos. No se debe. Así como los toneles en que se añeja el licor son de madera, así también los gestos se afinan en el contacto orgánico con el mueble. Pero en ese entonces tenía toda la vida. Ahora no es que me sienta viejo, únicamente la vista, estos malditos ojos que no distinguen sino manchas, hojas borrosas, niebla, a partir de una distancia de diez centímetros. Mis ayudantes todavía no se han dado cuenta, porque felizmente mi memoria se conserva nítida, y mi intuición solo ha mejorado con los años. Dicen que lo más terrible es cuando empieza el olvido; que todo ocurre tan rápido además, que el tiempo no da para acostumbrarse. Simplemente un día uno amanece en blanco, como si no hubiera vivido.

Pensar en un sucesor es inútil: ser raptor es congénito.

***

El verdadero problema lo da la profesión: quien está pendiente todo el tiempo de los hábitos de los demás se convierte en un ser impersonal. Mi vida carece de rutinas. Ningún gesto nervioso: ni tararear, ni arreglarme el pelo, ni fumar. La ausencia de gestos, ese es mi único hábito. Inexpresivo como nadie, voy por la vida parcamente, sin un movimiento rutinario que me acompañe: "Tenía uniforme azul, se fue enseguida". Soy imposible de recordar.

1994